

un AMOR
en la
conquista

Pasión revolucionaria

WY BASS

Un amor en la conquista

Pasión revolucionaria

IVY BASS

Autora: Ivy Bass

Editorial: Digital Creative Publishing

digitalcreativepublishing@gmail.com

Redes: @DCPlibros

Ilustraciones: Ivy Bass. Freepik.es. VectorOpenStock.com / Free for commercial use images.

Este libro es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares y sucesos ocurridos son productos de la imaginación de la autora o han sido usados de manera ficticia.

Cualquier parecido con eventos de la realidad, lugares o personas vivas o muertas es completamente coincidental.

Copyright © 2019 Ivy Bass

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción de toda o parte de la obra. Ninguna parte de este libro debe ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información AS/RS sin permiso escrito de la autora.

— Extraño tanto decirte que te amo. Decírtelo con todo mi corazón porque nunca expresé palabras más sinceras. Ni una sola vez ha sido mentira que te amo con todas mis fuerzas y me arrepiento de no habértelo dicho más. Quizá así no se te hubiera olvidado y no hubieras decidido dejar este mundo. Me odio y me arrepiento de no haberlo hecho. De haberme convencido que siempre estarías aquí para mí.

Ivy Bass

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14 Mapa de las Provincias Unidas de la Nueva Granada

Sobre la autora

Prólogo

Alrededor de 1808, el territorio de las Provincias Unidas de la Nueva Granada sufría el azote sin piedad de las guerras civiles internas, las cuales devoraban las vidas de revolucionarios y realistas por igual. Patriotas y colonizadores, criollos y españoles, todos enfrentados en uno de los momentos cruciales para la inestable independencia de la Nueva Granada alimentada por el fuego de los ejércitos confundidos.

Mientras el juego de poderes agachaba la cabeza de la patria boba, se gestaba una insurrección que reunió todas las fuerzas necesarias para alzarse contra la corona española. Una batalla llena de traiciones, secretos y hechicería, tradición aborigen de los pueblos nativos, magia invisible para los ojos vendados voluntariamente. Sucesos inimaginables y sobrenaturales en un mundo donde todo es posible. La última palabra no será decisión humana ya que no existen ni malos ni buenos, solo la naturaleza jugando a ser justa.

Un amor de raíces enemigas, nace en el epicentro de la revolución, alimentándose del miedo, la separación y el duelo que sustentan los sentimientos de los corazones heridos. Un amor inevitable, y como no, si el amor es otro juego más de la naturaleza y uno de sus favoritos. Cuanto lucharán más allá de la muerte. Ni toda la sangre derramada sería parigual de la envergadura de tal amor. Un amor verdaderamente eterno.

Habiéndose cumplida mi sentencia de casi 10 años en uno de los corregimientos de la Nueva Granada, fui liberado. Peor que el purgatorio eran los corregimientos. Oh, ajenos años que parecieron 50 en la agonía constante de mi depresión y el acmé que fue mi último año.

Mientras me rendía en el aislamiento de mi cautiverio mucho cambió en la Nueva Granada, aun así, el exterior me era tan ajeno como el sol a la noche, estaba sumido completamente en mi propio ser.

Constante mi tortura. En mis delirios nocturnos, presentes todas las noches, tenía pesadillas con el día en que, por orden del virrey Amar y Borbón, se dictó mi sentencia por crímenes contra la corona. Siendo efectiva por un poderoso hechicero, sin rostro para su favor.

No existe aflicción más grande para el espíritu que escuchar cómo se acerca la hora decisoria, la condena de la muerte en vida.

—De ahora en adelante te degrado de tu condición humana. Te robaré tu nombre, tu forma y tu sombra, y volverás a ser simplemente “ese ser”, el zorro de la cola más larga que no sirve para fingir.

Mas degradante que la condición sublime, era la condición humana, y más degradante que la condición humana, era la condición animal. Y así me vi obligado a vivir inmutablemente atrapado en mi condición animal.

En la oscuridad, compartí una húmeda y tenebrosa cueva con otros de mi condición y esclavos ajenos a mis tierras traídos a la fuerza por los realistas. Esclavos condenados a las cadenas eternas. Agobiante y deprimente era el eco que se escuchaba de los gemidos de aquellos esclavos mientras trataba infructuosamente de volver a mi condición humana, tarea imposible por la magia enemiga tan poderosa que inundaba los corregimientos. Mi condición animal me mantenía atado a la prohibición del habla. Obligado a no quejarme ni expresar mi sufrimiento me deprimía más y más. Estar atrapado con uno mismo impela la locura y escuchar aquellos esclavos quitaba cualquier gana de vivir de mi mente.

La locura asomaba su cabeza por el perfil de las esquinas de aquella cueva. Coqueteaba y jugaba con mi razón y me dejaba a la deriva de su perdición. No podía escapar de ella. Recuerdos irreales venían a mí de otras tierras y otros tiempos, ya que sumada a la locura mi condición animal presentaba una gran afinidad por traer las memorias de mis vidas pasadas a mi inestable mente. Recuerdos atiborrados que inundaban mi interior tratando de presentarse todos al mismo tiempo. Sabido era por todos nosotros, guardianes de la hechicería, que la energía del universo nunca se destruía. Cambiaba de forma y lugar, pero jamás desaparecía. Entonces, con una muerte, toda la energía de aquella vida regresaba a la corriente vital y luego se mezclaba para regresar a otorgar una nueva vida. Un compendio de trozos de energía reutilizada por el universo. Así pues, mi energía había pertenecido a tantas vidas que recordarlas era un martirio. Escuchaba gritos, plañía, tenía miedo, reía, saltaba de la emoción y de la pena, todo al mismo tiempo. Oh pobre zorro encerrado en el pasado, me apiadaba de mí mismo en mis momentos de cordura.

Pero el dictamen de mi condena y mi locura no fue la peor causa de mi desvelo y el frío eterno en mis entrañas. Ese último año fue literalmente una muerte en vida, cuando las noticias de la partida de Elizabeth llegaron, el amor de mi vida. Tenía un hueco en mi mente y en mi corazón que ingenuamente nunca vi que ella llenaba. Di por sentado su amor y, sin ella, me encontré incompleto. Manipulado por el dolor que carcomía mis pensamientos, me obsesioné.

Con rabia y desconcierto me preguntaba, “¿Tan fácil te quedó olvidar nuestro amor que recurriste a la muerte prematura de tu cuerpo perfecto? ¿Qué es ese misticismo que rodea la muerte haciéndola romántica, cuando es atrocemente dolorosa y despiadada? ¿Por qué no fue suficiente la esperanza de esperarme? ¿Quién te metió en la cabeza que yo estaría bien sin ti?” La vida era horrible y la existencia era sufrimiento. La soledad de mi encarcelamiento me aseguraba que ya no me quedaba nada. No era nada ni tenía nada. Era la locura, la maldita locura.

Tan eterno es el dolor y tan corta la dicha.

Entre mis pesadillas se colaban sueños crueles donde me parecía verla. “¿Cuándo podremos estar juntos?” Me torturaba. “¿Cuándo puedo llamar mi corazón tuyo y tu corazón mío?” Al despertar y recordar la realidad sentía algo más fuerte que sobresaltaba mi corazón... la odiaba. El amor es odio y el odio es amor.

Me preocupaba mi aversión. “¿Cómo puedo tener tanto odio dentro de mí? ¿Cómo puedo vivir con tanto dolor?” Y si un zorro no lloraba, ahora lo hacía. Rogaba piedad a la energía vital. “La odio tanto. Nunca había odiado tanto a alguien, ni amar siquiera. Nunca nadie me había hecho algo así. Nunca en mi vida. ¿Qué tan abajo es abajo para caer? ¿Qué tan mal tengo que estar para terminar con todo esto?” Pero la energía vital no me respondía.

Por fin mi encierro terminó y mi obsesión se apaciguó, no sentí alivio. No sentí felicidad ni regocijo. Estaba paralizado. Esos instantes antes de enfrentarte a algo que has esperado por mucho tiempo son vacíos, quietos, dudosos, meditativos. Se detiene el tiempo únicamente para asegurarse que no va a correr en sentido contrario. Una vez se cruza el umbral del momento esperado el mundo corre a toda velocidad y los sentimientos inundan el cuerpo como una avalancha. Mi obsesión por ella regresó como un sismo.

Y es que mi vida no es un verso basado en mi captura. Al exir, mi deseo eran las respuestas para apaciguar tan incesante suplicio producido por el ser abandonado. Atestado de mis sentimientos, decidí viajar durante algunos días hasta el centro de la Provincia de Casanare, siguiendo las estrellas, donde pensaba que Elizabeth había soportado sus últimos días luego del asesinato de la mayoría de los líderes constitucionales que soportaban la fuerza independentista.

Como un vacío en mi interior sentía su ausencia y como un caparazón viejo e inerte sentía mi cuerpo animal mientras la energía transformadora regresaba a mí para saciarme.

Igual que una mancha roja, mi cuerpo desenfrenado corrió entre el verde de la vegetación con las primeras horas de libertad. Era surreal. Quería huir de todo el sufrimiento que significó estar atrapado y privado de la libertad, aunque correr no significaba olvidar las pesadillas que no me abandonaban. De los sentimientos tan complejos encerrados en el cuerpo de mi condición animal pude rescatar un mínimo ápice de felicidad que apareció luego de la avalancha de sentimientos tras mi liberación, y me impulsó a correr hasta derrengar. La libertad me llenaba de nerviosismo y agitación tanto que perdí la noción del tiempo.

Al agotarme, sigilosamente, me arrastré día y noche entre árboles y praderas, entre luz y sombra, mientras, poco a poco, mi cuerpo regresaba a la insufrible pero soportable forma humana gracias a la distancia creciente que me separaba de la magia contaminante de los corregimientos. Anduve hasta que mis extremidades se abotagaron. La desesperación se vio apaciguada cuando

finalmente encontré el agua fresca de un arroyo que lavó lo que quedaba de la baba negra y repugnante que aún cubría mi abuhado cuerpo, mi larga cola y mis patas. El reflejo en el agua que se calmaba después de presenciar semejante atrocidad, era el de mi antiguo ser de unos 27 años, de buen semblante y luz en los ojos. Observé mis manos y agradecí al agua su favor. Finalmente, usé todo lo que quedaba de mi energía para recuperar mi nombre, Sergio Estremera. La condición humana traía consigo una inundación de sentimientos y padecimientos tanto físicos como mentales. Del cansancio, caí en mi primer sueño purificador. Un sueño purificador es la forma que tiene la mente y el cuerpo de sanarse a sí mismos. Aunque sana más rápido el cuerpo que el corazón.

Poco había desarrollado mi antigua habilidad de viajar entre sueños y conectar con seres, pero una luz, entre nubes de fantasía me invitó a seguirla. Era una luz familiar. Una luz arisca y traviesa. Estaba seguro que se trataba de ella, pero entre más me acercaba, más se alejaba. Cuando me detenía, su coquetería me invitaba a seguir, a persistir. Estaba tan agotado soñando como lo estaba en mi realidad. No podía seguirla, respiraba agitado y la desesperación me enloquecía.

«—¿Por qué no puedo alcanzarte?!»

«—Tú sabes cómo, sabes en dónde encontrarme.» —¿Era su voz! En tantos años nunca había sentido nada que me revitalizara tanto como la melodía suave de un susurro irreal.

«—¿Dónde?!» —Grité.

Su luz pareció desvanecerse y sentía que la perdía.

«—Extraño tanto decirte que te amo. Decírtelo con todo mi corazón porque nunca expresé palabras más sinceras. Ni una sola vez ha sido mentira que te amo con todas mis fuerzas y me arrepiento de no habértelo dicho más. Quizá así no se te hubiera olvidado y no hubieras decidido dejar este mundo. Me odio y me arrepiento de no haberlo hecho. De haberme convencido que siempre estarías aquí para mí.» La ira empezaba a despertarme y solo esperaba que Elizabeth me hubiera escuchado.

«—Donde quiera que tú estés, está mi corazón pues mi corazón sin ti está incompleto. ¡Odio todo, estoy tan cansado!» —Grité y me desperté.

La realidad solo fue decepción que se acompañó de lágrimas y un mareo que me provocaba una fuerte punzada en la cabeza. Tenía tanta ira dentro de mí debido a la impotencia de no tenerla que quería acabar con todo. Quería lanzar golpes como un maniático y pelear con quien fuera o conmigo mismo, pero necesitaba desahogarme. Subir al cielo al escucharla y luego caer al infierno de la realidad estaba acabando conmigo. Apreté con fuerza mi rostro y solté un graznido entre aullido de animal y humano. Triunfante jipíe y me llené de orgullo al reconocer que había sobrevivido los corregimientos. Después de tranquilizarme, con profundo arrepentimiento sentí, así como la había perdido, la iba a recuperar de entre las almas del infierno si fuera necesario.

Mi rabieta terminó al abrir mis ojos al presente, cuando me encontré con la mirada de una chica curiosa por mi desnudez. Me vigilaba de arriba abajo con expresión de asombro. Me encorvé para sentarme y limpié mis lágrimas disimuladamente. Ella vestía una blusa de boleros blanca y una falda negra hasta los tobillos, con su brazo, sujetaba fuertemente una pesada mochila.

—¿Eres un hombre pez? —Preguntó con los ojos abiertos como platos, acercándose perturbadoramente.

“¿Me está hablando de tú? Que atrevida.” No respondí. Tenía mi voluntad ocupada en mis pensamientos y no en las palabras, y pronunciar una significaba romper un silencio de años que le costaba demasiado a mi garganta apretada.

Ella se echó para atrás con decepción en sus ojos y luego, con indiferencia, se sentó sobre sus talones.

El sonido del arroyo era extrañamente tranquilizador. Ambos nos quedamos en silencio y ella agachó la mirada para entretenerse arrancando pequeños pedazos de pasto. Por un momento se detuvo y volvió a clavar sus ojos miel en los míos.

—No tienes sombra. —Dijo.

Miré a mi alrededor y era cierto. Mi sombra aún no me acompañaba. La necesitaba desesperadamente si quería recuperar mi energía por completo. Solo alguien con más experiencia que yo podría ayudarme. Definitivamente, tenía que seguir mi camino hasta el centro de la Provincia de Casanare.

La chica notó que no estaba deseoso de su conversación y siguió entretenida con el pasto, quizá esperando que las palabras salieran de mi boca voluntariamente. El olor de las partículas de pasto cortado invadió mi nariz, regalándome una fresca sensación de libertad. La primera sensación positiva desde mi liberación. Finalmente tuve una arremetida mental, una coincidencia entre los hechos y mi realidad, era libre. ¡Lo era!

Escuchar su voz y tratar de articular con ella me devolvía mi humanidad. Mi entusiasmo por mi libertad trajo recuerdos sin contaminar de mi propia vida que regresaban a mí poco a poco mientras los de mis vidas pasadas se esfumaban para nunca regresar. Primero llegaron a mi ser los recuerdos más importantes y vívidos, luego las sombras borrosas de mis padres, aunque recordarlos no representaba el momento más feliz para mí.

Tuve un recuerdo que me dejó en la inconsciencia y me transportó a mi niñez. Quizá de mis primeros recuerdos. Era tan pequeño que apenas podía diferenciar mi imaginación de la realidad, pero a esa cortísima edad ya me desarrollaba de lleno en el mundo de la hechicería. Mi recuerdo me situaba antes de haber perdido a mis padres, con mi taita enseñando a sus pupilos asombrados los toques de la inmovilización.

Mi padre había desarrollado, a través de un sinnúmero de años, una técnica exquisita de control de cuerpos enemigos. Con un solo toque de sus dedos, en una parte específica del cuerpo, podía generar toda clase de reacciones. Mi padre estudió el cuerpo humano físico hasta el agotamiento y pudo deducir que todo el cuerpo estaba intervenido por una serie de diminutos cordones que transmitían impulsos de los músculos al cerebro. Existían pues, entre estos cordones, nódulos que controlaban estos impulsos. Aquellos nódulos eran el objetivo de la presión de sus dedos. Con el poder de sus manos podía hacer perder la conciencia a un hombre que se encontrara frente a él tan solo con tocar dos puntos específicos de su nuca. Podía inmovilizar brazos tocando un hombro o provocar una parálisis al tocar una espalda. Mi padre era insistente en su enseñanza al recalcar el poder de la mente al momento de hacer un toque mortal. Según él, la mente le permitía mover músculos y llegar a los nódulos apenas tocando la piel. Mala suerte la mía, haberlo perdido antes de aprender de él semejante arte tan indispensable para nuestra supervivencia. Arte que murió con él.

El dolor me trajo de vuelta pues el recuerdo se hacía insoportable. Observé a la chica y sus ojos me regresaron al presente. —Gracias por devolverme mi humanidad. —Le dije con voz ronca, suspiré y me levanté porque mi pudor incómodo necesitaba ropa. Aún me sentía perdido entre mis recuerdos y la realidad, pero mi cuerpo tambaleante me obligaba a dejar mi cabeza en la tierra.

—¿Qué vas a hacer? —Me preguntó levantándose también y sacudiendo trozos de pasto verde de sus manos.

—Necesito ropa. —Y carraspeé aclarándome la garganta.

Trastabillé, pero logré mantener el equilibrio. Me acerqué hasta un árbol de plátano y bajé el

racimo más próximo.

—¡Ah, eres un brujo! —Dijo llena de emoción.

—No me gusta esa palabra. —Puse los plátanos en el suelo y busqué algunas piedras.

—No importa. Pagan mucho por los de tu clase.

La miré horrorizado. —¿Vendes a tu pueblo por monedas malditas?!

Ella se ruborizó. —Hay que comer.

—Y hay que proteger y defender la patria. Suelo que da de comer. Territorio que no le pertenece a los realistas.

Sus labios dibujaron una línea. —¿Qué tienes contra las fuerzas realistas?

Todo. Ellos me habían dado el regalo de mi amor, pero nos habían separado. Mi corazón le pertenecía a ella, pero mi cuerpo a mi patria.

—¿Cómo avenir con una chica ignorante? Es imperativo mover el poder que pondrá grilletes en las muñecas y sogas en el cuello.

Resoplé con decepción y me concentré en mi labor. En una zona de tierra plana, hice un círculo con las piedras y pelé los plátanos dejando las cáscaras aparte. Luego, ubiqué la carne de la fruta en un montón, justo en el centro del círculo. Puse tierra sobre esta, hasta que quedó completamente cubierta, asegurándome que no salía a la luz ni un milímetro de color crema.

—¿Entonces enséñame! —La chica era experta en interrumpir.

—No puedo. —No es que no pudiera. La última a la que le había enseñado era Elizabeth y me había arrepentido por eso.

Ubiqué mis manos sobre el bulto de tierra, cerré mis ojos y llamé toda la energía transformadora de mi cuerpo para que intercediera. “Dona mihi velle meum.” Pensé. No tenía mucha fuerza, pero la poca que me quedaba estaba haciendo su trabajo. Los átomos de la fruta danzaban en ondas de energía que se modificaban con mi poder.

—¿Entonces llévame con quien te enseñó! —Era tan enérgica en sus expresiones que parecía la fuente inagotable de un fuego eterno.

En mi mente, visualizaba claramente lo que deseaba obtener y podía sentir el movimiento de los átomos inquietos resistiéndose a cambiar. Transmití todo mi poder hasta mis manos que se calentaron y finalmente el plano físico cedió. Cuando terminé mi labor, sacudí toda la tierra del bulto y me encontré con unos pantalones claros de lino tejido. “¿Esto es todo lo que he podido hacer?” Pensé decepcionado “En verdad necesito mi sombra.”

La chica abrió la boca del asombro, nunca había visto un acto sobrenatural. Me puse los pantalones, pero no pude mantenerme en pie, estaba agotado. Había gastado toda mi energía y de repente sentí un hambre atroz. Ella era receptiva y sacó una vasija negra de su mochila, que cargaba con tanto cuidado.

—Llévame. —Y me acercó la vasija con trozos de pollo y arroz revuelto en su interior.

—No puedo. —Oía delicioso.

Ella se empeñó en que comiera y yo no me pude negar. Metí mis manos en la vasija y saqué puñados de comida que embutía en mi boca, parecía que mi condición animal no me había abandonado después de todo.

—¿Por qué? —Insistía.

Negué con la cabeza. —Mi tío me enseñó todos los principios de la magia y la hechicería, pero él ha sido arrebatado de este mundo por el ángel de la muerte encomendado por la corona española. —Hablaba mientras escupía pequeños trozos de comida. —Quizá el temor de la corona española hacia él, era más por su poder que por sus pensamientos revolucionarios.

—Lo siento mucho. —Su actitud se transformó de enérgica a tímida. —¿Él te enseñó a convertir fruta en tela?

Me reí de su ignorancia. —¿Fruta en tela? No es el objeto es la energía.

—No entiendo. —Rascaba su cabeza como si jamás hubiera escuchado semejantes palabras.

—Todo en el plano físico guarda energía.

Sus ojos seguían desconcertados.

—Lo que podemos tocar. —Le dije mientras ponía mi mano sobre la tierra. —Entonces, hay objetos que guardan energía receptora y otros que guardan energía emisora. Los que guardan energía receptora pueden cambiar, se pueden alterar. Los que guardan energía emisora, ayudan a canalizar la magia. Pero no todos los objetos son mágicos, los que no tienen energía ni receptora ni emisora, tienen energía imperturbable o estática.

—Y... ¿cómo convertiste los plátanos en pantalones?

Solté una carcajada. No había caso.

—Ojalá hubiera tenido un tío así... —Dijo ella en voz baja.

—Aún lo recuerdo como si me hablara al oído. —Le respondí. —Mi tío huía constantemente de los realistas. Una vez lo estaban persiguiendo por un cultivo de plátanos y, cuando no lo estaban viendo, se convirtió en un racimo.

Ella abrió los ojos. —¿Él se convirtió en un racimo?!

—Tenía ese poder. —Proseguí. —Podía cambiar su condición humana a voluntad. Viajaba hábilmente entre condiciones debido a su experiencia y su gran poder. Aquella vez corrió con tan mala suerte que sus perseguidores vieron el racimo tan apetitoso que decidieron comérselo. Cuando se fueron satisfechos, mi tío regresó a su condición humana y se percató que se habían comido toda su ropa.

—Aahhh. —Ella sonrió con una expresión de seguridad. —Ya entendí de donde has sacado lo de los plátanos.

Yo también reí. Se sentía bien sonreír después de tanto tiempo.

Hablé con la chica un rato hasta que el sol se puso colorado. Se llamaba Aurora y su familia era campesina, criaban ganado y chigüiros, y yerraban terneros.

—Mi familia tiene miedo a los realistas. Por eso no les llevamos la contraria. Supongo que así es más fácil... —Su cabeza estaba agachada.

—¿Y, es lo que tú quieres? —Pregunté limpiando rastros de comida de mi barbilla.

—No, no sé...

—Escucha tu corazón. Con miedo nunca sabrás lo que es vivir. —Me levanté y le entregué la vasija desocupada mientras me tambaleaba, aun tratando de recuperarme. —Gracias. De nuevo.

Ella la recibió con los brazos extendidos y los ojos con notoria duda. —Yo... yo.

—Me voy. —Le dije.

—¡Espera! —Y regresó la chica enérgica. —Quiero unirme.

—¡Esto no es un juego! —Le grité.

Era en el centro de la Provincia de Casanare, hacia donde yo me dirigía, que se había gestado la revolución, así que, acordamos que ella me acompañaría. Antes de emprender camino debía pedir consentimiento a su familia. No tenía muchas ganas de cambiar mi ruta, pero sentía que debía agradecerle de alguna forma y no solo con palabras.

Aurora y yo, caminamos algunas hectáreas hasta la hacienda de su familia, allí, mis pocas palabras fueron reveladoras. De repente, pasé de estar completamente solo a ser el líder de un grupo confundido e ignorante.

Se sentía bien no estar en soledad. Aunque mi naturaleza no era permanecer acompañado siempre tuve el imán de atraer la compañía de otros.

Llegando por fin a nuestro destino, el panorama cambiaba. Ya la selva salvaje de árboles y suelo inestable se quedaba atrás y daba paso a la llanura impresionante y cálida. La tibia noche se apoderaba del cielo como cubriendo el firmamento con una colcha llena de agujeros titilantes hasta que la oscuridad le dio la bienvenida a las luciérnagas que iluminaban nuestro camino.

El sonido de las luciérnagas intentando colarse al interior de mis orejas me recordó mi niñez. Vivir era como caminar hacia atrás, repasando las mismas experiencias una y otra vez alcanzando el pasado que se disfrazaba de futuro.

A medida que nos encontrábamos con casas hacia el centro, se iban haciendo más numerosas, la población había aumentado. Atrás, en la espesa vegetación de la selva, habían quedado las chozas hechas completamente de paja, ahora nuestra visión se asombraba de viviendas con paredes altas y techos de hojarasca. Entre una y otra se dibujaban calles de tierra prensada donde corrían seres ocultándose de la luz del fuego que iluminaba nuestros pasos. Estaba impresionado por cuanto había cambiado mi tierra.

No sabía exactamente donde había quedado el paraje para el reclutamiento de miembros a las fuerzas revolucionarias, pero no tardamos mucho en encontrar al líder temporal en la plaza principal. El centro se concurría de personas de todas las clases y razas, indios, mulatos, zambos y mestizos, con un ideal en común. Me quedé con la boca abierta al ver algunos realistas desleales apoyando nuestra causa, no eran muchos, pero vestían como nosotros. “Que dicha te habría dado Elizabeth.”

Justo al acercarnos al líder se podía sentir la energía desmedida, la bulla y el desorden que generaban los corazones acelerados. Todas las personas allí presentes, junto a una fogata, gritaban y alzaban sus voces para hacerse entender.

Había un chico desaliñado siendo arrastrado por dos hombres musculosos. El pobre chico parecía forcejear para liberarse, pero los hombres lo querían fuera de la junta de la fogata.

Aurora se agarró de mi brazo sintiendo miedo.

—¡Disculpen buencencias el grito y la ausencia de facundia! —Gritó el joven barbián y atrevido. —Ya velan esta noche vuestas mercedes a este macilento orador con el deseo del “nihil obstat” pegado al labio, y un fino perfume a verso sincero junto a sus comisuras.

El chico era un escritor y se dirigía a un sacerdote de larga bata negra y sombrero blanco que yo no había notado entre la multitud.

—¡Denegado! —Dijo el sacerdote y la muchedumbre se alteró en caos.

—Es lo malo de la civilización. Ya saben vuestas mercedes, que un hijo del pueblo se les puede colar de canto afeando sus deponencias ilustradas. —El chico se rio a carcajadas con nerviosismo como prediciendo su destino.

Mucho tardé en darme cuenta que no estábamos rodeados únicamente de revolucionarios. El líder se había dejado corromper y apoyaba la corona. Las guerrillas se verían obligadas a aislarse en la oscuridad y no había lugar para nosotros allí.

—Sea como fuere. Les presento mis respetos de rodillas, agonizando. —El chico se tiró al suelo cayendo en sus rodillas, con los brazos aún sujetos por aquellos hombres. —Como se ha puesto la progresía de la corona. —Dijo mirándolos sin esperanza en los ojos. —Adoro la paradoja.

Los hombres se lo llevaron y era seguro que esas serían sus últimas palabras.

Me eché para atrás y Aurora me apretó. Dimos un paso en falso y tropezamos contra un joven de sombrero negro que nos cortó el camino. Ya se escuchaba el barullo. De un momento a otro las personas alrededor de la fogata se juntaron atentos contra los reales presentes y noté a la familia de Aurora que se alejaba corriendo.

—¡Reyerta! —Se escuchó.

La familia de Aurora alzaba los brazos, haciendo señas a la distancia, para que nos acercáramos a ellos. Por la oscuridad de la noche no podía visualizarlos claramente, pero las briznas de la fogata, que jugaban en el viento, acercaban algo de luz en la dirección donde ellos se encontraban.

Una muchedumbre llena de testosterona solo necesita un grito como excusa para desfogar toda su ira y desquitarse contra lo que sea. El grupo que nos rodeaba se fue con odio contra el sacerdote, los otros reales, el líder y los hombres que lo cuidaban, arrebatando al escritor de sus brazos. Se escuchaban gritos e insultos en todos los dialectos. De repente, Aurora y yo nos vimos en medio de todo el jaloneo, sin poder salir ni acercarnos a su familia que se encontraba a salvo. Movimientos violentos sacudían nuestros cuerpos sofocados por el insoportable calor de las pieles sudorosas, tanto que era asqueante. En medio de la oscuridad, sujetaba a Aurora para protegerla, pero los empujones nos juntaban y separaban en un vaivén confuso y preocupante. Lo podía ver en sus ojos con lágrimas a punto de brotar, jamás había sentido tanto temor de salir herida.

—¡No me sueltes, brujo!

—¡Ah! —Grité de la impotencia y abrí mis brazos para evitar que la golpearan.

Fueron segundos, los necesarios. No lo dudé. La abracé, junté mis manos y cerré los ojos. Sentí la energía de la muchedumbre embravecida. Vi, en mi mente, el plano astral de la plaza rodeado de energía roja y caliente como el fuego. Solo se puede calmar el fuego con agua. Con todas mis fuerzas debía pedir el favor de la lluvia, pero para eso, tenía que tocar la tierra negra del suelo. En el planeta, todos los elementos se encuentran conectados y la tierra, canaliza la magia que controla el viento y las nubes.

Solo teníamos una oportunidad o moriríamos pisoteados. El cielo se cargaba de electricidad y las nubes grises se acumulaban sobre nuestras cabezas.

Podía sentirlo, no era solo yo quien entraría en el juego. Presentía la magia de otro hechicero. Me eran conocidas esas fuerzas aliadas que movían los vientos fríos hacia nosotros.

—¡Agáchate! —Le grité a Aurora.

—¿Qué?

La jalé con fuerza y caímos al suelo.

Un joven desgarbado cayó encima de nosotros, pero lo hice a un lado de un codazo, su cuerpo nos abrió espacio y antes de que pudiera ponerse en pie puse las palmas de mis manos sobre el suelo.

—¡Haz lo mismo Aurora!

Ella no entendía que estaba pasando, pero tenía una intuición de miedo y siguió mis movimientos.

—Aequaliter Nubila. —Dije

—Aequaliter Nubila. —Ella repitió.

—Veni nobis. —Proseguí y cerré los ojos visualizando nuestro deseo.

—Veni nobis. —Alcancé a escucharle cuando un trueno cayó justo en el árbol más próximo a la fogata y con un relámpago iluminó los rostros golpeados, ensangrentados y ennegrecidos del polvo y la tierra. Rostros paralizados en un segundo detenido en el tiempo que precedía la tormenta más grande del año.

Dirigí mis ojos a Aurora y le sonreí. Puse mis manos sobre las suyas y sentí su inocente energía conectada con el plano mágico.

—Bienvenida.

Sentí una gota de lluvia fría caer y bajar por mi espalda desnuda. De repente, un aguacero cayó con fuerza compuesta por gotas grandes y pesadas. El viento sopló con violencia creciente produciendo el gruñido de un animal salvaje. La bruma nubló toda visión posible en la oscuridad de la noche.

El agua apagaba el fuego.

Revolucionarios y realistas detuvieron su lucha con los ánimos sosegados y del fuego astral solo quedaron las cenizas. La magia danzaba con la lluvia.

Aurora y yo nos pusimos de pie, empapados, con la alegría de haber salido ilesos.

—Vaya, vaya, vaya. —Un hombre de abrigo negro hasta el suelo se acercaba hacia nosotros casi como un fantasma que se mezclaba con las tinieblas.

Aurora se prendió de mi brazo y se ubicó detrás de mí.

—¿Desde cuándo los muertos caminan entre los vivos? —Preguntó el hombre.

No entendí si se refería a mí así que no hice caso.

—¿Dónde has dejado la cola... Estremera?! —Habló por segunda vez en voz alta para ser escuchado a pesar del rugido de la lluvia. Su voz me era familiar.

—¡La he abandonado en el limbo!

—¿Allí has abandonado tu ropa también?! —Soltó una carcajada. Se acercó hasta quedar a centímetros de mi rostro y noté sus profundos ojos verdes. Bajó su mirada y se burló de mis pantalones. —Pero que magia tan ordinaria estas usando.

—Bueno, no tengo monedas para la sofisticada.

Luego de un silencio incómodo recordé exactamente a quien pertenecía tal dicción, era Letos, un viejo amigo de mis épocas de aprendiz. Finalmente nos saludamos llenos de nostalgia y decidimos resguardarnos de la lluvia que aún inundaba en barro las calles del centro.

—Síganme, sé a dónde llevarlos.

—Necesitamos ir por mi familia. —Dijo Aurora mirando para todos lados sin encontrar a los suyos.

—¿Familia? No pierdes el tiempo, Estremera.

—Simplemente se quieren unir a la causa, yo he venido por otros asuntos. —Le expliqué. —No tengo mi sombra. —Dijo en voz baja.

—He notado tal atrocidad. —Dijo negando con la cabeza con una expresión de asco en el rostro. Me sentí avergonzado. Tal condición solo era la de un reo y yo no cargaba culpa sobre mi espalda más que la desdicha de un corazón roto.

Los tres nos ubicamos bajo el saliente del techo de una vivienda. Allí, seguimos a Letos en fila india, evitando la lluvia, hasta un bar. El bar de Metis.

El lugar era un salón pequeño iluminado con pequeñas antorchas que brindaban gran calidez.

Allí se encontraban revolucionarios de todas las clases, quienes reían y hablaban en voz alta. Miembros del ejército criollo, letrados, cazadores, campesinos, todos sentados en mesas distribuidas por todo el lugar, moviéndose de aquí para allá en jolgorio. Los vasos rebosados de alcohol llegaban a las mesas y en segundos eran desocupados. Olía a comida y los platos parecían ser devorados por salvajes que comían a toda velocidad.

Entramos y nos sentamos en una de las mesas del rincón y suspiré, por fin podía descansar.

Me asombró ver la normalidad con que los duendecillos traviesos robaban monedas de los bolsillos de los distraídos. “¿Qué es esta época, no controlan a los elementales?” Pensé. Luego los duendecillos salían corriendo, huyendo de las escobas de las mujeres que atendían el bar.

—¡Allí los veo! —Gritó Aurora y salió pitada a encontrarse con los brazos de su hermano mayor al otro lado del recinto.

—Vaya aprendiz te has conseguido ¿o es...?

—No, no. —Negué con la cabeza y las manos. —Ni lo uno ni lo otro. Como dije, solo los acompañé hasta aquí.

—Seguro. —Letos sonreía con sospecha mientras se cruzaba de brazos.

—La chica es curiosa y tiene talento natural para la magia, creo que sería de gran ayuda.

—Yo le enseñaré. —Letos alzó su mano haciéndole señas a una de las chicas del bar para que le trajera su comida favorita. Él era un férvido comensal y visitante recurrente.

No podía evitar sentirme algo fuera de lugar.

—Su familia está ansiosa por participar.

—Todos estamos ansiosos. —Su atención volvió a mí y de repente se mostró sospechosamente interesado. —Hasta tú. Me es tan perturbador sentir la inestabilidad de tu fuero interno.

—Letos. Mi existencia me es insoportable. Necesito recuperar mi sombra... y encontrar a Elizabeth. —Dije en voz baja acercándome a él.

—Suenas como un maldito demente... y luces como uno.

Su rostro mostraba desilusión, pero yo no pensaba rendirme. —¿Dónde?... ¿Cómo?... Tienes que ayudarme. —Le rogué.

Letos no pronunció palabra. Parecía querer evitar el tema hasta que finalmente tomó una bocanada de aire y lo soltó.

—Bueno... —Se enderezó en su silla. —Escuché hace meses de una cacica viuda del pueblo Guahibo, Okami, que otorga favores extradimensionales a quienes realizan trabajos de magia para ella. Se encuentra al oriente, a unas 3 leguas de aquí. Quizá ella te pueda ayudar a recuperar tu sombra.

—Perfecto. —¡Tenía una esperanza! Mi cabeza ya urdía un plan.

—Sobre Elizabeth... Yo... —Dudó. Él no quería hablar del tema. —Lo siento. —Negó con la cabeza.

Todas mis esperanzas comenzaban a esfumarse.

—La vi por última vez en la casa junto al lago que parece un mar. Justo antes de...

—¿En el lago de Santa Fé? —Lo interrumpí.

—Hombre, tienes que olvidarla ya... Se ha ido. —Su rostro se llenó de pena y agachó la cabeza.

Suspiré y me recosté sobre el espaldar de la silla de madera. “Como si fuera tan fácil.”

—Creímos que habías muerto. —Dijo en voz baja. —¿Qué te hicieron en los corregimientos? —Prosiguió con una voz que no tenía ni la más mínima intención de ser escuchada.

A lo lejos veía a Aurora reírse y compartir con sus familiares. Su risa y su felicidad eran

genuinas. Extrañaba eso, extrañaba sentirme feliz desde adentro, sentirme vivo.

Una chica de sonrisa amplia se acercó a nuestra mesa trayendo una bandeja de carne picada, plátanos asados y envueltos de yuca. Todo caliente y humeante.

—¡Esto es vida! —Gritó Letos y me indicó con la mano que comiera. —Vamos hermano, no te voy a dejar morir de hambre, esto es para ambos. Celebremos la vida y que nos hemos encontrado.

“¿Qué es la vida?... ¿Qué es mi vida?” Pensé.

—¡Calma esa hiel, Estremera!... Estás peor que los románticos.

La comida fue realmente revitalizante. El recuerdo de sabores tan exquisitos me devolvía mis sentimientos perdidos, mi humanidad. Poco a poco me volvía menos ajeno a ellos, me rehusaba menos a sentirlos.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al terminar nuestra cena. —Ninguna condición disfruta tan bien la comida como la condición humana.

—¡Ese es mi amigo! ¿Por qué crees que los ángeles caen a la tierra? Para disfrutar.

Letos y yo nos levantamos y mientras él le pagaba a la chica del bar yo me dirigí a la mesa de Aurora y su familia, al poco tiempo, él nos acompañó. Hablamos un rato y acordamos que ellos pasarían la noche en un pequeño hostel. Letos los instalaría y acompañaría de ahí en adelante.

Ya estaba ansioso por empezar mi camino en busca de mi sombra, pero mi cuerpo físico se rendía al cansancio y debía hacer una parada importante al mercante del centro, el mercader de los hechiceros.

—Ha sido un placer. —Hice una venia y me dispuse hacia la salida del bar.

Aurora se tiró en mis brazos con las mejillas coloradas. —No te vayas.

Me reí. —Nos volveremos a ver.

Ella negó con la cabeza. —¡No quiero que me dejes!

Sus familiares se burlaron por su berrinche y la consolaron apenas me soltó, luego de dejar mi pecho empapado por sus lágrimas.

—Te lo aseguro. —Y acaricié su barbilla.

La extrañaría y siempre estaría agradecido con ella, pero debía seguir mi camino solo. Buscaría el momento de volver a verlos a todos, pero primero mi corazón tenía un afán insufrible por recuperar mi pasado y no podía perder más tiempo.

Letos y yo nos abrazamos y nos despedimos.

—Te veré pronto amigo.

Su recuerdo no me abandonaba nunca, pero recordarla era sufrir su ausencia. Casi que por mi bien prefería no pensarla tanto. ¡¿Qué?! Estaba tan confundido. ¿Qué era peor, recordarla o consolarme con sentir que ya la estaba olvidando? ¡Mi instinto de supervivencia la quería olvidar! Por eso detestaba mi condición humana, me ataba a estos instintos animales que me rebajaban a su voluntad. Yo no quería eso, no quería sobrevivir si significaba no tenerla, ni siquiera en mis pensamientos. Obligaba a mi mente, obligaba a mi memoria a recordar hasta el mínimo detalle el día en que la conocí.

¿Cómo presentes que vas a conocer el amor de tu vida? Yo no te vi venir. Ojalá hubiera tenido una especie de premonición así hubiera aprovechado cada segundo, los hubiera hecho nuestros hasta agotarlos por completo. Te lo juro, no hubiera perdido ni un instante de no tenerte en mis brazos, de besarte, de sentirte. Maldito remordimiento.

De joven, yo vivía en la Provincia de Tunja y pasaba mis días como cazador y recolector. Del pueblo a la selva, de la llanura a la montaña. Viviendo de las recompensas del maestro Kaure, maestro hechicero de mi tío, por consiguiente, maestro indirecto mío.

Era una mañana tranquila y la luz del sol se colaba tímidamente entre la vegetación de la selva. No escuchaba más que mis pisadas lentas y crujientes sobre las hojas secas y las pequeñas ramas que se partían. Me recargaba con delicadeza en los árboles para zarpar los obstáculos de la espesa naturaleza sin hacerle daño. En mi mochila cargaba hojas recién cortadas de kananaekono, una planta muy popular que usábamos para hacer hechizos en favor de mujeres que querían atraer y enamorar a hombres difíciles y prohibidos. No estaba dentro de mi moral juzgarlas, pero era una jugada baja, aun así, había pago, así que... por las monedas baila el perro.

Solo me faltaba conseguir la cabeza de un duende jirujiru para regresar a casa, pensé que ese día terminaría muy temprano todos los mandados y estaba emocionado. Casi feliz o satisfecho. Los jirujiru se esconden en los troncos huecos así que me acerqué a una zona de árboles viejos y dispuse algunas trampas. Un fino claro de luz del sol de forma circular sobre una cama de hojas frescas de Trifolium, miel, azúcar de caña y gotas del primer rocío de la mañana. Los duendes no se pueden resistir al dulce brillo de la naturaleza.

Me senté tranquilamente en una raíz de tronco que sobresalía de la tierra y saqué de mi bolsillo una carta axu. Las cartas axu eran pequeños cuadros de lienzo que se curtían con esencias hasta quedar endurecidos, tenían bordes de oro y símbolos dibujados en sangre animal. Servían para invocar elementos fuera del plano físico que se habían guardado en su interior, su gran peculiaridad es que poseían energía catalizadora y transformadora. Era muy común encontrar con los mercantes, cartas axu hechas por toda clase de hechiceros, creadas específicamente para uso comercial. Crearlas uno mismo si era una verdadera experticia.

Recosté la carta axu con suavidad sobre la tierra y junté mis manos sobre ella. Activé su poder y delgados círculos de luz dorada aparecieron a mi alrededor. La magia da una sensación de frío que se cuela por las entrañas como una hoja de acero que atraviesa el cuerpo, y eso sentía, era una

sensación a la que me había acostumbrado, pero a veces me tomaba por sorpresa. Con mi energía llamé al objeto que tenía en su interior. Los átomos se alteraron y tuve que usar todo mi poder para mantenerlos en una conversión estable. Lentamente, mientras subía mis manos lejos de la carta, aparecía el metal brillante de la daga Siresjal. La tomé por el mango y la sostuve mientras guardaba la carta de vuelta en mi bolsillo.

Su brillo deslumbraba todos los ojos que la mirasen, era la representación de la agilidad y la destreza hecha acero. Con una personalidad sedienta de sangre, la Siresjal me había acompañado por 3 años y le debía mi vida, que protegió en incontables ocasiones. Yo mismo la había forjado bajo la instrucción de mi tío con aleaciones de metales de origen volcánico, piedras sagradas y aceites encantados.

Me escondí tras un tronco grueso a esperar a los jirujiru con la Siresjal en guardia. Poco tardó uno en aparecer agachado en cuatro patas oliendo con gusto mi trampa. Debía ser muy cauteloso, mis movimientos tenían que efectuarse en completo silencio. Me acerqué fuera de su ángulo de visión preparado para dar una estocada fatal. La Siresjal en alto y yo conteniendo mi respiración. La daga brilló y el duende se sobresaltó girando su cabeza con violencia, sus ojos quedaron prendados de su hermosura.

—Tu sacrificio no será en vano. Tu energía retornará a la corriente vital y tu cuerpo físico será honrado. En este y en todos los planos bendigo tu esencia y la reclamo como mía.

«—Ahora.» —Dijo mi sombra y descargué la Siresjal con todas mis fuerzas.

El duende esquivó mi ataque en un milisegundo, trastabillé y me fui de bruces contra el suelo provocándome un fuerte dolor en las costillas.

—¡Malnacido! —Estaba muy enojado. Corrí y lo perseguí esquivando árboles y raíces. Mi corazón se agitó y mis piernas se pusieron calientes.

No hay nada más molesto que perseguir a un jirujiru. Aparecen aquí y allá. Saltan por aquí y luego por allá. Da tanto mareo que producen náuseas. Solo debía concentrarme y no observarlo en el plano físico. Cerré mis ojos y seguí su rastro. Era tan inquieto y veloz que me atraía su vivacidad. Decidí aprovecharme de ella y la fui absorbiendo poco a poco hasta dejarlo agotado. Se volvía más lento, más predecible, y cuando se acercó a mi derecha la Siresjal fue en su búsqueda con completa autonomía. Sujeté la daga para sopesar su poder y sentí la sangre del duende salpicar mis botas de cuero de ciervo.

No era un placer para mí asesinar criaturas. Sentía un dolor amargo en el pecho cuando su luz interior se apagaba, pero yo entendía mi lugar. Entendía que era guardián de la balanza de la naturaleza. Tenía que darle un uso excepcional a las criaturas que se me eran entregadas y, gracias a mi tío, me cubría un hechizo de protección que evitaba las maldiciones por manipular la energía vital.

Guardé los restos del duende, cuidadosamente envueltos en tejido de algodón, en mi mochila y suspiré.

Había caminado mucho y estaba lejos de mi camino habitual, me percaté. “¿Dónde estoy?” Aún tenía la Siresjal en mi mano.

La vegetación había cambiado y se escuchaba el correr de un riachuelo. Caminé despacio y me sentí inundado por el sonido del agua y la tibieza de la luz del sol colada entre los árboles. Todo era tranquilidad. Las largas hojas de pasto como listones, se alcanzaban el nivel de mis ojos y entre luz y penumbra observé un ser magnífico al borde del agua. “Es una sílfide.” Pensé. “Tiene que serlo... nunca he visto una, pero si fuera a verla tendría que ser así.”

Su belleza era inimaginable. Ella era ajena a mi presencia. Estaba concentrada en el agua que

despedía colores rojo, azul y amarillo al movimiento de sus manos. Su cabello dorado y largo brillaba como el oro. Tenía un vestido de pequeñas y tiernas flores, que recordaba una pradera llena de vida, mangas bombachas hasta los codos y volantes.

Decidí acercarme lentamente “Si la capturo, el Kaure me dará una gran recompensa, eso es seguro, pero su magia es mortal así que debo apresurarme. Primero ataré sus manos y pies con un cordón irrompible de bigotes de arawana y luego la haré dormir con alguna de mis pócimas, no puede ser tan difícil.”

Empuñé la Siresjal con mi mano derecha de forma horizontal, paralela a mis ojos, y saqué de mi bolsillo izquierdo un cordón elástico, blanco y brillante. Poco a poco me acerqué a la sílfide, en silencio, paso a paso, hoja tras hoja. Aguanté la respiración y esperé. Justo cuando me impulsaba a saltar sobre ella, sus ojos se encontraron con los míos. Me afané y con violencia la tumbé al suelo con mi peso. Ella luchó, pero en un segundo pasé sus manos a través del cordón. “Occludo.” Pensé y el cordón se apretó, quedaron atadas, inmovilizadas.

—¡Aahh! —Gritó la sílfide con la Siresjal apuntando entre sus ojos.

Mis piernas estaban sujetando su cuerpo que forcejeaba para liberarse. Al momento me percaté que tenía unos pinceles mojados a mi alrededor. “Las sílfides no pintan.”

—¿Eres una mujer? —Di un salto para alejarme de ella sin dejar de apuntar con la Siresjal.

—¿Nunca había visto una? —Dijo con sarcasmo tratando de levantarse.

Su acento no era local.

—¿Es este algún hechizo de confusión? ¡¿Qué quiere de mí?! —La acusé con miedo por presentir que era una chica española, una realista.

—¿Es usted quien me ha atado de manos!

Me desilusioné tanto de que no fuera una sílfide. No bajé la guardia hasta que no me percaté que era simplemente una joven inofensiva.

—¿Cómo se suelta...? —Preguntó ella, observando con detenimiento todos los ángulos del cordón con mucha curiosidad.

—Es irrompible. —Le respondí. —Y lo he desperdiciado. —“Que estúpido.” Pensé y saqué de mi bolsillo la carta axu.

—Andas de jarana. Nada es irrompible.

—Es un cordón de bigotes de arawana y una vez se aprieta, ya no se puede aflojar. —Puse la carta axu en el suelo y la Siresjal en forma vertical con la punta apuntando al símbolo de sangre en su interior. “Puedes regresar.” La espada se fundió en la carta hasta desaparecer.

La chica estaba anonadada.

—¿Quién es usted? ¿Qué es...?

La observé sin decir una palabra. Era obvio, para que tenía que explicar mi naturaleza. Que incomodidad.

Puso sus muñecas en frente de mí y frunció el ceño. —Libéreme.

—No puedo. —Y me dispuse a marcharme.

—¡Libéreme!

“Ah, que molestia.” —Bien, pero solo puede ser en el pueblo. El Kaure encontrará la manera de liberarla. Tendremos que ir juntos.

—¿Cuál pueblo? —Preguntó ella bajando la guardia.

—El centro de Tunja.

—¿Hasta el centro de Tunja?! Yo vivo en la frontera con Santa Fé. Tendremos que...

—Iremos al centro de Tunja.

Ella refunfuñó. —De acuerdo, pero debo recoger mis pinturas. Están en el claro, hacia el oeste.

Caminar a su lado era extrañamente agradable. Su energía no era perturbadora, pero tampoco aburrida. Era divertida y fuerte en la justa medida. Se sentía, refrescante, pero mi cabeza no me permitía simpatizar con ella.

Encontramos sus pinturas y eran impresionantes. Tan llenas de miedo y aflicción. Casi podía sentir su alma a través del lienzo.

—Son... increíbles.

—No tiene que mentirme, no es necesario. —Trataba de ocultar su trabajo de mi visión recorriéndolo a toda velocidad. —Soy solo una aprendiz de retratista de la corona, pero los retratos no son lo mío... la nada es lo mío.

Sentí lástima. —Jamás negaría tan hermoso talento.

—Talento... —Me observó fijamente. —Gracias por no haberme atacado. Aquí... parece que somos enemigos de todos.

—No quiero que sea mi enemiga. —“Pero, ¿qué estoy diciendo?”

Ella sonrió. Tenía los dientes perfectos y su sonrisa calmaba todo dentro de mí. De repente no sentí preocupación, no sentí miedo. Si ella era aliada de los realistas no era una amenaza para mí, o así quería verlo.

Luego de recoger sus pertenencias nos dirigimos hacia el centro de la Provincia de Tunja. No era un camino fácil y, como sus manos estaban atadas, a ella se le dificultaba enormemente atravesar la selva. Yo era sus manos y la ayudaba a saltar las raíces, y era su cuerpo cuando necesitaba sostenerse. Era sus piernas cuando tenía que correr y su escudo si tenía miedo.

—¿Cuántos años tiene?

—Los suficientes para saber por qué pregunta. —Respondió ella manteniendo su sonrisa.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué pregunto, entonces?

—¿Está dispuesto a que de vele tal secreto? ¿A que me meta con tal intromisión en su mente?

—Créame que tiene permiso de meterse en mi mente y donde usted quiera.

Ella soltó una carcajada. —Primero quiero saber su nombre.

—¿Y qué es un nombre?

—Una palabra nada más. O, ¿quiere que lo llame señor?

—Sergio Estremera. —Y le ofrecí mi mano en saludo formal. —Señor Estremera. —Proseguí.

—¡Ja! —Su risa, melodía en mis oídos. Ella respondió mi saludo tomando mi mano con las suyas.

—¿Y la señorita? —Le pregunté y acerqué mi oído a su boca para escucharla mejor.

—Elizabeth Carballo de la Parra.

Enarqué las cejas y me enderecé.

—Señorita Elizabeth para usted. —Alzando sus manos, ofreció el dorso de su mano derecha para que le diera un beso de respeto.

Tomé con suavidad su mano y le di un delicado beso sobre su piel cálida mirándola a los ojos. —Encantado.

Al cabo de algunas horas más de camino atravesando las montañas, llegamos finalmente al centro con los estómagos vacíos. La residencia donde vivía la compartía con mi tío, algunos aprendices y otros eruditos de nuestra clase. Era de apariencia muy humilde, pero grande y albergaba diferentes salones donde teníamos un laboratorio, una biblioteca, una bodega para todos los especímenes, una sala de reuniones y un consultorio. En el centro, dos patios que daban luz y

serenidad a la vivienda. Había vivido allí muchos años así que era mi hogar, aunque nunca lo sentí como mi refugio.

Luego de comer, Elizabeth conoció algunos de los residentes de la casa, aprendices de hechiceros y ayudantes, a mi amigo de la infancia Letos y su familia quienes pasaban una temporada allí, y otros criollos con los que había crecido. En la noche, nos encontramos finalmente con el Kaure.

Ella se sentía intimidada. La presencia del Kaure era imponente e inspiraba respeto y ella jamás había tenido contacto directo con el mundo de la magia.

—Señorita, usted se encuentra muy lejos de casa. —Le dijo el Kaure mientras sujetaba sus muñecas e inspeccionaba el cordón.

El laboratorio se sentía frío y nuestras voces tenían un eco incómodo.

—Son solo unas horas...

—¿Cruzando el océano?

—Ah. —Suspiró ella. —Esta es mi casa ahora.

Él miraba de arriba abajo verificando la calidad de mi hechizo. —Muy buen trabajo.

Yo asentí y me crucé de brazos, recostándome en el borde de la mesa de cemento. —Nunca había tenido que deshacer un cordón, siempre cortaba las manos y ya.

Ella me miró horrorizada. Me divertía tanto su inocencia.

Él se rio, la soltó y se dirigió a un viejo estante donde se guardaban algunos frascos con pócimas. Tomó un pequeño gotero, un vaso con agua y un trozo de piel de tapir y regreso con nosotros. Sostuvo sus muñecas de nuevo y colocó la piel de tapir entre su piel y el cordón. — Cierre los ojos o quedará ciega. Esta infusión para deshacer el cordón puede ser muy peligrosa.

Elizabeth temblaba de la preocupación. —Madre mía, mis manos son mi vida.

Yo solté una risa burlona. Sabía que él estaba exagerando. Nada malo le pasaría, pero ese era su humor, a él le gustaba burlarse del sufrimiento de los inocentes y bueno, yo estaba aprendiendo sus malas mañas.

Ella agachó su cabeza y casi pude escuchar un sollozo. —Ay Dios. ¡Ay Dios!

Tuve que poner mi mano en mi boca para que no escuchara mi risa.

El Kaure me observó y con los ojos me hizo señas para que la consolara. Que cómplices éramos.

—Tranquila. —Le dije y puse mis manos sobre sus hombros. —Yo voy a proteger sus manos con mi poder. —Eso era mentira.

Elizabeth se ruborizó por mi atrevimiento, luego giró su cuerpo hacia mí y recostó su cabeza en mi pecho. Seguía sollozando.

¡¿Por qué éramos tan crueles?!

El Kaure mojó un dedo en el agua y lo pasó por un lado del cordón para empapararlo, luego, ubicó el gotero a un centímetro del cordón y libero una gota de infusión destilada de moho de cayeno. —Libertatem. —Eso bastó para deshacer algunas fibras del cordón que poco a poco cedieron y se rompieron.

—¡Ay, se ha quedado sin manos! —Y la sacudí.

Elizabeth gritó horrorizada alejándose de mí y llevándose sus manos a su pecho. Me pareció ver lágrimas en sus ojos, pero no podía verla claramente porque estaba ocupado riéndome a carcajadas con el Kaure.

—¡Es un carcundo! ¡Fantoche! —Me gritaba ella.

Yo no sabía lo que era eso, pero me estaba divirtiendo mucho.

Golpeó débilmente mi peño con sus puños y, cuando se percató de que se encontraba liberada, se calmó.

—Era una broma. —Dije en son de paz con las palmas en alto.

Su expresión se relajó, pero tenía los labios apretados y el ceño fruncido.

—¿Ve cómo le dije que la protegería? Ya está liberada y bien. —Solo quería que se relajara. —Ahora puede hablarme de tú, ¿no? —Yo ya me sentía en confianza con ella. Una confianza atrevida fuera de todo paradigma social.

—¿Fue fácil el jirujiru? —Nos interrumpió el Kaure, hablando en alto y guardando los restos del cordón en un cajón de madera.

—Toda una pesadilla. Esas criaturas son un desastre.

—¿Qué es un jirujiru? —Preguntó ella.

—Esto. —Y puse mi mochila sobre la mesa sacando el envuelto de tejido de algodón.

Justo antes de que fuera notoria la sangre en el tejido, el Kaure puso su mano sobre el envuelto ocultándola.

—¿Está muerto? —Elizabeth abrió sus ojos como platos y se llevó las manos a la boca. Negó con la cabeza y salió corriendo fuera del laboratorio. Me fui tras ella, pero huía como un pájaro herido a través de los corredores.

—¡Espera, Elizabeth!

La alcancé en el jardín exterior. Tomé suavemente su brazo para detenerla.

—Déjame. —Estaba realmente alterada. —¿Era una criatura inocente?

Yo no supe que responderle. Bueno, sí era inocente, pero era mi trabajo. —Yo...

—Lo que haces es horrible.

—No... ¿Estás hablándome de tú? —Me reí, pero ella se enfureció más.

Jamás había visto unos ojos observarme con tanto desprecio. Me sentí mal por mí mismo, sentí pena. Cómo alguien que acababa de conocer me devolvía mi humanidad de manera tan agresiva.

—Son criaturas inocentes. No puedes hacerles daño. —Me reprochó.

La tomé entre mis brazos y la abracé con toda indiscreción. Sentía su corazón palpitando fuertemente en mi pecho. No había manera de tranquilizarla. Cada cosa que le decía la volvía más errática y su espíritu inquieto se alteraba a cada segundo que permanecía a mi lado.

—He visto tu poder y es tu responsabilidad cuidar de la naturaleza. Este don que tienes se lo debes a ella. —La escuché.

Sus palabras se instalaron en mi mente. Sentí que tenía razón. —Te lo prometo.

Ya era muy tarde y Elizabeth tenía que volver a su casa. Un carruaje de soldados saldría para la Provincia de Santa Fé, así que ella podría quedarse en la frontera. No quería dejarla ir sola, no quería dejarla ir en absoluto. Con descaro tomé su mano y le di un último beso en el dorso. Así nos despedimos, no sabía cuándo la volvería a ver, pero estaba seguro que sería pronto.

Recordaba muy bien que en el centro de la Provincia del Casanare se encontraba un mercader a quien yo había dejado a guardar algunas de mis posesiones importantes, aquellas que logré salvar antes de que me apresaran, también algo de ropa y suplementos mágicos.

La tienda del mercader era un pequeño local ubicado al final de un callejón sin salida. Le presidía un adoquín de color azul eléctrico que brillaba con las estrellas, tal cual, la entrada a un mundo mágico fuera de toda realidad. La puerta era pequeñita y casi me tocaba agachar la cabeza para cruzarla. Entré y el móvil de metal anunció mi presencia con su estruendoso jugueteo.

—¿Mercader? —Nadie parecía responder. —¿Oroke? —Insistí mientras cruzaba junto a las estanterías de vidrio curtidas de polvo.

—No había escuchado ese nombre en mucho tiempo. ¿9 años para ser exacto?

Era un joven de cabello rizado y labios gruesos.

—Estoy buscando a...

—Mi padre no está aquí.

—¿Joaquín? ¿Eres tú?

El chico frunció el ceño tratando de recordar. Yo lo cuidaba y jugaba con él cuando era niño. Por aquellas épocas cambiaba horas de atención con el crío por pócimas o ingredientes para practicar mis artes mágicas. Le enseñé muchos hechizos básicos y nos divertíamos juntos, ya debería tener unos 20 años.

—Puede ser usted... —Se sorprendió. —¿Estremera? Pero, ¿cómo es posible?!

—Vamos, debiste haberme reconocido. No he cambiado nada.

—Imposible, no tengo tan buena memoria.

Nos reímos juntos.

—Mi padre está en algo importante. —Se inclinó hacia mí para enfatizar en la delicadeza de lo que me contaría. —Frecuenta nuevos planos en el desarrollado de su condición sublime.

Yo abrí los ojos descubriendo una afirmación que jamás pensé escuchar. —Tengo que hablar con él.

—Está atrás, pero vuelve en unas horas. Puedes esperarlo. —Dejamos las convenciones formales.

—Sí... primero necesito recuperar algunas cosas que él me guardó.

—¿Las guardó? —Dudó. —Él no guarda pertenencias a nadie.

Me miró fijamente y supo que hablaba en serio.

Sonó el cucú de un reloj de pared con forma de búho negro y Joaquín suspendió su atención en mis asuntos para cerrar la puerta de la tienda.

—¿Qué pasa? —Le pregunté.

—Las cosas se han vuelto muy inestables por acá. Cerramos a las 11 y protegemos toda la tienda de los maleficios de los brujos rojos.

Un frío recorrió mi estómago. Las solas palabras, brujos rojos, me provocaban un nudo en la

garganta. —No puede ser. —Era la manera más denigrante que teníamos para referirnos a los de nuestra clase, quienes llevaban vestimentas largas rojas y estaban a favor del ejército realista.

—Ha empeorado con los años y se rumora que ahora tenemos traidores entre nuestra propia provincia. ¡Hipócritas! —Joaquín prendió un sahumero y comenzó a esparcir un espeso humo blanco por todo el lugar.

Cuando el humo se dirigió al techo, se disipó y aparecieron luciérnagas multicolores que adornaron todo el techo produciendo un sonido parecido al de un arrullo. El humo olía a azucenas y madera antigua. Un olor que, al momento de sentirse, es recordado instantáneamente.

—¿Pero de nosotros quién tendría tal abyección? —Le pregunté.

—De seguro te suena... ¿Letos?

Me sorprendí. La conmoción me invadió. No podía pronunciar una palabra completa. Letos no podría hacernos eso.

—Es...es solo un rumor. —Tartamudeé y batí la cabeza de lado a lado.

—Vete con cuidado Estremera. —Dijo Joaquín regresando junto a mí y guardando lo que quedó de la pequeña pirámide café con la que hacía el sahumero, en el último espacio de una vitrina al fondo de la tienda.

Allí, al lado de Joaquín, estaba una puerta dibujada con tiza azul en la pared. Enfoqué mis pensamientos inmediatamente la vi. —Esto es lo que necesito Juaco. Necesito abrir esta puerta.

Caminé en su dirección y él me observó desconcertado.

—¿Eso? Pero si no hay nada allí... solo...

—Recuerda. En este mundo, nada es lo que parece. —Le sonreí y puse mis manos sobre la pared. —Necesito aceite virgen de rosa y lagarto verde.

—Seguro, son 5 monedas.

—¡Viejo!

Soltó una carcajada. —Enséñame a abrir esa puerta y te lo doy gratis.

—Si tu padre no te ha dicho es por algo. —Le respondí.

Hizo una mueca y consiguió el aceite de un estante muy alto.

—Dice que soy muy joven para algunas cosas. —Dijo él.

Tomé el aceite y unté con mi dedo todas las líneas en tiza.

—Ahora necesito fuego.

Él me acercó un pequeño palito que prendió en la antorcha de la pared que iluminaba la tienda. El fuego dibujó centímetro a centímetro una puerta en la pared contorneada por llamas azules. Joaquín se apartó para evitar el calor del fuego cubriendo su rostro con el antebrazo. Enterré la punta del palito en mi dedo índice izquierdo y dibujé el símbolo del hogar con mi sangre justo en la mitad de la puerta que empezaba a revelarse.

—¡Cuidado! —Joaquín se ponía nervioso.

—El fuego no tiene nada de malo mientras no permanezcas demasiado cerca.

La puerta dorada se había presentado ante nosotros, era majestuosa y estaba llena de detalles ornamentales. Brillaba como emocionada por volverme a ver después de tanto tiempo. Para abrirla debía buscar en mi memoria el conjuro correcto. Suspiré y estuve algunos minutos ante su imponencia. Di un paso atrás, me ubiqué de lado y estiré mi brazo derecho colocando mi mano sobre el símbolo de sangre.

—Est hic, est nunc. ¡Aperire ostium! —Le ordené y la puerta tembló en la pared soltando polvo y partículas de barro al suelo. Una rendija se abrió entre la puerta y la pared, y con mi mano la empujé hacia afuera para abrirla. Era pesada y muy difícil de mover. Cuando la abrí finalmente

pude sonreír.

—Ah, pero que pequeño. —Dijo Joaquín asomándose por detrás de mi hombro.

—¿Sabes la cantidad de sangre que requiere crear un salón?

La puerta protegía un pequeño cuartito del tamaño de un closet.

Allí, justo en la repisa frente a mis ojos, mi amada carta axu, la guardiana de mi Siresjal. Que inmensa felicidad encontrarla. También encontré algo de mi ropa, pociones, aceites, libros y algunas monedas de oro y plata. Me vestí con uno de mis pantalones negros de lino curtido, botas rojas de cuero de bisonte, camisa blanca y abrigo negro, y guardé en mis bolsillos algunos de mis imprescindibles.

Joaquín se mostraba muy interesado por mis pertenencias así que decidí cerrar la puerta antes de que empezara a merodear.

—¿Dónde puedo esperar al Oroke?

—Sígueme.

Camine a las espaldas de Joaquín por los corredores de la parte trasera de su vivienda, más allá de la tienda. La temperatura se enfriaba y aumentaba la humedad en el ambiente. Tras una puerta de cristal tallado delicadamente con motivos de flores y hojas nos encontramos en un jardín bellísimo. Una especie de invernadero. Un rincón secreto conectado a la vivienda de manera mística. Otro mundo.

Todo era oscuridad. Los retorcidos árboles cubrían toda mi visión en curvas y rizos de naturaleza, y sus hojas se agachaban cargando gotas de rocío. Solo pasaron segundos antes de que mi cabello ondulado se humedeciera y se pegara a mi rostro. Di unos pasos sobre las raíces de aquellos árboles sagrados y Joaquín cerró la puerta tras de mí. Él no me acompañó. Avancé entre la tierra mojada y las hojas brillantes y me encontré con un claro extrañamente iluminado de la nada, y allí, en medio de la luz, un cuervo de tamaño formidable. Su pico casi a la altura de mis hombros. Parecía dormido, meditando, ausente, ajeno a mi presencia. El cuervo entreabrió los ojos y me sorprendió el color amarillo que resaltaba en su interior. Tan profundo como ver el oro al fondo de un río. Los cerró de nuevo e irguió su pecho, inflando su cuerpo y abriendo sus alas. Los árboles le estorbaban y se movieron a su paso dejando caer hojas y chorros de agua que me empararon por completo. “Mejor no me hubiera vestido.”

El cuervo guardó su cabeza entre sus alas y una maraña de plumas negras se redujo a la condición humana de un hombre adulto de barba y piel bronceada. Yo sentía que me estaba sofocando.

—Te estaba esperando. —Me dijo y nos saludamos con cariño.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Y más que tiempo.

Salimos de su jardín del edén, Oroke se vistió y hablamos en su biblioteca.

—He estado sintiendo tu presencia desde el día de tu liberación.

—Sí, bueno, me he demorado mucho en recomponerme. Estoy tan incompleto... tan confundido. —Le respondí y me quité mi abrigo mojado, para dejarlo sobre una pequeña mesa, luego me senté en un sillón que daba a la ventana donde entraba la luz de la luna.

—Yo supe lo de Elizabeth unos días después que sucediera, luego de verla por última vez cuando vino a comprar algunos libros de magia pagana. —Dijo Oroke. —Ella estaba en algo justo antes de su desaparición.

—¿Es posible que ella... no se arrebatara su vida?

—Eso no lo sé, pero en el plano sublime puedo sentir que su esencia no está perdida. No

quiero darte esperanzas, pero...

—¿Puede volver? ¿Puedo traerla de vuelta?

Mi corazón empezó a palpar con fuerza. Lo sentía en mi pecho, en mi cuello, en mis oídos, en mi cabeza. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero se negaban a partir.

—Ella no está lejos. Siempre ha estado conectada a ti, pero... no puedes ir contra el pasado. No puedes ir contra la línea natural de la vida. ¿Por qué deseas con tanto anhelo...?

—Porque no era su momento. —Lo interrumpí.

—¿Estás seguro?

Suspiré y una lágrima cayó de mi ojo izquierdo. Fue la primera lágrima que la verdad me provocó luego de mi liberación. —Ah, Elizabeth. Para que le ruego al cielo que te regrese a mí si estoy perdido.

Oroke puso su mano sobre mi hombro para consolarme y agaché la cabeza, ya no podía contenerme más.

—Así como me acostumbré a estar contigo, no quiero acostumbrarme a estar sin ti. No puedo. No puedo, te extraño tanto. No me conozco sin ti. ¿Por qué tenías que enamorarme si te ibas a rendir? Me estaba preguntando si olvidaste tu amor por mí. No pude verte por última vez, no pude decirte adiós. No pude.

Me sentía tan frustrado y tan impotente.

Oroke acercó a mi rostro un vaso con destilado de uva, lo tomé y quemó mi garganta. Esa noche bebí todo mi dolor. Bebí todo lo que había sido y seré.

Esa noche hablamos de las posibilidades de recuperar mi sombra y también me aconsejó que buscara a la cacica viuda. Lo había decidido, esa sería mi siguiente parada.

Poco tiempo pasó hasta que el sol se despertara y comenzara a iluminar la habitación. La cabeza me daba vueltas y lamenté haber bebido tanto. Mis ropas ya estaban secas y la temperatura aumentaba.

Ese día desayuné con el mercader, su esposa, un aprendiz y su hijo, me ofrecieron un brebaje para recuperar mi salud y dejé la tienda con un agradecimiento enorme.

Detestaba las mañanas de tanto calor. Detestaba todo exactamente, en ese justo momento. Mi sudor, mi debilidad, mi vida. Ese horrible golpe de realidad que trae la resaca. No quería pensar en nada ni en nadie, solo quería irme.

Caminar me calmaría y caminé las horas necesarias, más de 3 leguas y seguía contando. Estuve a punto de encantar un caballo salvaje, pero de la desesperación que sentía no pude concentrarme en lograrlo.

El territorio de los guahibos se encontraba subiendo una montaña inmensa al oriente. Sus viviendas se alzaban sobre las copas de los árboles como creadas por la naturaleza, partes de igual esencia que lo elemental. Erigidas para pertenecer allí como si fuera su destino. Y justo en la más alto de la montaña, entre el páramo y el nevado, como si perteneciera más que ningún otro, el castillo en ruinas de una viuda, con cierta parte de la construcción bajo tierra.

Al adentrarme en sus terrenos alerté a todos los seres vivos que clavaban sus ojos en cada uno de mis movimientos. La energía en la montaña era turbia y oscura. Definitivamente se escondían seres malignos y poderosos. Podía sentir corrientes de magia negra atravesando mi cuerpo, corrientes que me daban escalofríos y hacían sentir pesado el ambiente. Me sentía observado y me di cuenta que algunos guerreros guahibos me seguían curiosos. Subí y subí hasta que el quedarme sin aliento me hizo agotar cada gota de agua de mi cantimplora.

Llegué a la puerta de castillo y el acero de esta se encontraba doblado y maltratado. No estaba

cerrada así que ingresé cautelosamente al interior.

El primer salón contaba con ventanas desprovistas de cortinas, ni telas, ni colores. La madera de las vigas que soportaban la construcción estaba arañada y partida como atacada por bestias feroces. Parecía un castillo en ruinas, pero estaba completamente habitado. Una vez crucé el primer salón me encontré con los habitantes del castillo.

El salón principal era el hogar del trono de la viuda, un trono con forma de rayos de sol. Allí la vi. Indomable. Poderosa. Okami, la reina que tenía al sol como padrino.

Tan pronto como entré al salón, los guahibos de su corte, vestidos con colores estridentes, joyas doradas y plumas, se quedaron en silencio. Se apartaron de mi camino hacia el trono ubicándose a cada lado.

Me acerqué frente al trono y su presencia me obligó a agachar la cabeza. Mis rodillas se doblaron y me vi reducido a una venia forzosa. “¿Qué es esta influencia?” Pensé. Con dificultad levanté la cabeza y vi su rostro de frente. Tenía el cabello largo y negro, brillante como la noche misma, conformado a partir de hebras delgadas lisas que se mecían con sus delicados movimientos. Sus ojos eran grises como la plata al fondo del mar y su piel dorada que resplandecía con la luz de su padrino que entraba por las ventanas de vidrios rotos. Llevaba puesto un atuendo con forma de triángulo invertido hasta el suelo, acompañado de una capa larga que se sujetaba de sus hombros con broches brillantes, y un brazalete dorado con forma de serpiente en el brazo derecho. Al mirarnos fijamente su semblante era tan imponente que me obligó a agachar la cabeza de nuevo.

Su poder era tan grande y su dominio tan extenso que el primer viento de la temporada de lluvias venía danzando como un copo de nieve para pedirle permiso de entrar en su reino. Y así tuve una visión de ella caminando a mi lado, con su larga capa dorada ondulando entre el páramo, mientras recibía un copo de nieve en su dedo que le preguntaba tímidamente si podía pasar. Abrí los ojos y jipíé.

—Guerrero de la magia extraterrenal. Te he llamado. —Su voz era dulce y encantadora, pero autoritaria. La voz de una reina.

“No me ha llamado.” Pensé. “No he soñado con ella.”

—Te llamé trayéndote aquí. —Respondió la reina como si escuchara mis pensamientos. —Fui la guía de tu camino desde que abandonaste el centro. Eres tú, Estremera. Mi agibílibus guerrero elegido. Mi salvador.

—Su poder es inimaginable, cacica Okami. Pero, así como me ha llamado aquí, necesito una bendición de su parte.

—Soy consciente de su pérdida y acepto su trato. —Ella se levantó de su trono y todos sus cortesanos se arrodillaron. Se paró frente a mí. —Levántate.

De repente el gran peso que me mantenía en el suelo me liberó y pude levantarme. Empezaba a asustarme.

La reina me sonrió. —Vamos. —Y me indicó que la siguiera.

Caminamos uno al lado del otro, marchándonos del salón principal e ingresando a un corredor que nos llevaba hasta la sala del consejo. El camino estaba interrumpido por trozos de madera atravesados y escombros de la construcción que se caía a pedazos.

Ingresamos a la sala donde había tres hombres. Inmediatamente los vi, sentí su fuerza mágica que inspiraba respeto.

—Ellos son mi astrólogo, mi chamán personal y mi adivino consejero. —Indicó la cacica con su mano. Ellos hicieron una venia ante ella y me saludaron bajando levemente la cabeza.

Agaché mi cabeza para responderles. —Es un honor.

—Este es el hechicero Estremera.

—Tan pronto como supimos su liberación quisimos llamarlo de inmediato. —Dijo el astrólogo, un hombre mayor de canas sabias todo vestido con un atuendo ligero de color violeta oscuro.

“Vaya, mi vida no es un secreto después de todo y ¡nadie me llamó!” Siempre fui muy reservado pero mi reputación me precedía.

—Solos, hemos intentado controlar a los demonios nocturnos del bosque, pero ha sido imposible. Atormentan a todos en el reino y el castillo se ha visto reducido a las ruinas. —Dijo su majestad. —Debes tener cuidado, les gustan comer frescos, los corazones que palpitan.

—¿Quién ha sido el culpable sin piedad? —Les pregunté.

—Quiénes... los brujos rojos. —Respondió el chamán.

Tragué saliva.

Esa tarde nos dimos un banquete para prepararnos para la lucha que se avecinaba justamente al caer el sol.

La noche trajo la neblina del páramo disfrazando las horribles criaturas que atormentaban el castillo. Formas humanas deformes de las cuales brotaban sangre de sus rostros y manos. Aparecían de la tierra del páramo, de los árboles del bosque, de todas partes parecían provenir. Corrían hasta ingresar al castillo pues los hechizos de protección de los sirvientes de la reina eran inútiles. Las bestias perseguían a los cortesanos que gritaban mientras los guahibos guerreros los atacaban, pero era ineficaz, eran demasiados. Una bestia moría y brotaban 2 de la tierra.

No perdí tiempo y liberé la Siresjal que brilló, resplandeciendo en medio de la oscuridad, asombrando a todos los presentes que se sentían miserables a su belleza, a su poder.

Las criaturas se acercaban violentamente hacia mí, cuales furiosos monstruos, y yo blandía la daga en todas direcciones cortando extremidades y salpicando más sangre de la que podía imaginar. Penetraba sus corazones sin vida y sentía el crujir de sus huesos partirse, matándolos al instante. Ataqué y ataqué, pero el número no parecía reducirse. La Siresjal y yo empezábamos a cansarnos.

—Esto no será suficiente. Tenemos que atacar la raíz del problema. —Le dije a la reina que se encontraba luchando con nosotros. Ella se apartó del combate y se resguardó a mis espaldas.

—¿Qué podemos hacer, existe algún hechizo de protección que no hayamos probado? —Me preguntó.

“Piensa, piensa, piensa.”

—La magia negra debe ser combatida con su igual. —Le respondí.

Yo conocía un conjuro maldito que podía resultar, pero no me gustaba meterme con la magia negra. Era perversa y traicionera, con consecuencias fatales. Era el último recurso de un hechicero desesperado. El conjuro rompería todo hechizo en las tierras de la cacica, pero tendrían que proteger a toda descendencia nacida bajo su sangre de ahí en adelante.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Explicué a la reina que debíamos crear una estrella de cinco puntas realizando con nuestras manos los círculos del ángel caído, como formas de energía emisora, y cuando estuviera completa, nuestro poder aniquilaría la raíz generadora de su ruina.

Ella se comunicó con sus súbditos sin la necesidad de abrir la boca y todos asintieron al plan.

La cacica Okami, el astrólogo, el chamán, el adivino consejero y yo corrimos fuera del castillo en las 5 direcciones que serían las puntas de la estrella. El castillo se encontraba

desprotegido y debíamos ser rápidos.

Fui cauteloso y me ubiqué donde las criaturas no pudieran verme, saltando piedras y ramas a toda velocidad. Enterré la Siresjal en la tierra y sobre ella ubiqué mis manos.

Mi estómago empezaba a retorcerse y el frío a invadir mi espalda. Mis palmas estaban juntas, luego separadas una mano al lado de la otra.

Cuando cada uno estaba en posición, al tiempo, movimos la mano derecha arriba y la izquierda abajo. Luego, la derecha y la izquierda se movieron siguiendo el recorrido de un medio círculo de luz brillante de color naranja hasta quedar invertidas, la derecha abajo y la izquierda arriba.

—¡Remove maledicta congeffit! —Al unísono.

Al terminar, los círculos de energía se conectaron y formaron la estrella del ángel caído que brillaba en la noche. Lo habíamos conseguido. La estrella se movía con inestabilidad y la maldición se resistía a irse. Faltaba algo.

La reina sabía, sangre se pagaba con sangre. Ella ofreció su brazo izquierdo y la estrella aceptó, estallando y arrasando con todas las criaturas monstruosas. Se sintió como una fuerte corriente de viento que nos tiró al suelo. Cuando me percaté que había caído me apresuré a levantarme y buscar a la cacica. Ella yacía en el suelo, boca abajo, rodeada de criaturas muertas y pudriéndose. La levanté entre mis brazos y abrió los ojos. Una delgada línea se formó en sus labios para luego convertirse en una sonrisa.

—Su brazo.

Se incorporó y reveló una gran quemadura de color carne que recorría desde la muñeca hasta el hombro.

—Mi poder ha sido suficiente para evitar que el ángel caído me llevara, pero me ha dejado un recuerdo.

Suspiré y extrañamente sentí la necesidad de abrazarla. Agité mi cabeza. “En qué estoy pensando.” Me eché para atrás antes de tal impertinencia. Ella sonrió.

El panorama era esperanzador, pero desagradable. Empezaba a oler a podrido debido a la cantidad de cuerpos muertos.

La cacica Okami ingresó al castillo y tan pronto puso un pie todo se iluminó. Su padrino le regresaba el favor de la luz.

El castillo empezó a reconstruirse solo. Las maderas partidas crujían mientras se movían reconstruyéndose y poniéndose en su lugar. Una especie de polvo se alzaba del suelo hasta arriba, formando las ramas de carrizo y brenzo que hacían el techo de la construcción. El color regresaba a las cortinas que aparecían sobre las ventanas. Los vidros se reparaban y las vigas se fortalecían. Podía sentir la paz en mi interior. El silencio se llenó de la risa de los cortesanos y los guerreros guahibos que celebraban.

Apenas amaneció el castillo recobró el color reluciente del sol.

La reina sentada en su trono multicolor me llamó a sus pies.

—Esta sombra, que te fue arrebatada y perdiste hace mucho tiempo, es tuya. Ahora, te la devuelvo.

Toda mi vista se nubló en colores radiantes y una sensación de calor invadió mi corazón. Mi cuerpo no me pertenecía, no existía en esta dimensión, y tan pronto como tuve consciencia de eso, regresé de un golpe.

Mi sombra se levantó del suelo resurgiendo de las tinieblas. Abrí mis ojos y allí la vi. Ella, con la silueta de bordes indefinidos de una mujer. Tan imponente como la reina, se exaltó de la

felicidad al verme. Me abrazó y por fin me sentí entero. Era yo otra vez. La dicha irradiaba de mi cuerpo. Mi sombra regresó a mi interior y me caí al suelo de la pesadez que se sentía estar completo.

Hice una venia frente a la reina en mis 5 sentidos y le agradecí. Jamás me habrían dado regalo con tal significado para mí.

De regreso a la falda de la montaña me encontré siendo perseguido por un ser muy discreto. Un hombre que vestía completamente de rojo. Sí, uno de los brujos rojos. No se acercaba demasiado a mí, pero cuidaba mis pasos con cautela.

Llegando a un camino se me ocurrió esconderme y hacerle una emboscada. No quería hacerle daño, solo tenía curiosidad por su insistente seguimiento. Podía sentir que no tenía mucha fuerza ni experiencia con la hechicería. Cuando estuve fuera de sus ojos lo esperé en la copa de un árbol y en su encuentro caí con fuerza y lo sometí en el suelo.

—¿Por qué me sigues realista?

Me escupió en el rostro y traté de no enfurecerme. Apreté su garganta.

—No lo voy a repetir.

—Eres... eres el zorro de la cola más larga, ¿no? —Habló apretando los músculos de su boca. Me asombré. ¿Por qué conocía mi condición animal?

—¿Quién eres y qué quieres conmigo?

—Te habéis negado a unirte ahora han puesto precio a vuestra cabeza. Vuestra liberación solo fue una formalidad.

Lo solté y me sentí horrorizado. Ahora ni en mi propia tierra me sentiría libre. Que gran decepción. Odié mi suerte y los odié a ellos.

En cuanto se sintió liberado de mi poder, trastabilló y en segundos salió corriendo. Sabía que aquel sujeto informaría de mi paradero y la próxima vez no vendría solo uno a por mí, serían cada vez más hasta que su poder equiparara el mío.

Me sentí desesperado y asqueado. “¿Quién pudo hacerme esto?... Letos.”

Estuve intentado rastrear su esencia en cada incursión al bosque, pero se me dificultaba enormemente encontrarla. En la mañana, la desesperación y la inquietud eran divertidas. En la tarde, mi frustración me llenaba de ansiedad, ya no me gustaba tanto ese sentimiento. En la noche, ya no me aguantaba más y sufría como un zorro desesperado. No podía dormir. La noche era lo más difícil. Y así se repetían todos los días, los mismos sentimientos que me estaban volviendo loco. Me había obsesionado con ella.

Afortunadamente, por esos días tuve un encargo importante de protección para el Kaure así que viajé a caballo desde mi hogar en la Provincia de Tunja hasta la Provincia de Santa Fé. Las manos me sudaban. Ya quería sentirla, ya quería verla.

La Provincia de Santa Fé era muy diferente de mis tierras. Mucho movimiento, mucha agitación. Los realistas estaban por todos lados y parecía que nadie tenía las ganas de quejarse. Era una convivencia tranquila disfrazada de fachada. En mi ignorancia, no sospeché que en unos años la Provincia de Tunja también se llenaría de realistas.

Fui reservado y realicé mi encargo de protección y me apresuré para dejar la concurrida ciudad y adentrarme en el campo en búsqueda de la frontera.

Caminé animadamente pasos rápidos que se convirtieron en correr. Sabía que Elizabeth estaría trabajando en sus pinturas en algún lugar del bosque. El clima era caliente pero el viento frío. Que fresco se sentía el bosque, frondoso y exuberante. Podía sentirla.

La tarde avanzaba y seguía buscando.

—¡Agh! —Estaba desesperado.

Me encontré con un Jmjmm, un duende del bosque con la figura de un pequeño anciano encorvado y barbudo, que iba dando saltitos. Le pregunté si había visto a la razón de mis desvelos y la criatura me aconsejó que le pusiera más atención a los susurros que danzaban sobre el viento que mecía de la vegetación.

Hice caso. Escuché una voz cantando a unos pasos de mí. Una melodía armoniosa que encantaba todas las criaturas vivientes. En mis labios se dibujó una sonrisa y la seguí. Tras un árbol me escondí cuando la encontré recostada en la falda de un tronco, concentrada en sus papeles. Si ella era feliz, todo era felicidad. Me acerqué por detrás lo más que pude, sin ser percibido.

—Apiádate de mi corazón que me matas con tal belleza descarada. —Le susurré.

Ella se giró hacia mí sorprendida y su rostro se iluminó.

—La fatalidad de mi semblante no es de mi competencia.

Que fiera ella.

—Señor Estremera. —Prosiguió y agachó su cabeza con una ligera reverencia de respeto. — Solo se me escapa del alma la poesía.

—¿Y qué hace tal belleza abandonada en este bosque?

—No estoy abandonada si me acompaña una vieja amiga. —Levantó ligeramente su falda y me

mostró un pequeño cuchillo que tenía sujeto a su pantorrilla.

Enarqué las cejas. Salvaje e indomable como una yegua bravía.

—¿Falta haría otra amiga para tu compañera? —Le insinué con la carta axu que ella ya conocía.

—Mejor un amigo para mí.

—¿Un amigo nada más?

Ella se sonrojó, pero no retiró su mirada de la mía. Me ubiqué frente a ella tan cerca para intimidarla que la hice levantarse. Apretó sus papeles contra su pecho. La sujeté por la cintura antes de que diera un paso atrás.

—¿Me permitiría ser más que un amigo?

—Yo no sé qué le permitiría si sigue acercándose de esa forma.

—Ah, ¿teme no controlar sus instintos?

—Los míos son los que menos me preocupan.

Ella me leía como un libro. Yo empezaba a cruzar el límite, pero no me era indiferente. Dio un paso al lado y se liberó suavemente de mis manos. Caminé alejándose de mí y me sentí perder. Vi su espalda y sentí como me enloquecía la delicada manera de su cabello cayendo sobre sus hombros. Cuando sintió que no estaba caminando detrás de ella se volteó.

—¿A tal nivel no puede controlar esos instintos que tiene que alejarse? —Se reía. Sabía cuánto me mataba con sus juegos.

—Mejor no ponerla en riesgo.

—¡Tonto! —Soltó una carcajada y se detuvo. Estiró su mano para que me acercara y me tomó del codo. Nos cogimos de gancho y caminamos por un delicado camino labrado en la tierra donde el pasto ya no crecía.

Por un momento recostó su cabeza en mi hombro y regresamos a nuestra complicidad.

—Veo que tu talento no descansa. —Le dije.

—Sí descansa, a ratos me abandona. La inspiración es una amiga esquiva, ingrata e impertinente. A veces tengo que obligarla a quedarse conmigo, como ahora, tengo un encargo muy importante. He estado trabajando en unas ilustraciones botánicas para un investigador alemán.

—¿Alemán?

—Sí. Su nombre es Alejandro von Humboldt.

—Nunca lo he escuchado. —No tenía ni idea de quien era.

—Es alguien importante. —Levantó su cabeza de mi hombro y me miró.

Hice una pequeña mueca y tomé de sus manos los papeles que tanto atesoraba. Sus ilustraciones eran fantásticas, nunca había visto dibujos tan fieles a nuestra visión. Me distraje entre sus trazos y un sentimiento penetrante me sorprendió cuando mis sentidos se agudizaron. Mis orejas se echaron para atrás y sentí una tensión que jaló la piel de mi cuello hacia mi espalda. Me detuve en seco y el ambiente bajó de temperatura.

Ella sintió que algo andaba mal conmigo y también se detuvo para observarme con expectación.

—¿Qué...?

—Sshh. —La interrumpí.

Escuchaba el galope errante de un animal. Pero no estaba solo... uno, dos, tres, eran demasiados. En todas las direcciones. Mi olfato me advertía de caninos. Condiciones humanas transformadas en lobos blancos de morro gris.

—¡Ah! —Se sorprendió Elizabeth arrojando sus dibujos a la tierra cuando encontró sus ojos

con los de aquellas criaturas.

Los lobos nos rodearon apareciendo poco a poco con sutileza, mostrando sus colmillos hambrientos de entre la vegetación. Parecían sisear mientras el vapor caliente salía de sus hocicos.

Ella intentó correr, pero la detuve con brusquedad. Correr solo los incitaría.

—Empuña esa amiga tuya. —Le dije en voz baja.

Ella con lentitud se agachó y sacó su brillante y femenino cuchillo debajo de su falda. Nos ubicamos espalda con espalda. Liberé la Siresjal y me puse en guardia.

Los lobos amenazaban a Elizabeth y su ansiedad me desconcentraba.

—No te asustes.

Uno de ellos se lanzó contra ella y solo pudo gritar y tratar de escapar. El jaloneo nos separó y quedamos a unos metros con los lobos entre nosotros. Mi sangre hervía. Nunca había sentido tanto afán de proteger a alguien. El solo pensar que podría perderla despertó toda clase de sentimientos en mí.

Elizabeth intentó correr sin hacerme caso y los lobos emprendieron su cacería, pero la derribaron.

—¡Elizabeth! —Grité y uno de los lobos tomó mi brazo. Lo empujé con fuerza y se golpeó la cabeza contra la tierra. Apunté con la Siresjal su cuello.

—¡No le hagas daño, me lo prometiste!

Gruñí de la rabia. “Pero, ¿por qué? ¡Ah! Esta humanidad que ella me ha regresado nos va a matar.” No sé qué pretendía, ¿cómo nos íbamos a librar de esta? Solo sabía que no podía incumplir mi promesa. Era la inopia de mi amor.

No podía hacerlo solo, entonces llamé a mi sombra. Traerla a este plano me costaba gran cantidad de energía, pero una vez aquí, era ella quien me recargaba. De la oscuridad del suelo se unieron los átomos que forjaron su cuerpo en un torbellino de elementos espectacular. Arrastró consigo todo mi poder dejándome sin aliento. Caí de rodillas. Mi sombra surgió ansiosa frente a mí y sin perder un segundo, en guardia, liberó su poder al juntar sus manos para intimidar a los lobos. Era tan fuerte que no necesitaba el contacto físico para mandarlos a volar por los aires. El movimiento de sus brazos en una danza ancestral, elevaba la tierra que respondía sorprendida a las ráfagas de viento que la obedecían.

Elizabeth jamás había visto una sombra. Observó con la boca abierta y el ceño fruncido su actuación, tratando de entender de lo que se trataba.

—¿Quién es esa... chica translúcida? —Dudó.

—Es mi sombra. —Le expliqué. —Tan parte de mi alma como mi propio cuerpo.

Un lobo de hocico con babas chorreantes se fue contra mi sombra con tal violencia que la atravesó y chocó contra una gran piedra haciendo crujir sus huesos al partirse.

Yo estaba ocupado ahuyentando algunos lobos que me mordían y se incitaban con mayor deseo al saborear mi sangre. Al sufrir mi aguerrido instinto de batalla, desafortunadamente, se volvían contra Elizabeth.

—¡Ayúdame!... ¡Ayúdame sombra! —Ella respondía a Elizabeth como si se tratara de mi propio mando y, al escuchar su voz, saltó habilidosamente sobre las cabezas de los lobos que la estaban amenazando para interponerse entre ellos.

Sus ojos eran mis ojos y sus manos eran mis manos. Mi sombra y yo éramos uno, pero ella gozaba de cierta autonomía que le otorgaba mi energía. Sus actos respondían a mis más ocultos deseos e instintos. Estábamos conectados.

Mi sombra y yo invocamos un poder protector clamando el favor de los fantasmas del bosque, seres pertenecientes a la corriente vital pero atrapados en la jungla. Sus espectros sin contorno se asomaron de entre los troncos desnudos de los árboles llamando la atención de los lobos, los cuales, uno a uno, retorcían sus cabezas al caer en una nueva tentación y al no poder contenerse más, salieron en su cacería.

Aquellos lobos por fin habían abandonado su insistente deseo de atacarnos. Elizabeth suspiró y se desvaneció sobre las inmensas raíces de un árbol para recuperar su aliento. Estaba pálida y tenía dificultades para respirar.

Mi sombra regresó a mi interior y yo también me desvanecí del agotamiento.

No podía evitar pensar en la razón de ese ataque.

Me acerqué a Elizabeth arrastrando mi cuerpo por el suelo y con toda indiscreción puse mi mano sobre su pecho caliente y lleno de sudor. Su corazón latía tan rápido que parecía se frenaría en seco en cualquier momento. Solo me quería asegurar que su bochorno era una reacción normal a la batalla y que estaría bien, pero ella creyó que yo tenía otras intenciones. Sí, me percaté de mi atrevimiento, pero no quité mi mano y ella tampoco lo hizo. Ella lo quería tanto como yo.

Nos miramos a los ojos en otro segundo eterno y tomó mi mejilla con fuerza para acercar mis labios a los suyos. En ese momento de deseo ya no fue importante nada. Ni que acabábamos de enfrentar a un grupo mortal de brujos rojos. Ni que casi estuvimos a punto de morir. Ni que ahora nos perseguirían por siempre. Nada era tan importante como dejarnos llevar por el placer de nuestros cuerpos calientes y deseosos de tanto amor.

Recuperar mi sombra me llenó de seguridad. Como un adolescente, sentía que podía hacer lo que quisiera, lo que se me ocurriera.

Con Elizabeth en mi mente y el corazón lleno de esperanza, se me había instalado la loca idea en la cabeza de que solo se trataba de una desaparición. ¿Acaso Oroke no me había insinuado eso? ¿No? Era un intento desesperado por no sentir su pérdida. ¡Era absurdo! Lo sabía, pero ¿por qué no seguir esta loca idea de mi corazón? El amor es una locura de todas formas.

Caminé sin detenerme y sin sufrir ningún cansancio en dirección a la casa del lago, pero con la intención primero de cruzarme por el centro de la Provincia de Casanare.

Ir a la casa del lago significaba el consuelo de mi angustiado corazón. Finalmente, estaría cerca de las respuestas que tanto anhelaba y, pasar por el centro, me llevaría a Letos para preguntarle sobre el paradero del cuerpo de Elizabeth. Si él estaba o no traicionando nuestra causa, ya me enteraría. Por nuestra amistad, traté de ocultar en lo más profundo de mis recuerdos el hecho de que él había delatado mi paradero y habían puesto precio a mi cabeza.

Soñaba con el momento perturbante en que me encontraría el lugar donde Elizabeth pasó sus últimos días. Con el regreso de mi descarada confianza vinieron las pesadillas exponiendo mi miedo de que, si me acompañaba la mala suerte, tendría noticias del paradero de su cuerpo inerte.

Regresar a ver a mi amigo con otros ojos. Escuchar sus palabras como mentiras. Decepcionarme de su traición. Como me veía, ocultando sus intenciones. ¡¿Con qué cara?! ¡Descarado!

Ya cerca del centro de la Provincia de Casanare, entre la selva, me fui por un camino de tierra carente de pasto. Un caminito demarcado por los animales y los jinetes por los cuales seguramente se habría derramado mucha sangre ya.

Bajando una pequeña colina y tirada sobre el camino, me encontré con una yegua lastimada, obstaculizando el paso. Justo en frente, una chica de gran belleza recostada bajo un árbol fumando yerbas de una pipa. Vestía un pantalón café, botas embarradas y una blusa que exhibía la desnudez de sus hombros. La vi a lo lejos y no se sorprendió por mi presencia. Al acercarme con mis lentos pasos, alzó la cabeza y se levantó tranquilamente. Sus cejas una extraña mezcla entre rudeza y picardía, sus pómulos sobresalientes y sus labios rojos y gruesos.

Me detuve saludando con mi mano en el aire, y a mi movimiento, la yegua espabiló.

—Forastero. —Respondió ella mi saludo, apagando las cenizas y guardando su pipa en el bolsillo. Con ningún afán se acercó a mí.

—¿Todo bien jovencita?

—Estoy... —Volteó a ver a su yegua y luego regresó sus ojos a mí. —Detenida.

—¿Puedo ayudarla?

—Se ha torcido el tobillo y no tengo menjurjes aquí para curarla. ¿Cómo abandonar a un pobre desgraciado animal así? Me estaba tomando mi tiempo analizando qué hacer.

Nos acercamos al animal.

—Eso noté. Pues que suerte que yo pasara por aquí.

—Sí. Valla suerte. —Respondió con una sonrisa y enarcando las cejas.

Su sarcasmo me producía un frío en el estómago. Me recordaba a ella. La joven tenía cierta magia muy especial, pero por alguna razón se sentía oculta. Quizá algún hechizo de protección que no me dejaba leerla.

—Ayúdala. —Puso su mano sobre mi hombro.

La yegua se incomodó y relinchó exponiendo su dolor. Tenía el tobillo de la pata delantera izquierda lleno de sangre.

Saqué de mi bolsillo una crema que había preparado para emergencias, que me favorecía la canalización de las energías sanadoras. Apliqué la crema sobre el animal sin importar sus movimientos de incomodidad. Sujeté su extremidad con fuerza y me dispuse a sanar su dolor.

Recité mi hechizo y poco a poco el dolor abandonaba al animal. Su hueso traqueó y volvió a su posición normal. El animal se alebrestó.

La chica resbaló su mano de mi hombro hasta mi brazo y lo apretó sobresaltada por el movimiento de la yegua. El animal estaba bien. Yo estaba satisfecho, pero ella no me soltaba. Nos miramos fijamente. Bajó sus ojos a mi brazo y rozó con cierta sensualidad sus dedos sobre mi bíceps retraído. Se percató de su insolencia y me soltó rápidamente con nerviosismo. Sus cachetes se inundaban en colores cálidos.

—Perdone, yo...

—No se preocupe. —Insistí con afán. Me agradó sentir su corriente mágica como calor a través de su piel.

—¿Cómo podría agradecerle?

—No hace falta...

—¿Puedo invitarle a almorzar? —Me interrumpió. —Tengo alguna carne para acecinar y me gustaría asar alguna para usted.

No sentía hambre en absoluto, pero me apenaba rechazar su proposición. Se veía conmovida por salvar a su yegua.

—Después de todo, prácticamente le has salvado la vida. —Dijo ella, señalando su animal con un pequeño gesto de su boca.

Caminamos juntos con el animal siguiendo nuestros pasos, hasta su casa, muy cerca del centro de la provincia. Hablamos un buen rato y congeniamos al instante. Su hogar era pequeño y estaba lleno de plantas colgadas del techo.

—Te debe parecer un poco raro. —Se rio de manera coqueta. —Me encanta la herbolaria. Ahora estoy en la búsqueda de una semilla muy peculiar...

Hablaba con tanto entusiasmo sobre lo que le gustaba que era contagioso. Señalaba y seguía hablando mostrándome cada rincón lleno de plantas mágicas y ordinarias.

Su comida era exquisita.

—¡Delicioso!

—Sabía que le gustaría. Podría cocinar para usted cuantas veces quisiera.

Mi rostro se puso rojo. —Eehh. —Dudé.

—Solo cuando esté cerca, no dude en pasar por aquí. —Me miró, sonrió y recogió los platos frente a mí.

“¿En realidad lo estoy considerando? No, mejor ni lo pienso. No es adecuado... ¿Por qué lo estoy dudando? Hace tiempo no me sentía así.”

—Creo que... —Me levanté. —Debo irme.

“De nuevo salgo huyendo.”

—Espere. —Me dijo con afán. —Su energía está desgastada, ¿puedo hacerle un obsequio?

—Ya ha hecho demasiado por mí. —Le respondí negando con la cabeza. Aun así no di un paso hacia la puerta, en verdad quería recibir ese obsequio. Había algo en ella que simplemente se sentía bien y familiar.

—Puedo limpiar su aura y reponer la vitalidad de su energía. Se me da muy bien la terapia con cristales. Prometo que no lo voy a demorar.

Sonreímos y ella se entusiasmó. Su sonrisa era realmente hermosa. Me fijé en sus dientes y cuando me percaté su rostro estaba colorado. Puso su mano en su boca y la apretó, luego se alejó apresurada para buscar sus materiales.

La limpieza del aura permitía liberar bloqueos en el flujo de energía mágica. La chica extendió una manta entre el suelo abarrotado de su sala y me ordenó que me acostara boca arriba con los ojos cerrados. Su textura era suave como el pelaje de un conejo. Se respiraba paz en aquella manta.

En los cuatro puntos cardinales a mi alrededor ubicó varios cristales de cuarzo, calcita y ámbar. Encendió unos triángulos de sahumero y se concentró en resonar una pequeña campana de metal mientras recitaba un conjuro limpiador. Entré en un estado de meditación que era guiado por su energía sanadora.

Su poder era asombroso. Me sentí liberado de toda tensión. Las campanadas se detuvieron y pude sentir por mis piernas como deslizaba un cristal frío desde mis tobillos hasta mis caderas. Lo podía sentir por encima de la tela de mi ropa. Luego por mis brazos desde mis muñecas hasta mis hombros, y finalmente por mi cuello y mi frente.

Dejó el cristal y regresó a la campana que sonaba con mucha delicadeza cerca de mis oídos.

En un momento se detuvo y solo quedó silencio. Tuve la tentación de abrir los ojos, pero tan pronto como fui consciente de que lo iba a hacer pude sentir sus labios rozando los míos. No la detuve. Su olor era exquisito y sus labios suaves.

“¿Qué estoy haciendo?!” Abrí mis ojos y la detuve tocando suavemente su hombro para alejar sus labios de los míos.

Antes de que ella pronunciara una palabra, un hombre de capa roja irrumpió por la puerta de su casa con violencia.

—¡Correspondencia!

Me quedé frío. Sí, una capa roja. Me levanté con rapidez y me senté en el comedor disimulando la extraña situación que acababa de pasar.

Ella corrió hacia el hombre, recibió su carta y este se marchó de mala gana. Abrió la carta con mucha emoción, la leyó y luego la guardó de nuevo en su sobre. Se sentó a mi lado y puso el papel justo en mi campo de visión sobre la mesa.

‘Para: Isidora Letos’

“No puede ser.” Pensé.

—¿Isidora Letos? —Le pregunté con tranquilidad para que no sospechara de mí.

—Sí. —Ella asintió. —Soy la hermana del famoso hechicero. Aquí entre nos, el mejor de toda la guardia realista. —Su orgullo podía notarse en tan alto que alzaba la barbilla para hablar.

“Letos no tenía ninguna hermana Isidora. ¿Qué significa esto?”

Me apresuré a la puerta.

—Espere. Ya que se dirige al centro, ¿puedo caminar con usted? —Me preguntó afanada.

“Ugh. Que incomodidad.” —Seguro.

En nuestra caminata no dejaba de pensar en qué clase de parentesco tenía ella con Letos. Casi no podía mirarla a los ojos. También me preocupaba estar metiéndome en la boca del lobo al caminar lado a lado con una de mis enemigas. “Algo es seguro. Ella no sabe quién soy yo.”

Llegamos a nuestro destino y tan pronto como entramos en la plaza del centro nos encontramos con Letos. Isidora saltó a sus brazos sin darle tiempo de verme. Cuando se separaron, él se quedó con la boca abierta.

—Ustedes dos... ¿qué pasa aquí?

—¿Lo conoces, mi adorado hermano? —Preguntó ella aún con felicidad en su voz.

Mi rostro se endureció y Letos supo que algo andaba rondando mi cabeza.

—¿Hermano? —Le pregunté a Letos frunciendo el ceño.

—Es hija de mi padre, pero no de mi madre. Apenas hace unos años coincidimos en conocernos.

Isidora retrocedió casi presintiendo mi identidad. —¿Por qué le das explicaciones? ¿Lo conoces o no?

—Por supuesto. Él es Estremera. —Estaba serio.

—¿El zorro? —Dijo ella y abrió sus ojos asombrada. Su lenguaje corporal cambió.

No necesitábamos dar explicaciones después de semejante revelación.

—Debiste decirme quien eras en cuanto supiste mi nombre. ¡Esto es inconcebible! —Me gritó Isidora.

—¿Me hubieses decapitado en cuanto lo supieras? —Le pregunté con franqueza porque sabía que diría que no.

—Desgraciada enamorándome de mi enemigo. —Dijo al oído de su hermano, recostando su cabeza en su hombro y apartando su mirada de la mía dándome la espalda.

—¿Te va bien con los rojos? —Se lo solté a Letos sin ninguna preparación. Solo necesitaba que entendiera que ya conocía sus intenciones.

Se podía sentir la tensión en el ambiente.

—¿Desde hace cuánto lo sabes? —Me preguntó él.

—Hay algo más importante de lo que necesito hablarte.

—¿Más importante que escuchar que se viene una batalla? —Resopló con incomodidad porque ya sabía de lo que se trataba. —Siempre has tenido las prioridades por el suelo.

Su vituperio no me alteró.

—¿Qué más decepcionado de ti podría estar, querido amigo mío? —Lo espeté.

Letos tragó y apretó los labios entre rabia y vergüenza entendiendo el sarcasmo de mis palabras finales.

—El cuerpo de Elizabeth. ¿Dónde está? —Ya no quería perder más tiempo.

—Nunca lo encontraron. Solo sé lo que el Kaure me ha dicho. —Respondió sin verme a los ojos y tratando de evitar la conversación.

Suspiré y negué con la cabeza.

Aurora venía corriendo. Me saludó y se colgó del brazo de Letos. Mi corazón saltó al darme cuenta que su nueva amante era la inocente Aurora. Claramente Aurora no tenía idea de la senda roja que se apoderaba de los actos de Letos y su hermana. Ella aún creía que apoyaban la causa.

Lo miré con transparencia y a través del cristal de mis ojos podía encontrar el fuego de mi ira.

—¿Celos?

Su mirada ya se había encontrado con las llamas ardientes en mi interior y seguía desafiándome.

—Si le haces daño, será mi poder al que te enfrentarás.

Sin esperar una respuesta me marché como si el diablo me estuviera persiguiendo.

Aurora corría tras de mí, pero yo no quería escucharla. Pronto se cansó de perseguirme y volvió cabizbaja.

—Hermano. Prométeme que no le harás daño. —Dijo Isidora a Letos con sus ojos aguados. —
¡Prométemelo!

Que inquieto me sentía. Inquieto y desesperado. ¡Furioso! La noche me acompañaba mientras buscaba consuelo entre todas las tonalidades de azul del firmamento.

Esa noche me soñé con Elizabeth. Tenía las mejores visiones de su cuerpo en vida. Recuerdos que mi cabeza se negaba a olvidar. Recuerdos que volvía a vivir, pero parecían alterarse con mis nuevas decisiones. ¿Eran recuerdos en verdad? Elizabeth me susurraba al oído y me expresaba cuan sola se sentía. Quería acompañarla. ¡Deseaba encontrarla!

Muchas veces viajé hasta la frontera entre las Provincias de Tunja y Santa Fé para encontrarla. No me importaba cuanto tuviera que recorrer, yo hacía todo por verla. Por sentirla cerca de mí. Por tener su cuerpo entre mis brazos. No perdía ninguna ocasión. Yo estaba loco por ella.

Pocas veces, Elizabeth se abría a mí y me contaba sobre su familia y sus sentimientos más personales, pero cuando lo hacía, atesoraba ese momento como ninguno.

—Cuéntame sobre ella. —Le dije un día. Cuidando su semblante mientras la observaba pintar a la orilla de un arroyo con toda la tranquilidad de nuestro lado.

—Mi mamá siempre fue muy estricta. Tenía un genio que llevaba el diablo y era supremamente sobreprotectora. Ella tenía esa alma de guerrera cuidadora. De matriarca. De animal salvaje indomable que protegía a sus crías a toda costa. Nuestra vida era una mudanza constante en España ya que no pertenecíamos a la plebe, pero tampoco a la pequeña nobleza. De pueblo en pueblo, viajaba mi madre con sus críos, trabajando sin descanso luego de que enviudó su primer matrimonio. Éramos pobres y, de chicos, no teníamos educación. Tuve mucha suerte al ser bendecida con mi talento que me trajo a estas tierras.

—Era salvaje, así como vuestra merced. —Le dije.

—¡La herencia no se puede negar!

Escucharla era mi pasatiempo favorito y así conocí el momento que más había conmovido su pasado.

—Luego de enviudar, mamá juró que jamás se volvería a enamorar, pero el total de 7 hijos fueron prueba de los riesgos de las esperanzas fugaces por un nuevo amor.

Los menores éramos Daniel y yo, por solo 1 año de diferencia. Yo amaba a mi hermano y, cuando él se fue de la casa a los 14 años, me rompió el corazón.

Esa personalidad controladora de mi madre nos lo arrebató por 5 años. Él no entendía cómo nosotras, las 3 hijas mujeres, nos aguantábamos eso, pero ¡es que no conocíamos otra cosa! No teníamos un anhelo desesperado de libertad o una llama interna alimentada por lo prohibido, como él.

Desde niño siempre fue muy simpático. Era delgado, alto, rostro angelical y cabello rizado oscuro. Le encantaba coquetear, llevar la contraria y no temía el meterse en problemas.

Cuando nos mandaban por la leña en la mañana, para el fogón y poder cocinar, él y yo nos íbamos a un río cerca de nuestro poblado, recogíamos algunos palos y luego nos metíamos al agua toda la mañana. Jugábamos con nuestros amigos a tirar una piedra blanca al agua, hasta lo más profundo y lanzarse a recogerla. Quien la trajera de regreso primero ganaba. Así pasábamos todos los días. Jugando en el río en las mañanas y tratando de salvarnos del rejo en las tardes.

Éramos mejores amigos, inclusive le ayudaba con una coartada para deshacerse de mi madre cuando quería ir a visitar a las prostitutas que se bañaban en el nacimiento que alimentaba el río. Las prostitutas eran su perdición.

Cuando mi hermano decidió irse de la casa para entrar a prestar el servicio militar en el

ejército de Carlos IV lejos de nuestro hogar, mi familia y yo vivíamos con la mujer de mi hermano mayor. Ella fue la que le prestó las 3 monedas de plata que necesitaba para irse y lo embarcó en el escuadrón de caballería. Ninguno de nosotros tenía el dinero para prestárselo, o quizá lo negamos para evitar que se fuera. En aquella época cualquier jovencito mayor de 13 años podía enlistarse.

Mi madre era una luchadora asertiva y convincente. Tan pronto como mi hermano terminó su servicio, ella se fue a su encuentro y, para su sorpresa, ya no estaba solo. Con mujer y crío a bordo lo encontró.

Él, entre su deseo recientemente cohibido de libertad, le dijo a mi madre que regresaran juntos al pueblo. Le aseguró que más adelante, él enviaría dinero para que su mujer y su hijo nonato vivieran con nosotros en nuestro hogar. La astucia innegable de mi madre, el conocimiento perfecto del fruto de su propio ser, le intuyó que él quería librarse de aquella responsabilidad y quizá jamás mandaría por ellos, así que, con dos integrantes nuevos a bordo, con todo el esfuerzo económico que eso representaba para mi pobre madre, llegaron los 4 de regreso al pueblo.

Éramos muchos viviendo en casa, pero nada más satisfactorio para mamá que todos permaneciéramos juntos. El tiempo pasó y su mujer intentaba acoplarse a nosotros, pero generaba muchas disputas entre todos. Peleaba aquí y allá y siempre estaba inconforme quejándose de que nunca debió dejarse embarazar por mi hermano. Que desgraciada y como lo celaba. Cada día la detestaba más.

Daniel tenía el vicio de beber y juntarse con algunos amigos luego de su trabajo en los campos, cosa que le daba mucha rabia a su mujer. Pernoctar era su debilidad y la causa de tantas disputas.

La primera vez que mi mamá se separó de mis hermanos fue cuando me uní a estudiar las artes de la pintura y la ilustración en la gran ciudad. Por fin podríamos mejorar nuestra condición económica gracias a las encomiendas que me hacían miembros de la nobleza, por esta razón mamá me acompañó. Ella me cuidaba y velaba por la reputación de nuestra familia. Mis hermanos quedaron viviendo en la casa de mi madre. Separarme de mis hermanos no fue doloroso, solo dejar a Daniel me dejaba un sentimiento agrí dulce en el corazón. No durábamos mucho alejados pues cada domingo nos encontrábamos para comer, la actividad favorita de mi madre.

Una noche, como era costumbre, mi hermano se había puesto beodo con sus colegas. Llegó de regreso a casa, golpeó en la puerta sin recibir respuesta y finalmente se colgó de ésta soportando su brazo en el marco esperando que su mujer le abriera. Daba traspiés balanceándose de un lado a otro, pero firme en su objetivo de entrar. Estoy segura que ella lo escuchó, pero no quiso abrirle la puerta de la ira que sentía. Fue el orgullo que tanto nos ha herido, un orgullo estúpido y sin sentido de niña caprichosa. Quería enseñarle una lección y fue ella quien la aprendió. Mi hermano regresó decepcionado al bar donde estaban sus colegas que ya habían armado algarabía por no querer marcharse del lugar, para ellos la fiesta no terminaba.

Uno de ellos se quejó con el dueño de la taberna a quien se le colmó la paciencia y le partió una botella de vino agrio en la cabeza. El dueño se quejaba que ellos no pagaban, pero no dejaban de beber. Allí comenzó toda la trifulca. Fue un ajuste de cuentas. Todos corrieron con suerte fatal, incluso mi hermano que terminó con 5 cuchilladas en el cuerpo dejado a desangrarse en el portal del bar.

El día más gris. El día más doloroso para mi corta vida fue cuando llegó una carta que nos informaba de la muerte prematura de mi hermano. Fue devastador para las dos. Su funeral fue tan doloroso que mi cabeza omitió las peores partes, enterrándolas en lo más profundo de mis recuerdos. Solo recuerdo a la mujer de mi hermano desplomada en el suelo, junto a su tumba,

llorando arrepentida.

¡Oh mi pobre hermano! Cuanto lloramos junto a mi madre el no haber estado ahí para él. Ese dolor siempre quedara como una daga atravesada permanentemente en mi corazón.

—Mi amada Elizabeth. Sé que decir lo siento no es suficiente pues entiendo el terrible dolor que guarda tu corazón. —La abracé por la espalda para no abochornarla por las delicadas lágrimas que con sutileza recorrían sus mejillas.

A medida que pasaba el tiempo, mi confianza con Elizabeth se afianzaba más y más. Compartíamos tanto tiempo juntos como me era posible, incluso conocí su morada. Su espacio más personal. El lugar que más guardaba toda su esencia extracorporal sobre la faz de la Tierra.

Las horas juntos se volvieron noches y ya prácticamente compartía mi vida entre dos provincias. ¿Que una chica soltera pasara las noches con un joven sin estar casados era tan desquiciado? Por supuesto. Mal visto. ¡Una atrocidad! Una violación a las leyes de la sociedad. Y a nosotros nos encantaba llevar la contraria a lo que se suponía. Ese era su espíritu. Lo que menos le importaba era ser la comidilla de las viejas amargadas que se reunían en las esquinas a hablar de las mujeres que disfrutaban de su libertad. Yo no tenía ningún problema, la amaba así. Rebelde. Éramos unos nefelibatos ignorando la cruel realidad a nuestro alrededor y entregándonos al amor y a la pasión en cada oportunidad.

Poco conocía de la casona que compartía con su tutor pintor, dos de sus familiares españoles y los recién llegados, ayudantes del científico Humboldt. Solo algunos de los presentes eran reales, la mayoría científicos y artistas imparciales. Jóvenes escapando de su propia guerra en su país natal y buscando el olvido de crueles recuerdos en tierras nuevas e indomables.

Al principio, cuando la visitaba, me ocultaba lo mejor que podía. Con el tiempo solo me hice un descarado. En cualquier caso, no permitía que ella tuviera problemas por mi culpa. El cuarto de ducha quedaba fuera de su habitación y era una pesadez salir todas las mañanas corriendo, con una tela envolviendo mis piernas, para evitar ser visto por los ojos curiosos de quienes espiaban su misteriosa vida personal. En especial, Patricio, uno de los ayudantes y científico que la perseguía con intensidad.

Una mañana me encontré precisamente con él, con la oreja pegada a la puerta de su habitación. Sus ojos se quedaron siguiéndome con ferocidad mientras yo salía de mi baño mañanero aún con el cabello mojado y goteando sobre mi rostro. Yo le devolví la mirada y no corrí como de costumbre. Por el contrario, caminé lentamente, con el pecho amplio y la barbilla en alto como un pavo real embravecido. No era más alto que yo.

Al acercarme a la puerta, él no se movió. ¿Acaso estaba espiándonos? Lo saludé subiendo la cabeza en un movimiento rápido y ligero.

—¿Algo se le ha perdido? —Le pregunté.

Negó con la cabeza y tomó aire para hacer lucir su cuerpo más hinchado que de costumbre. Se dio la vuelta y cuando se marchó alcance a escucharle entre dientes. —Y si se me perdiera no le diría a un hechicero de pacotilla.

—¿Que has dicho?! —Me fui de tras de él olvidando todos mis modales justo cuando Elizabeth abría la puerta y asomaba la cabeza.

—¿Pero por qué tardas tanto? ¡Hey!

Elizabeth alcanzó a ver mis intenciones de pelea y me detuvo de un llamado de atención. Yo resoplé y me volví hacia ella.

—¿Qué ha sido eso? —Me preguntó en voz baja.

La abracé y ella se me colgó de mi cuello.

—Nada, nada.

E ingresamos a su habitación cerrando la puerta detrás de nosotros.

Una vez, acompañé a Elizabeth y al equipo de observación de Humboldt hasta el sur de la Provincia de Santa Fé, a un campamento de investigación. Ella no quería que la dejara sola ya que entrarían en una zona de gran presencia guerrillera, como nos decían por aquella época, y yo sería su intermediario. Ella misma me presentó con formalidad ante su grupo. Su finalidad era puramente científica así que nuestra presencia en aquella zona no representaría un problema, no eran nuestros enemigos. O por lo menos eso pensábamos.

Qué casualidad, mi compañero de caminata era Patricio. No nos soportábamos. Echamos chispas en cada conversación indirecta y en incontables ocasiones me provocó hasta casi llegar a los puños. Solo resoplaba tratando de disimular para no crear conflicto entre Elizabeth y su equipo.

—¿Qué, cansado? —Me preguntó jadeando mientras subíamos empinadas colinas. Debido a la geografía del lugar, los animales eran inservibles.

—El que parece a punto de desmayarse es otro.

—¡Ja, tío! Si yo nací caminando.

—Seguro. —Traté de terminar la conversación luciendo sin interés, pero parecía muy preocupado por hablar.

—¿Una carrera?

—¿Cuánto tiene, 10 años?

—Gallina.

Lo miré con decepción. ¿Era eso lo peor que me podía decir?

—¿Acaso esos trucos de mago barato no le sirven?

—Calla. —Le advertí.

—Solo le sirven para meterse en la cama de...

Me colmó la paciencia y le di un puño en toda la boca callándolo de un solo golpe. Se tumbó al suelo y exageró como si le hubiera apaleado todo el cuerpo.

—¡Serás idiota!

Cuando me di cuenta, Elizabeth venía corriendo a socorrerlo.

—Pero, ¿qué te pasa? —Me reprochó. —¿Por qué lo has golpeado? Te vi. No te estaba haciendo nada.

Claro. Por eso me provocó. Cobarde.

—Tú no eres alguien violento. —Dijo Elizabeth mientras introspectivamente se preguntaba si era cierta tal afirmación. Después de todo, no conocía mi pasado ni de lo que había sido capaz de hacer.

—Lo sé. El amor cambia mi naturaleza. —Respondí complaciendo tal mentira.

Elizabeth lo ayudó a levantarse y pasaron por mi lado como si yo no existiera. Casi podía sentir como Patricio se reía de mí.

Simplemente no le di explicaciones. No tenía que sustentar mi orgullo.

Llegando al lugar elegido para el campamento un grupo pequeño de idealistas de la independencia nos atacó por sorpresa. El grupo nos sorprendió al cruzar las ruinas de una población abatida por las guerras pasadas. Una población de construcciones destruidas y caminos de polvo. Yo me apresuré a ir a la cabeza del grupo de Elizabeth para detener a los independentistas, pero, en cuanto me vieron, no retrocedieron. Estaba tan confundido como sorprendido. Esos eran tiempos de anarquía y fuertes guerras internas en lo que se consideraba un

país. Grupos independentistas confundidos tirando para todos lados tratando de crear una patria libre, la cual no podían controlar por su falta de organización.

—¡Terna de aparecidos! —Gritaban algunos.

Todo fue una confusión y los dos grupos resultaron enfrentados ignorando mi presencia. El grupo más pequeño estaba en obvia desventaja por lo cual en cuestión de minutos se vieron sometidos y, para no perder la vida, emprendieron la huida.

—¡Zorro traidor!

Alcancé a escuchar sin tiempo de dar ninguna explicación. “Carajo.”

Todos los días en el campamento los pasé con gran preocupación. ¿Sería posible que mi propio pueblo escuchara que los había traicionado? Me sentía atrapado. Estaba en un punto en que no pensaba con cabeza fría y mi único consuelo era el alcohol barato que producía el grupo de la expedición. Elizabeth me reprochaba y su actitud no me ayudaba en nada, pero habíamos aprendido a convivir.

Patricio seguía de pejiquera fastidiando mi existencia y se me acababa la paciencia.

—Hable Estremera. Entreténganos con los cuentos de su pueblo. —Me retó Patricio mientras estábamos ya entre los sacos de dormir al interior de las carpas de tela fresca.

—Mi pueblo no está para entretener a nadie. —Le respondí.

—Buuuu. —El grupo se desilusionó.

—¡Yo sé una historia! —Gritó un joven en un enterizo color crema que hacía de pijama. Saltó de su carpa en medio de la oscuridad y encendió un pequeño fuego entre ramas cecatas de la tierra.

Elizabeth se revolcó entre su frazada y me abrazó. —Hacen mucho ruido. —Susurró.

—Hubo una vez un pequeño duende de una sola pata llamado el Kaesito.

—Aahhh. ¡Esa ya la sabemos de memoria! —Lo interrumpió una voz anónima proveniente de alguna de las carpas.

—O aquella historia de terror de una mujer llorona que seguía los vagidos de los niños. —Dijo Patricio en voz alta, quizá hablándome a mí.

La historia no me era familiar.

—¡Ya, inventa algo, hombre! —Insistió.

Así pasamos algunas noches entre bromas y odios.

La noche que se terminaba la expedición y emprendíamos camino de vuelta hacia la casa, nos embriagamos y resulté apostando en un estúpido juego de cartas no mágicas. Mi falta de experiencia me las cobró y con la risa de todos tuve que dejar mi ropa en manos de Patricio. No estaba preocupado. Yo le di la satisfacción solo por evitar conflictos con Elizabeth que se empeñaba en que perteneciera al grupo y prometiendo, en mi mente, que Patricio me las pagaría. Sellé mis bolsillos con un hechizo de no penetración y él se puso mis pertenencias sobre su frágil ropaje europeo. Ya le robaría mi ropa cuando llegáramos a la morada de Elizabeth. Me regodeé mostrando mi cuerpo desnudo y atlético, como entrenado por leones, en la caminata nocturna no sin antes beber una pócima Tajunu, un brebaje que permite tener el cuerpo caliente aún en la noche más fría.

—¿Qué pasa mago, no sobrevivirías al invierno? —Patricio se regodeaba de haber ganado en las cartas.

—Ya, no lo provoques. —Elizabeth trataba de cubrir mi indecencia caminando a mi lado.

Íbamos a mitad de camino cuando la noche nos cubrió de neblina y no fue agradecida con nosotros al traer de vuelta el grupo de idealistas de la independencia para atacarnos. Esta vez eran demasiados. La oscuridad se cargó con los sonidos de los gritos, las espadas y el trote humano

sobre la tierra. De nuevo yo no fui de ninguna ayuda pues este grupo no necesitaba un intermediario.

Me llevé a Elizabeth a un matorral y allí nos escondimos.

Traté de pensar rápidamente pero no tenía con que luchar, mi Siresjal y otros “trucos”, como los llamaba el bastardo, estaban en mi abrigo. Pensé en liberar mi sombra, pero en un segundo mis sentidos se agudizaron y me detuvieron.

No tuve tiempo de hacer nada cuando me encontré con un viejo hechicero cargando una espada brillante, muy poderosa, que atravesó mi abrigo sobre el cuerpo de Patricio. No era un hechicero que yo conocía, pero llevaba la ropa de un pueblo indígena de la Provincia de Popayán.

El cuerpo de Patricio cayó al suelo como un costal, boca abajo.

—¡Estremera ha muerto!

Poco les duró la dicha a los que me creían muerto.

Aquel hechicero nos había confundido. No lo entendía. “¿Cómo no sintió que no se trataba de un ser mágico? ¿Cómo no vio su esencia en el plano astral?” Había sido la oscuridad la que me había protegido esa noche. A su grito los idealistas que aún estaban con vida escaparon de la masacre dejando algunos españoles heridos en la polvorienta tierra. Elizabeth estaba llorando apegada a mi cuerpo desnudo.

—¿Fuiste tú? —Me pregunto con profundo dolor. —¿Mataste a Patricio?

—Tú lo has visto. Yo no tuve nada que ver. Nos confundieron.

“Yo no lo maté, ¿verdad?” Ahora no sabía de qué era capaz.

Cuando fue seguro salimos del matorral y yo me acerqué al cuerpo de Patricio. Le di la vuelta y me dispuse a quitarle mi ropa. Su sangre yacía por todo el suelo humedeciendo la tierra creando algunos grumos de color vino tinto, pero no había penetrado la tela de mi abrigo. “Qué raro.” Aún en mi vida, había cosas que no había visto. Mi ropa se había negado a pertenecerle.

Vestido y listo para cualquier emboscada, me llevé a Elizabeth lo más rápido posible de aquel panorama. Gracias a la penumbra ella no podía ver toda la atrocidad que yacía por esas tierras. Cosa que agradecí o estaría horrorizada. Sentía su inquietud y su corazón inocente partirse en mil pedazos al saber que tendría que dejar la casa de la frontera porque vivir allí ya no era seguro. Desocupar esa vivienda fue un caos que sucedió a toda velocidad. Los científicos y artistas que quedaban en aquella vivienda decidieron marcharse muy lejos luego de esa noche marcada en la historia. Los dos familiares de Elizabeth le anunciaron que partirían de regreso a España junto con los científicos, pero ella estaba dudando. No quería irse.

—Mi amado, ¿qué haré? No quiero abandonarte, pero aquí ya no hay trabajo para mí. ¡Ya no tengo un tutor!

La agarré del brazo porque perdía la cordura. Su vida había dado un cambio drástico. Se sentía perdida y confundida.

—No necesitas un tutor. ¡Tus obras son mejores que las de cualquier maestro!

No solo quería convencerla, quería llenarla de seguridad porque era cierto.

—Tengo miedo. No sé si me contratarán de retratista o paisajista. No sé siquiera si es lo que quiero hacer. Me gustaba la investigación, pero...

—Entonces puedes seguir con la investigación. Yo te voy a apoyar. Yo...

Su indecisión me interrumpía y rompía mi corazón. No sabes lo que has tenido hasta que estás a punto de perderlo.

—Yo... me quedaría prácticamente sola.

—Jamás vas a quedarte sola. Yo estaré contigo de ahora en adelante. —Que iba a saber que

me tragaría mis palabras. —Ven a vivir conmigo. No tienes que preocuparte por nada. Carne o chicha, lo que desees te voy a dar.

—Tengo miedo Sergio.

—Amor mío. Deberías vivir tu vida como si ya hubieras cometido los peores errores y ya no tuvieras nada que perder.

Sus ojos se iluminaron.

—Ven conmigo y sin preocuparte, podrás dedicar tu tiempo a lo que quieras. —Le aseguré y le di un beso en el dorso de su mano. Mis sentimientos se me salían por los poros y ya no podía ocultarlo más. —Te amo Elizabeth, y no quiero dejarte ir.

Ella abrió los ojos. Mis palabras la asombraron tanto que tartamudeó. Nunca antes había sido tan descarado de declararle mi amor directamente. Pero quizá no tenía otra oportunidad y yo sabía que debía jugármelas toda por ella.

—¿No sientes lo mismo? —Sujeté sus hombros.

—Claro que te amo. Te he amado desde el primer momento. —Sonrió y mi mundo tuvo sentido. —Nada me hace más feliz que escuchar que no quieres dejarme ir. —Puso sus manos en mis mejillas y acercó mi rostro al suyo para cellar nuestras palabras con un beso.

De aquella casona, Elizabeth y yo fuimos los últimos es salir. Juntos, regresamos a la Provincia de Tunja.

Nunca antes me sentí tan nervioso de regresar a mi hogar. ¿Cómo les daría la sorpresa de llegar a vivir con ella? Ajena a estas tierras, ajena a la causa, ¡ajena a la magia!

Con el paso del tiempo, Elizabeth se acopló tímidamente a mi estilo de vida. Estaba enamorada de la Provincia y su gente. Le encantaba reunirse con mis simpatizantes y era una defensora activa de nuestra libertad. Florecían en su interior sus deseos revolucionarios y, contra su propia sangre, nos apoyó en cuerpo y alma.

Elizabeth siguió incursionando en la pintura haciendo retratos y encargos independientes para el ejército de vanguardia, pero su corazón latía con gran curiosidad por la magia. Yo no quería enseñarle, pero su terquedad era incansable y estar rodeada de hechiceros lo hacía más difícil. Los libros fueron su abre bocas y, su encanto, su facilitador para encontrar tutores en todos mis colegas. Gracias a su excelente memoria aprendió rápidamente los conjuros más sencillos y su espíritu de investigadora le ayudó a identificar materiales de energía transformadora y a desarrollar su talento para las pócimas y pociones. Remedios y venenos, me sorprendía. Le enseñé a ver la naturaleza a través de los planos y a identificar la energía que recorría todo el Universo.

Nuestras noches de tertulia escuchando y aprendiendo del Kaure se convirtieron en mis noches favoritas. Estar con ella se sentía simplemente bien. Eso era lo que venía a hacer al mundo, existir juntos.

Vivir con ella me ofreció el afán de construir una casa para los dos. Hacer un refugio tan remoto que solos ella y yo pudiéramos habitar. Un espacio perfecto para crecer. Un secreto que gritara a todos los vientos mi amor por ella, porque las palabras no eran suficientes. Así hicimos la casa del lago. Nuestra morada perfecta.

Finalmente estaba en mi camino en la búsqueda de la verdad. Que pesada se sentía la realidad después de la ingravidez de los recuerdos. Que pesada, sombría y triste.

Llegar a nuestra antigua casa del lago significaba un gran esfuerzo físico para mí, casi una misión inefable para cualquier mortal. Fue una hermosa construcción la que hicimos Elizabeth y yo para resguardar nuestro amor. Era nuestro nido. Nuestro hogar, y en poco tiempo, morada de los hechiceros rebeldes que necesitaban donde esconderse.

No era sencillo llegar y su ubicación, fue secreta para los realistas y otros grupos bélicos, hasta el momento de mi captura.

Desde las praderas de la Provincia de Casanare hacia donde se oculta el Sol se encontraba un estrecho perteneciente a la Provincia de Tunja. Luego de cruzarlo, se adentraba uno al último rincón de la Provincia de Santa Fé donde la vista se cubría con una inmensa montaña perteneciente a la cordillera de los Andes. Esta majestuosa montaña se rodeaba de caminos estrechos cuyos bordes eran precipicios abismales. Caminos de tal angostura que ni caballos ni burdéganos los transitaban, que aterraban y solo permitían los pasos de los más arriesgados. Al acabar los caminos en el costado norte de la montaña se adentraba a una cueva húmeda y estrecha de piedras afiladas y olor fresco que, al cruzarla, presentaba el más hermoso paisaje del lago más grande y la playa más amplia. Un lago que a la vista parecía un mar. Un recorrido descuidado después de tantos meses de abandono.

La madrugada teñía todo de un tono azul frío. Tímidamente, poco a poco, los colores empezaban a despertar con la ayuda del Sol.

Bajé la ladera donde desembocaba la cueva hasta la arena para caminar sobre mis recuerdos de aquel lugar donde fuimos felices tantas veces. La brisa fresca me dio la bienvenida. Olía a aire puro calentado por el Sol sobre el espejo de agua, a cascadas de agua fresca, a vegetación verde y algas de agua dulce, y a peces juguetones. Podía escuchar el agua golpear suavemente contra la playa. Que tranquilo se sentía. La soledad era piadosa en aquella playa y yo decidí quitarme mis botas para caminar descalzo. Su magia aún revoloteaba perdida en el aire, buscándola, como un pajarillo a su árbol.

El sol tibio anunciaba el día y hacía brillar las paredes blancas de nuestra casa erigida sobre columnas por encima del agua. Me acerqué caminando lentamente por el pequeño muelle que llevaba a la puerta principal y la abrí derramando un poco de sangre de mi dedo en su marco superior. El interior de nuestro hogar era fresco y estaba claro de toda la luz que entraba por las ventanas. Al igual que el exterior, las paredes estaban teñidas de blanco, así como los bancos, las mesas y las telas. El blanco era su color favorito.

Todo era silencio. Cruzando la sala principal me sorprendí al ver dos sombras que observaban el lago por una de las ventanas. Un hombre y una mujer. Eran las sombras de dos hechiceros fallecidos. Tal nivel de poder requería el más alto rango en el mundo de la magia organizada. Qué nivel de energía tan inconcebible frente a mí. Ni yo podría hacer algo parecido. Cuando el cuerpo

físico de un hechicero ordinario moría, su sombra lo hacía con él. Las sombras dejaron su contemplación y dirigieron su mirada vacía hacia mí. Eran buenas y tranquilas.

Hice una reverencia ante ellas y apenas se inmutaron. Luego, las dos sombras me indicaron con su mano derecha que siguiera mi camino hacia la habitación de estudio.

Entré al cuarto. El polvo flotaba ligeramente por el ambiente en partículas de color claro. Junto a la ventana, desde donde podía ver la arena, se encontraba nuestra mesa blanca. Allí había una esfera café de madera tallada. La tomé y me di cuenta que su inicial estaba escrita, una hermosa E en letra cursiva. Al lado de donde se encontraba la esfera, una pluma que había goteado tinta negra penetrando las tablas y manchando la mesa. Tinta seca por el Sol de tantas mañanas.

Aquella esfera tenía tallados los símbolos del nuevo mundo y el antiguo. Marcas como las de un mapa. Eso solo podía significar una cosa. Se trataba de un emblema pagano, un cofre donde se guarda el alma y ella estaba preparándose para guardar la suya allí. Lo inspeccioné y su interior se encontraba vacío. Suspiré y guardé la esfera en mi bolsillo.

—Pero, ¿qué estabas haciendo Elizabeth?

En la mesa también encontré algunos libros de magia, uno de ellos con los párrafos subrayados.

De cómo mantener su alma inmortal en el hogar de un ser querido. Práctica pagana para mantener su energía sin pertenecer a la corriente vital en un recipiente en forma de huevo con una cuerda irrompible dentro. Atrape su alma en la casa de su amante.

—Ella no se iría sin dejar esto sin terminar. —Observé una y otra vez la tinta seca derramada de la pluma. —¿Sería posible... que la raptaran?

Mis pensamientos chocaban contra todas las paredes de mi cabeza pensando y tratando de entender o encontrar una solución. ¿A quién podría recurrir? A mi derecha se encontraba otra ventana. Corrí ligeramente el velo que la cubría y observé la espuma del agua retroceder suavemente de la playa.

Mi sombra se inquietó en mi interior y como una mariposa revoloteó incansablemente hasta que la liberé. Ella se puso de pie de entre la penumbra del suelo y saltó atravesando las paredes, cayendo delicadamente en la arena brillante casi blanca de la playa. Su espectro negro y traslúcido jugueteó entre formas informándome que había encontrado algo.

Afanado salí de la casa y me encontré con mi sombra en la playa junto a una de las columnas que eran el apoyo de la base de la casa.

—Ayúdame. —Le dije.

Ella asintió y caminó hacia el agua. Su cuerpo se convirtió en el de un perro negro, su condición animal más perfecta y entró al lago esquivando algunas olas.

—Bien pensado. —Y la seguí.

Ni siquiera me quité la ropa cuando me metí al lago. El agua estaba fría y sentí como si despertara de un sueño. Estaba tratando de nadar junto a ella a la sombra de la casa, pero su condición era más habilidosa que mi cuerpo. Yo era un desastre, pero al menos flotaba. El agua no quería que yo ingresara en su privacidad. No me lo permitía. Arañé con mis uñas la madera negra de una de las columnas para tratar de no hundirme y gué con la cabeza.

Mi sombra se zambulló y dirigí toda mi energía a ella para que soportara la presión hasta el fondo del lago donde encontró una pequeña caja de plata que sacó con su hocico. Aquel lago no

guardaba nada más para nosotros entonces me apresuré a salir para recuperar mi aliento.

Salimos del agua y tuve que tumbarme en la arena, mi respiración era agitada y solo me satisfacía con grandes bocanadas de aire. Estaba agotado.

La caja de plata estaba sellada. La inspeccioné y no tenía ninguna marca o símbolo. La plata tenía la peculiaridad de olvidar la energía mágica así que no pude rastrear a quién pertenecía. No me decía nada. Su sello era como unos labios cerrados. La llevé al interior de la casa y cuando regresé mi sombra a mí, tuve la energía suficiente para destaparla. Al interior encontré una carta escrita con puño y letra de Elizabeth. Mis manos temblaron. Necesité un momento para sentarme, no estaba listo para leer lo que fuera que había escrito.

En la parte superior de la hoja se encontraba escrito mi nombre. Era una carta para mí.

Oh, mi querido amante y dueño de mis pensamientos. No serviría más esta esperanza si tuviera una hora más contigo. Más valdría haber muerto en tus brazos que tantos desvelos por tu ausencia.

¿Cuánto aguantará resistiendo, mi lamentable alma sin escucharte, sabiendo que tan lejos tú te encuentras? Que apenas hace horas te han entregado al ángel de la muerte.

Enseñadme por favor mi príncipe a soportar.

Enseñadme a no quejarme y a aguantar.

Por ti, mi amado suspiro de la lluvia, dueño de mis manos, dejaría todo. Todo cuanto soy y cuanto tengo. Permíteme una noche, una sola fría noche en que juntos en el cielo desatemos lo que más no se puede ocultar. Permíteme tomarte y que solos tú y yo estemos.

Ved como muero, luego, luego. Ved como las rojas rosas espinan mi corazón recelosas de mi fortuna al haberte amado en vida y mi nueva fortuna próxima a tu lado en la eternidad.

Ya será la media noche y aún sosegada mi vista se resiste a detener su llanto. Lloro por tu ausencia, por mi triste y sola existencia. No alejes ni separes tu energía vital de mí. No te alejes... quédate conmigo que mil años soportaría solo con verte de nuevo en un sueño. Ya no necesito tocarte, solo verte para saciar mi corazón. Aunque sea eso, por favor. Te lo ruego.

Escuchad cuantas almas gimen en la oscuridad en esta habitación mientras esta pobre se retuerce. Apiádate de mi santo corazón por última vez.

No me dejes...

¿Qué te he pedido? Perdonad esta avara alma en pena, pero escuchad al fin sus deseos. Deseos que, sin ti, prohibido de mi mente, serían más que frases o vagos pasos en el campo de batalla.

Oh, como anhelo verte. Tanto tiempo sin saber de ti hasta tal fatídico desenlace donde te han arrebatado de mí. No sería el mismo, este sufrimiento, si por solo un segundo podría sostener tan profunda y suave mirada entre estos pecadores ojos que empiezan a nublarse.

Concededme observarte en un sueño y confirmar que más belleza que tú no existe. ¡Ven que no aguanto! Que de mí no saldría mal pensamiento solo si tus apolíneos ojos me lo pidieran. No puedo dejar de pensarte ni olvidaría hacerlo, pues nunca olvida el don de la vista quien una vez lo tuvo y lo perdió.

Ya poca es mi inspiración y si a morir vengo que se cumpla esto ahora. Quizás desde muy lejos ya no tenga que soportar tal sufrimiento.

¡Ven muerte! Apodérate de lo que te pertenece, pero antes que cualquier cosa déjame despedirme. Hasta mañana o ¿hasta nunca?

Oh, cuanto dolor más estará escrito con sangre sobre nosotros en el libro del destino. Pero que no sea más el que yo exprese con fuego sobre esta carta.

A esta hora. Duerme dueño de mi vida. Duerme y descansa en el cielo. Hazlo tú que puedes y

no olvides, rezad por mí, que sea nuestra alabanza.

Tuya por siempre.

Elizabeth.

Me derrumbé llorando incontrolablemente. Elizabeth pensó que yo había muerto y no tuvo otra salida, pero entonces ¿por qué no terminó lo que planeaba hacer aquí y quién escondió su carta? Aún no entendía mi corazón cegado por la esperanza. “Se ha ido. Se ha ido para siempre.” Le repetía para que se convenciera finalmente.

Pasé la noche en nuestra antigua casa tratando de descansar mi cuerpo agotado, aferrándome a su carta, pero no tuve éxito. La estrechaba contra mi pecho tratando de alimentarme de lo que quedaba de ella. Pensar tanto en ella y estar allí me absorbía. Amarla era agotador y desesperante. Esa noche supe lo que era la depresión. El desgano de no encontrarle sentido a la existencia. Ya no me quedaba rabia, ni odio por la vida. Ya no me quedaba nada, solo vacío.

A la mañana siguiente mi condición era lamentable. No tenía ánimos de seguir, pero esa maldita esperanza seguía encendida como una débil brizna en medio de una fogata inerte. “¿Tiene sentido que siga buscando su cuerpo?”

Una de las sombras que me había encontrado el día anterior se me acercó al atravesar la pared de la habitación. Se apiadaba de mí y de mi melancólico corazón roto.

—¿Deseas comunicarme algo?

Asintió y yo le acerqué un papel y una pluma. La sombra se recostó cómodamente en un sillón al rincón de la habitación y escribió apoyando el papel en el brazo de este.

Su letra me indicó que sabía quién podía ayudarme a encontrar las respuestas que buscaba.

Mi antiguo maestro, el Kaure. Hacía muchos años que no lo había visto, desde mi captura y no sabía exactamente dónde encontrarlo.

—¿Dónde está el Kaure?

La sombra regresó al papel y escribió que el Kaure estaba viviendo en la selva donde el agua dulce y la salada se hacían una. Solo había una manera de llegar allí. Viajando por el río Mariquita hasta el primer rincón de la Provincia de Popayán.

Me llené de fuerza y levanté mi cabeza. Tenía que seguir. Tenía que llegar hasta las últimas consecuencias por honor a su memoria. Por el amor que engendramos juntos. ¡Porque mi corazón no me dejaba en paz y mi cabeza dolía de la pensadera!

El viaje sería largo y complicado a través de un río impredecible de corrientes rápidas y, lo que era peor, jamás había navegado solo por aquellas aguas ¡ni por ningunas otras! Me despedí de las sombras que cuidaban nuestra amada casa, reforcé el hechizo de protección que la cubría y me dirigí hacia la entrada del río caminando por la playa hasta el extremo sur del lago.

Me pesaba el corazón, pero tenía que ser capaz de cargarlo. Estuve completamente sumido en mis pensamientos durante todo el recorrido hasta que encontré una pequeña aldea asentada a la orilla del río. Qué suerte. Algunos pescadores se encontraban dialogando y me vi forzado a interrumpirlos para comprar una de sus canoas con varias monedas de cobre. Aquellos aldeanos fueron tan generosos que recargaron mis provisiones, por mi parte, los bendije con rezos para alejar los espíritus que los atormentaban. Los consejos de los pescadores fueron más que bienvenidos. Me explicaron con detalle las condiciones de las aguas y los pasos más difíciles y, aunque no creyeron en mis destrezas para esquivar a la muerte, me desearon suerte.

Así me encaminé sin conocer mi rumbo fijo ni mi destino final a bordo de una pequeña canoa y un remo amplio. La corriente me llevaba ligeramente por aguas mansas y amplias que poco a poco

se iban achicando. El cauce del río se hacía rebelde y se me atravesaban rocas grandes y filosas. Me ponía nervioso la locura que estaba haciendo.

Pasó una noche y pude sobrevivir, pero no dormí absolutamente nada debido al movimiento de la canoa que me mareaba. La falta de sueño desde hacía dos noches y el mareo eran una mala combinación, además de la extraña sensación que me producía la bruma que se generaba sobre el agua con olor a tierra mojada. Pasaron dos días más y apenas pude sobrevivir gracias a las provisiones que llevaba, pero tratando de aguantar las náuseas. A mi parecer, el tiempo no seguía un curso normal y sentía que estaba teniendo las alucinaciones más extrañas. Era el efecto de un río hechizado.

La bruma trajo la lluvia y la canoa se mecía peligrosamente de lado a lado. Toda clase de pensamientos cruzaban por mi mente. Buenos y malos, consoladores y nefastos. Esa neblina venenosa me estaba martillando la cabeza desde dentro y la lluvia se había convertido en tormenta. El cielo se oscureció y de repente parecía ser media noche.

La tormenta llenaba mis pensamientos con olas de miedo y terror e inundaba mi cordura a tal punto que me ahogaba. Mis pulmones invadidos de agua se negaban a la realidad. Luché por controlar la canoa con la ayuda del remo, pero ya no sabía que era aire o agua, arriba o abajo. Fuerte como los relámpagos era el sonido de mis gritos ahogados en la desesperación que solo se veía apaciguada por la voz melodiosa de seres celestiales que cantaban vocalizando perfectas notas en crescendo.

“¿Quiénes son que se atreven a robar mi energía en acto tal?” Pensé.

—¿Ahora crees en los ángeles de la salvación? —Susurró una de las voces a mi oído y un frío me atravesó hasta la espalda.

Su canto perfecto seguía. Mi cordura me abandonaba y los recuerdos de Elizabeth se acumulaban en mi mente a un punto doloroso. Mente y cuerpo sumidos en la pena. Cuando el dolor punzante que apretaba mi pecho se liberó ligeramente pude tomar una bocanada de aire para hablar.

—Yo ya no soy yo. ¿Cómo sobrevive alguien que perdió su razón de vivir? ¡Llévame ángel de salvación hasta tu igual de la muerte para terminar mi vida lo que tanto ansió, pues este sufrimiento no lo aguanto más!

Estaba tan cansado. Aquellos ángeles habían llegado llamados por mi grito de desesperación en medio de mi tormenta mental y la agonía de mi cuerpo ahogándose. Voces inocentes que atravesaban todo dolor y cuando estaban tan cerca te producían uno aún más insufrible. La maldita voz de los malditos ángeles que tanto odié, los detesté por llevarme recelosos hasta las puertas de mi mortalidad y no permitirme la iluminación perfecta y el descanso del más allá. Los malditos ángeles que me mantenían en esta denigrante y simple condición humana que me llenaba de asco y sufrimiento. ¡Tanto dolor! Condición donde no tenía el control, algo inconcebible. No tenía el control para salir de esa situación. No podía perder el control, no podía rebajarme a esa simpleza.

—Hechicero arrogante. Nos es imposible llevarte ante nuestro igual de la muerte ya que tu condición humana está protegida más allá de nuestras capacidades.

—No me lo niegues, por favor. —Le rogué.

—Es un hechizo el que se apodera de tu mortalidad.

—¿Cuál hechizo?!

Me sentí desesperado, empezaba a perder mi cabeza por completo. El magno dolor de ahogarse sin morir era incomprensible. Una y otra vez mis pulmones sentían mil agujas atravesarlos mientras la asfixia llevaba un corrientazo de dolor hasta mi cerebro. La presión del

agua era tal que pretendía partir todos mis huesos de adentro hacia afuera. Agonizar y sufrir sin la esperanza de encontrar paz cuando acabara era una revelación nefasta. Jamás acababa. Sería un sufrimiento eterno.

—Ahora el hechizo es una maldición que carga sobre ti. —Siguió el ángel.

Mi corazón se detuvo por un momento y me estremecí por sus palabras. Abrí mis ojos y mi boca en un grito mudo, y encorvado, apreté mis piernas con mis brazos reducido a una masa sin esperanzas. No podía morir.

La lluvia cesó y lentamente los movimientos violentos de la canoa se apaciguaron mientras se encallaba en la tierra a la orilla del río. Había perdido todas mis provisiones que llevaba al interior de la canoa. Con dificultad me bajé de esta y me arrastré hasta encontrarme fuera del agua. En un estreñimiento de mi estómago expulsé un chorro de agua por mi boca y tosí violentamente hasta desocupar mis pulmones. Estaba en shock y agotado. Estuve a punto de morir, pero los ángeles no me ofrecieron su favor. No lo podía creer. Los ángeles no habían podido llevarme. Ahora, añoraba la tormenta porque en tal condición tenía esperanzas de una solución. Estaba perdido.

Mi cuerpo me exigía descanso y, sin darme cuenta, simplemente me quedé dormido junto al río. Soñé con el camino hacia el hogar del Kaure. La ilusión era un llamado de mi maestro que me mostraba cómo y dónde encontrarlo. Me estaba esperando. Creí ver su rostro y su apariencia era la del Kaure que vi por última vez hacía 10 años, una imagen solo producto de mi imaginación.

Con pocos ánimos caminé atravesando la selva con el paisaje que cambiaba lentamente. Cada vez sentía más calor y el olor a sal en el ambiente se intensificaba.

La casa del Kaure entre los manglares, lazos de raíces de plantas sagradas que sobresalían del agua creando nudos naturales, era una vivienda flotante de madera oscura. Pequeña y acogedora.

—¡Maestro! —Le grité frente a su puerta esperando que me abriera.

Un chillido intenso sorprendió mis espaldas y cuando giré la vista, venía a toda velocidad una flecha que chocó con violencia contra la puerta haciéndose añicos. Otras flechas venían en mi dirección y con habilidad salté de la vivienda para esquivarlas. Caí sobre algunas raíces de manglar y fijé mi vista en los horizontes buscando la amenaza. Más flechas venían siguiéndome y decidí acercarme hacia su origen rápidamente. Salté y salté esquivando flechas con gran habilidad.

A unos metros entre el laberinto de raíces, una sombra omnipotente que parecía brillar y me observaba desde lo alto de la rama de un árbol, con arco y flechas a cuestas, me amenazaba apuntando una hacia mí. La miré asombrado y levanté las palmas de mis manos en señal de paz. Me erguí lentamente. Jamás había visto aquella sombra en forma de mujer con ropas ondulantes por el viento.

Su dueño no podría estar muy lejos.

—¡¿Quién anda ahí?! —Grité esperando una respuesta.

La nada no se vio perturbada y la sombra no bajaba la guardia.

Del bolsillo interno de mi abrigo saqué una pócima interdimensional fugaz guardada en un pequeño frasco de cristal. La bebí.

—¡Revelare! —Le ordené a la pócima al interior de mi garganta y mis sentidos se agudizaron más allá del plano físico.

Gracias al aumento exponencial de mi presencia podía manipular con mis manos la energía oculta creando un escudo para protegerme de las flechas de la sombra.

El efecto solo duraría unos minutos, pero debía detener y someter a la sombra para revelar su

dueño. Salté directamente hacia ella y no dudó en disparar su flecha la cual se destruyó frente a mis ojos al tocar mi escudo. Ya me estaba cansando. La sombra se alejó de forma grácil, pero alcancé su espalda y juntando mis manos deshice la magia que había creado aquellas flechas. A mi tacto con la forma de la sombra pude observar en el plano astral y buscar el lazo de energía que la unía con su dueño. Era un lazo muy ancho sinónimo de fuerza y poder. Sin necesidad de mover mi cuerpo físico, recorrí el lazo de energía y encontré su origen. Observándome con una mirada profunda y su rostro inmutable a los años estaba mi maestro.

—¡Desgraciado! —Le grité.

La pócima perdió su poder y la sombra desapareció.

—¿Quién es el desgraciado aquí? —Preguntó el Kaure a mis espaldas sorprendiéndome.

—¿Cómo has llegado ahí? —Me volteé.

Nos reímos y saludamos. Cuán bien se sentía por fin encontrar alguien que consideraba mi familia. Alguien cuyo abrazo era reconfortante. Alguien cuyas palabras eran un alivio superficial a mi eterno dolor.

—Maestro. —Le dije casi con lágrimas en los ojos. No sabía si de felicidad por verlo o por el sufrimiento que estaba atravesando.

—Mi pobre zorro. —Me consoló. —¿Te has perdido?

—Solo he tenido algunas distracciones como cierta sombra que jamás había visto.

Él soltó una carcajada.

—Ya. He tenido que reforzar mi seguridad.

—¿Cómo alguien puede tener dos sombras?

—Solo un gran poder evolucionado lo puede conseguir, pero a cambio de un gran sacrificio. Ha sido luego de las capturas. Me aislé a vivir en esta Provincia para sobrevivir y finalmente no me quise ir.

Me sorprendí. —Entonces las cosas han mejorado.

—No, la situación no mejora, nunca mejora. Tú te vuelves mejor. Más fuerte. Tú eres quien se vuelve mejor.

—¿Por eso abandonaste la Provincia de Tunja?

—Sí. Tuve que hacerlo. Se hacía imposible vivir siendo perseguido.

—¿Y aquí? Mi querido maestro, pues deberías enseñarme a vivir porque yo ya no sé cómo hacerlo.

Caminamos entre las raíces de manglares en dirección a su casa. Había mucho de lo que debíamos hablar.

Ahora pasábamos una temporada con el maestro, mi tío, los aprendices y demás hechiceros en la Provincia de Tunja y otra en nuestra casa del lago.

Debido a algunos trabajos que el Kaure me encomendaba en la Provincia de Casanare, Elizabeth y yo, resultamos conviviendo algunas temporadas con los revolucionarios. Allí, ella creció en su corazón un ideal independentista que la uniría firmemente a la causa.

Entre huidas y perseguidas. Nos las arreglábamos para mantener los ánimos arriba pero cada vez se hacía más complicado mantenernos juntos. Debido a la violencia muchos de nuestros seres queridos fallecieron y otros tuvieron que marcharse. Era difícil tener que decir adiós y con cada partida hacia el más allá, me aferraba más a Elizabeth.

Mi tío, mi mentor inicial y forjador de mi amor por la magia y la energía universal. Quien despertó en mí el talento primordial de todos los hechiceros consagrados de por vida. Mi guía. Mi ejemplo. Era un desgraciado con debilidad por las mujeres bonitas. Apenas tenía la oportunidad se escabullía para encontrarse a escondidas con alguna doncella prohibida y robarle su inocencia. Yo admiraba a mi tío en todos los sentidos, menos en ese. Era un pícaro que atendía las inquietudes de mujeres enamoradas y luego las hechizaba para que su corazón cambiara de opinión.

Recuerdo una vez que me contó cuando se arrepintió por primera y única vez de jugar con el amor no correspondido. Por aquella época mi tío sería un aprendiz. Enamorado de una joven chica que no le ponía atención, la embrujó dándole una pócima de amarre. Al principio todo era perfecto. Se salió con la suya. Ella estaba loca por él y él tampoco se le quitaba de encima. Tan intenso su falso amor que se fue a vivir con la joven, aun cuando su familia se lo había prohibido. Era la primera vez que mi tío dejaba la casa de mis abuelos. Jugando a la familia feliz pasaron los primeros meses. Al cabo de un tiempo la obsesión de la joven lo tenía aturdido. Lo celaba todo el tiempo y hasta, en medio de sus sospechas, perseguía a las amigas de mi tío con machetes, o cualquier cuchillo que tuviera a la mano, para proteger su territorio. Como una hiena sedienta de peligro, perseguía a mi tío para asegurarse que no hablara con ninguna otra mujer. Pobres las desafortunadas que se le cruzaron pues su cuchillo lo blandía en el aire cortando a diestra y siniestra, incluso una vez le cortó el pómulo a mi tío mientras trataba de defender a una ‘amiga’. Esa vez estuvo muy cerca de perder el ojo.

La joven estaba fuera de control, entonces mi tío terminó con ella y se separaron. Esa noche salió corriendo con todas sus pertenencias y se instaló en una casa que pertenecía a un primo que estaba de viaje.

Por supuesto la joven enloquecida no estaba feliz. Indagó incansablemente hasta que supo la dirección del nuevo hogar de mi tío y allí se plantó frente a la casa, escondida entre la vegetación, a espiarlo. No tuvo noticias de ninguna mujer, pero aprendió los horarios en que mi tío entraba y salía.

Una mañana, luego de que mi tío saliera, se arrastró a su hermana y a su sobrino, un chico de

unos 14 años, para que le ayudaran a traer sus cosas e instalarse a escondidas en la casa. La vivienda tenía la puerta delantera cerrada con llave y era imposible entrar por el frente, entonces obligó a su sobrino a trepar por la reja del patio trasero, saltar al interior y abrir la puerta que daba a la cocina. El espacio era muy estrecho y con gran dificultad entraron algunos muebles de madera y toda su ropa. Agotados, los tres se sentaron a descansar hasta que fueron sorprendidos por un ruido en la puerta principal. Mi tío había regresado a la casa inesperadamente. El corazón de la joven saltó y el nerviosismo los alteró. Ella sabía que desataría la ira de mi tío y no quería poner en peligro a su familia. Intentaron salir corriendo hacia el patio, pero la puerta principal ya estaba abierta y desde ahí, sería visible como escaparían. La chica le dijo a su hermana y su sobrino que se escondieran tras unas tablas de madera en un salón mientras ganaba tiempo. Mi tío se sorprendió al verla y casi pierde el equilibrio. Gritaba enojado preguntando quién la había ayudado mientras los dos escondidos tiritaban del miedo pues, para tal edad, mi tío ya tenía la imponencia de un toro. La joven logró distraerlo y sus familiares corrieron despavoridos para no verlo de nuevo jamás.

Su travesura solo le duró unos días pues mi tío estaba decidido a terminar con semejante insania. Preparó con éxito una de las pociones más complicadas, la poción de desarraigo, y se la dio, aun cuando ella corría el riesgo de morir pues un error con los ingredientes resultaría en veneno. Luego de que la pócima entrara en su cuerpo, como si despertara de un sueño, observó a mi tío con extrañeza y volvió en sí. Sus recuerdos eran vagos, pero de una cosa estaba segura, no tenía ni un solo sentimiento por él. Por fin mi tío pudo descansar.

Jugar con el destino del amor es peligroso. Fue una de las primeras cosas que aprendí a las malas gracias a él. Si se es de buenas en el juego, pero de malas en el amor, no se puede obligar a la suerte a cambiar o las cobrará.

En otra ocasión y ya con mi tío más entrado en años, una bella jovencita se acercó a nuestro despacho en la gran casa de la Provincia de Tunja en búsqueda de una poción de amor. Un amarre poderoso y peligroso. Un juego del mal al cual solo jugaba mi tío.

Delgada y alta. De cabello castaño y ojos grandes. Movía su cuerpo con gracia y coquetería.

—Ignacia... María Ignacia Zacatá. —Le dijo ella jugando con un rizo de su cabello en su dedo índice. Se había recostado apoyando los codos contra una vitrina vieja de vidrio desde donde mi tío, al otro lado, alcanzaba los materiales para su pócima.

—¿Le puedo decir María?

—Que indiscreción. —Le dijo ella con una sonrisa.

—No quiero decirle de ninguna manera que nadie le haya dicho antes.

—Ah eso es seguro. —Jugó con su dedo en el cristal. —Y si le doy permiso, ¿qué me dará a cambio?

—¿Qué quiere doncella?

Soltó una carcajada. —Esa pócima es cara. —Hizo unos pucheros. —¿Se la puedo pagar después?

Mi tío se echó para atrás.

—Por favor. —Le rogó y acercó su mano para tocar con delicadeza el cuello de su camisa dibujando círculos con su dedo.

Él se incomodó, pero la sonrisa encantadora de la joven lo convenció y así prácticamente le robó una de las pócimas de amor más costosas. La chica prometió pagar al cabo de unos días, pero en ese tiempo no volvió.

Fue la burla de todos nosotros por un tiempo, pero ya era costumbre que las mujeres le dieran

tres vueltas a su cordura.

La chica hermosa volvió un día como si no se acordara de lo que había hecho, corriendo con la mala suerte de encontrarse con la buena memoria de mi tío. Bendición de todos los hechiceros.

—¿Señorita Zacatá?

—Me estará confundiendo mi señor.

—¿Qué la trae por este despacho de las artes ocultas? —Su expresión era seria.

—Necesito una pócima para deshacer un hechizo de amor. —Dijo ella en voz baja.

Mi tío soltó una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —Parecía ofendida.

—Nada, nada. ¿Tan efectiva le resultó aquella por la que no me pagó?

—No sé de qué está hablando, pero sí, ¡tengo un enamorado que no me deja en paz!

—Para hacer hechizos hay que soportar las consecuencias. —Mi tío le dio la espalda y siguió con sus labores fingiendo no ponerle mayor cuidado.

—Tiene que ayudarme. —La chica se le acercó y se colgó de su brazo. —Por favor.

—¿Me debe y aún espera que le ayude? ¿Sabe que con mi poder puedo hacer que me pague así no quiera?

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—Porque no la había vuelto a ver.

Ella lo soltó y se alejó un paso.

—¿Me va a obligar ahora? No le tengo miedo.

Era una chica sin escrúpulos y en cuanto sentía que no le daban la atención que merecía, la exigía a toda costa.

Mi tío dio un paso a su lado y caminó dejándola atrás. Lo que menos quería eran más problemas y esa chica parecía tener un letrero en su frente. —Señorita. Esa actitud y su mal comportamiento le traerán muchos problemas.

—Entonces enséñeme a comportarme.

Cada palabra de ella lo dejaba con la boca abierta. Parecía que le gustaba el peligro y las palabras de mi tío se habían convertido en su nueva obsesión.

La chica no lo dejaba en paz y venía constantemente al despacho para encontrarlo y cruzar algunas palabras con él. Y cuando se marchaba, no solo se llevaba la satisfacción.

No, esa chica nunca me inspiró confianza. Su corazón era oscuro y su alma se sentía turbia. Había algo en su pasado que la había marcado.

Sus demandas se hacían más grandes hasta el punto de aburrir a mi tío por completo.

—Lo siento María Ignacia, es mejor que no vuelvas por aquí. Ya no puedo seguir haciéndote favores. —Le dijo mi tío una noche que la acompañó hasta la salida de la casa tomándola del brazo.

—¡No son favores!

—Solo quieres que solucione tu vida. Yo tengo la mía y no puedo pagarla con palabras bonitas.

—Ya te he prometido que te pagaré. ¿No es suficiente lo que hacemos juntos? Ahora somos...

—No María, no somos nada.

Tan encaprichada se alteró y juró vengarse. Después de esa noche, no la vi más por la casa.

Unos días después mi tío empezó a enfermarse. No dormía, sudaba frío, sentía toda la comida amarga en su boca y tenía fuertes dolores de cabeza. Constantemente, se golpeaba sin querer, se le caían las cosas y perdía en los dados. Tenía la peor suerte. La prueba irrefutable de que estaba

bajo un hechizo fueron las frutas. Cada una que revelaba fuera de su cáscara estaba podrida, aunque por fuera no lo estuvieran.

—Solo hay una manera de saber quién fue. —Dijo Elizabeth durante una de nuestras tertulias junto con el Kaure.

—Asómbranos con tu conocimiento Elizabeth. —Dijo el maestro dudando de ella.

—Leí al respecto en el libro de Abramelín. Es la prueba de los renacuajos y los peces. Tendremos que darle a beber huevos de anfibio sin identificar los cuales se gestaran en su interior. Al momento de revelarse la verdad, saldrá de su estómago un pequeño pez si se trata de un hombre o un renacuajo si se trata de una mujer. El animal tendrá una marca, la inicial de quien encomendó tal hechizo.

—¿Tenemos el libro de Abramelín en la biblioteca? —Me preguntó un joven aprendiz que nos acompañaba.

Subí los hombros. No lo sabía. Elizabeth era como un pequeño ratón devorando libros todo el día.

Esa mañana me encargué de recolectar los huevos de un charco oscuro cerca de un río que nadie frecuentaba. Todos en la casa nos reunimos en torno a mi tío, acostado en la mesa fría del laboratorio, y procedimos a la revelación bajo las instrucciones de Elizabeth.

—¡Pupilos y maestros! Hoy aprenderemos una técnica de revelación ancestral de manos de nuestra querida Elizabeth. —Anunció el Kaure.

Yo presentía el resultado de la revelación, era obvio. Con ansias esperé que mi tío soltara el renacuajo.

Luego de tomarse los huevos no sabíamos que esperar, jamás lo habíamos hecho, estábamos expectantes. Su estómago empezó a revolverse violentamente. El maestro le quitó la camisa desabrochando los botones delanteros y el sudor de su cuerpo se intensificó. Su abdomen parecía que un animal le caminaba bajo la piel.

—¿Qué es eso? —Dijo Elizabeth frunciendo el ceño.

Su abdomen se movía sin parar y parecía que estuviera palpitando.

—¿Cómo que qué es? ¿No eres tú la experta? —Le reprochó uno de los aprendices.

Todos nos acercamos para inspeccionar de cerca como viendo tras una lupa. De repente, mi tío saltó y abrió su boca dejando escapar ruidos de chapoteo de algún animal en el agua de su interior.

—¡Vomita! —Le dijo ella mientras nosotros lo sostuvimos para permitirle regurgitar.

Tomé sus brazos por su espalda y lo agaché. Su cuerpo era fuerte y con dificultad le pude evitar retorcerse hasta que abrió la boca y con una arcada soltó un renacuajo rojo cubierto de mucha baba.

—¡Lo sabía! —Grité.

—¡Ew! ¡Qué asco! —Exclamaron los más jóvenes.

—Qué raro, los renacuajos normales no son rojos. —Dijo Elizabeth y todos nos quedamos mirando en silencio.

El Kaure levantó el animal y lo sacrificó con un cuchillo. Al mostrar el cuerpo inerte a los presentes pudimos observar una M que se marcaba con color negro. Así es, la joven María había contratado un brujo recién llegado a la Provincia de Santa Fé para hacer un trabajo a larga distancia sobre mi tío. Una nueva adquisición para los brujos rojos.

El maestro cruzó sus brazos con preocupación. —Ya han llegado a nosotros. —Dijo.

Ese fue el inicio de nuestro fin como un grupo unido.

—Lo que esa chiquilla caprichosa me ha hecho es una tontería. Una babosada.

—Muy babosa. —Susurró uno viendo al suelo.

—Una sandez que se resuelve con una limpia espiritual. —Dijo mi tío reponiéndose de haber regurgitado. Abrochó su camisa y se limpió la boca con el brazo.

La limpia se realizaba con una preparación en agua a base de dos yerbas, la caapi y la chacruna, llamada ayahuasca. La bebida requería un ritual especial, ya que conectaba con el plano astral, y también de grandes cuidados para quien la tomaba pues podría haber riesgo de posesión por parte de espíritus malignos.

—¿Ayahuasca? Lo he escuchado antes... creo. ¿No es esa bebida que causa alucinaciones? — Preguntó Elizabeth al Kaure.

—¿Alucinaciones? ¡No! Son visiones de planos del universo. Manifestaciones enigmáticas de la verdad para un corazón afligido y un cuerpo envenenado. Epifanías de los rincones más oscuros de la mente... —El maestro hablaba sin parar.

—Para qué le pregunté.

El maestro y mi tío prepararon todo para la limpia en la siguiente madrugada.

Esa noche soñé que estaba en mi habitación, de cuando era niño, completamente solo. El espacio era algo diferente a lo que yo recordaba. Amplio y limpio. Un suelo frío e irregular de color café con pequeñas vetas blancas. Paredes de pintura color crema sobre un concreto discontinuo. Una habitación en una casita humilde de un pueblo tranquilo. Estando en mi habitación me dirigí hacia la ventana por donde se colaba la luz del sol, pero un reflejo brillante me sorprendió. A mi izquierda, un espejo colgado de la pared. Yo no tenía un espejo así que era otra cosa extraña. Era la vida de otro yo. Me acerqué al espejo y no podía ver mis ojos solo unos agujeros negros. Sentía que los abría con desesperación, ponía mis dedos encima para tocarlos. Los tenía, pero no los veía en el espejo. Luego, miré mi boca que goteaba sangre. Dos de mis dientes frontales se habían aflojado. ¡Se me estaban cayendo los dientes! Con mis dedos intenté ponerlos en su lugar, pero ya no encajaban. De repente, todos los dientes en mi boca saltaron y tuve que sostenerlos con mis manos pegadas a mi mandíbula. La sangre se sentía caliente en mi piel. Fue un sueño aterrador que me despertó asustado. Una premonición a la que no quise escuchar.

La madrugada se sentía fría y húmeda. Nos reunimos en el quiosco de ceremonias y encendimos una pequeña fogata en el centro del recinto circular. Sería la primera limpia que presenciaría Elizabeth. Estaba nerviosa y me apretaba la mano. El maestro puso una pequeña olla sobre el fuego, soportada por un arco de palos, y puso a cocinar las hierbas con el agua. El aroma producía un trance inicial.

La bebida sería ingerida solo por voluntad por quienes desearan una cura espiritual. El resto, nos encargáramos de cuidar a quienes la tomaran. Esta vez, Elizabeth participaría y yo la cuidaría. El maestro fue el primero seguido por mi tío, luego Elizabeth y otros aprendices.

Me fui con ella para un rincón mientras atravesaba las primeras pruebas de la ayahuasca entre consciencia y fantasía. Se encontraba tranquila y concentrada. Era toda una guerrera. Su cuerpo se empezó a debilitar y necesitó que yo la soportara. Acaricié lentamente su cabello para confortarla.

A lo lejos escuchaba como el Kaure cantaba una melodía que incluía un conjuro poderoso para favorecer el efecto de la bebida.

Al cabo de unas horas algunos aprendices se enfermaron y vomitaron todas las maldiciones y hechizos que recaían sobre ellos para caer en la inconsciencia curativa.

Mi tío se encontraba en un trance profundo. Se veía desorientado y me preocupó la falta de

experiencia del aprendiz que lo estaba cuidando. En medio de toda su experiencia y poder, parecía que el hechizo que le afectaba era muy fuerte. En un momento se puso de pie y caminó, saliendo del quiosco. Eso no era seguro. Estuve a punto de gritarle al aprendiz que lo detuviera, pero mi voz hubiera creado una interrupción en la limpia de los demás. Intenté levantarme, pero Elizabeth estaba aferrada a mi brazo. Con todas mis fuerzas me puse de pie y la llevé conmigo para seguir a mi tío. Él parecía luchar contra un tigre gigante mientras saltaba y gruñía entre las plantas alejándose de la propiedad y adentrándose al bosque.

En un segundo, mi tío saltó a un árbol muy alto y subió ágilmente hasta la copa. Balanceándose y gritando como un animal.

—¡No! ¡Ayúdalo! —Le grité al aprendiz a su cargo tratando de acercarme lo más rápido que podía cuando, para mi sorpresa, un grupo de brujos rojos con sus abrigos largos salían de la penumbra del bosque.

—Es hora de defendernos. —Dijo el Kaure que me sorprendió por la espalda. El maestro lucía sudoroso y agitado.

No sabía qué hacer. Mi tío estaba en peligro, Elizabeth estaba en trance aferrada a mi cuerpo y la mitad de nuestros hechiceros estaban inconscientes.

Aquellos en sus cinco sentidos corrieron a enfrentar a los brujos rojos. Las espadas destelleaban al choque de los metales. Todo era una confusión.

El maestro y yo nos miramos y asentimos. Tocando la Tierra, llamamos el favor de la bruma de la madrugada. Una bruma gris clara y espesa que cubría todos los rincones. La visibilidad se hizo nula para todos los mortales, el tipo de bruma que es cegadora menos para las sombras. Llamé a mi sombra, al igual que los demás hechiceros, y ya los superábamos en número. La sangre empezó a brotar de los miembros cercenados y los brujos rojos heridos no tuvieron más remedio que escapar a toda velocidad.

Un grito ensordecedor llamó nuestra atención. Rápidamente el maestro dispuso la bruma en dirección al árbol donde se encontraba mi tío y vimos al aprendiz tratando de llamar nuestra atención. Uno de los brujos rojos se encontraba en la copa del árbol, sujeto a una rama, justo frente a mi tío que lo observaba fijamente. Lo tenía bajo una maldición de obediencia que lo hipnotizaba mientras veía sus ojos. El brujo alzó su mano dándole una orden. Mi tío saltó.

La realidad pareció ocurrir en cámara lenta. No podía correr a ayudarlo así que con mi mano dirigí la energía de mi sombra obligándola a arrastrarse hasta la base del árbol justo donde acababa de caer el cuerpo de mi tío. Llegó tarde. Todos llegamos tarde.

El brujo rojo bajó del árbol transformándose en la condición animal de un chacal, saltó al suelo como si se tratara de un escalón pequeño y cayó ileso. El animal se perdió en el bosque más rápido de lo que podíamos pestañear.

Grité en mi desesperación. Maldecí y lloré aferrándome al cuerpo de Elizabeth quien regresaba lentamente de su trance.

El maestro corrió a socorrerlo y yo no fui capaz. No pude acercarme a comprobar lo que mi energía ya sabía. Mi cuerpo no podía moverse del dolor tan grande que sentía mi corazón.

El sol salió y nos entregó un panorama devastador de sangre y pérdida.

El Kaure puso un pañuelo con ungüento sanador sobre su rostro, pero fue inútil. Trató una y otra cosa aun cuando sus ojos no le dejaban ver claramente por las lágrimas. No había nada que hacer. Su energía había abandonado este plano y se encontraba lentamente subiendo a la corriente vital del universo.

Yo estaba paralizado y sentí como si el tiempo corriera más lento. Me hablaban, pero no

escuchaba nada. La atención no era mía, como si estuviera sumergido en el agua y solo sonara el barullo de un eco desviado.

Elizabeth recuperó la fuerza de su cuerpo y negó con la cabeza al ver la expresión de mi rostro destruido por el llanto. —¡No, no, no, no! —Decía una y otra vez.

Me levantó y me llevó a la fuerza al lado del cuerpo sin vida de mi tío que se encontraba rodeado por todos los miembros de la casa.

Me desplomé y puse mi cabeza sobre su pecho. No podía verlo. Quería, pero no podía hacerlo. Me dolía mucho. Me superaba. Me aferré a su cuerpo y grité. —¡Nooooo!

Después de ese día, por un largo tiempo solo se escuchó silencio en la casa. Ya no había movimiento ni risas. Todos sentíamos su ausencia. Una gran pérdida que nos pondría en desventaja.

Juré ante el maestro que los brujos rojos pagarían. No era lo que él me había enseñado, pero mi corazón estaba ciego por el dolor. Quería que pagaran.

La Provincia de Tunja había caído mayormente bajo el poder de los realistas.

Finalmente, luego de atravesar la jungla de manglares, llegamos a su casa de madera. Aunque el exterior se sentía bochornosamente caluroso y húmedo, su casa era fresca y seca. El interior era oscuro y los rincones se encontraban alumbrados por pequeñas cigarras multicolores hechizadas que flotaban suavemente generando un pequeño ruido de fondo que arrullaba el ambiente. El suelo estaba construido de tablas que crujían al ser pisadas, organizadas una al lado de la otra, pero separadas ligeramente, se notaban rendijas que permitían ver el exterior. Si me fijaba con atención podía ver el agua que recorría los manglares que sostenían la vivienda. No parecía muy estable.

Por todos lados podía encontrar cosas curiosas, libros, espadas y dagas brillantes con piedras preciosas, frascos con alguna pócima, ingredientes para hacer hechizos y hasta animales disecados. Era como una pequeña y fascinante bodega de materiales mágicos. Todos apilados en el afán de encontrar un lugar para esconderlos.

En la parte posterior de la casa se encontraba un balcón con una hamaca colgada. Apenas la vi, estiré su tela lo suficiente para acostarse en su interior.

—Ah, esto es lo que necesitaba. —Estaba agotado.

El maestro se recostó poniendo sus codos sobre el barandal del balcón junto a mí. Juntos observamos la naturaleza frente a nuestros ojos. Por un momento el silencio fue suficiente. Habían pasado tantas cosas que no era necesario decir una palabra. El maestro me leía y sabía que tenía tanto en la cabeza que solo necesitaba alejarme de lo que me abrumaba tanto.

El tiempo pasó volando y los loros, en bandadas, empezaron a chillar en nuestras cabezas buscando un árbol para dormir.

—Ha sido muy difícil... vivir sin ella. —Le dije rompiendo el silencio.

Pensó un momento antes de hablar. —Solo tienes dos opciones. Puedes seguir adelante con tu vida y superar su pérdida o quedarte en el pasado y seguir en negación.

Tan sabio que me molestaba.

—¡No estoy viviendo en el pasado!

No me respondió nada. Sacó de su bolsillo una pipa y la encendió. Tomó una bocanada de humo y luego lo liberó muy despacio.

—Siento, en tu energía, que has podido conocer a alguien que podría hacerte cambiar de parecer. Alguien que ofrece un nuevo camino en tu destino. Una luz de vida.

Siempre que tenía una experiencia nueva en mi vida, aparecía un nuevo camino en el destino. Las decisiones se encargaban de abrirlos o cerrarlos. En mi introspección no podía entender a quién se refería. —¿Una mujer, un amor?

—Una joven de corazón inquieto. —Respondió.

“¿A quién se refiere?” —Imposible. —Lo negué, pero me causaba curiosidad el pensar en quién sería. No podía ser Aurora pues su corazón ya palpitaba por otro... ¿Isidora?

—En tu negativa, ese camino se cerrará para siempre.

Que me valía un camino si no tenía a mi amada para recorrerlo.

—Mis ojos son solo para ella y siempre lo serán...

El Kaure soltó otra bocanada de aire y negó con la cabeza como si estuviera decepcionado.

—Fui a la casa del lago y ella andaba en algo. —Proseguí. —Su pensamiento era uno, pero no llegó a la ejecución. Alguien lo hizo por ella.

—¿Acaso importa ahora?

—¡Claro que me importa!

—Son iguales de tercos. —Negó una segunda vez y guardó su pipa, luego se dirigió hacia mí y estiró su mano. —Podría rastrear los recuerdos de algún objeto que estuviera presente en ese momento. ¿Trajiste algo...?

Me levanté de mi cómoda posición y busqué en mi bolsillo la esfera pagana donde guardaría su alma. El maestro la inspeccionó y abrió los ojos en asombro.

—Entremos. —Me ordenó y regresamos a la casa.

Nos ubicamos en la sala sentándonos en lonas con forma de balón chato rellenas de plumas. Un ingenioso sistema para el pequeño espacio.

—Este ungüento le ayudará a la esfera a contar lo que ha visto.

El Kaure prendió una vela azul que puso con delicadeza en el suelo. Impregnó la madera de la esfera con un preparado de ácido malónico y urea, y la acercó a la llama de la vela.

—Ego te audiunt. —Susurró el maestro a la esfera.

El ungüento se empezó a quemar liberando un vapor blanco y espeso que inundó la habitación. Sentí que mi cuerpo se sumergía en un sueño impropio. Una visión distorsionada y atemporal de la habitación de estudio de nuestra casa en el lago, del pasado.

Elizabeth estaba allí, sentada frente al escritorio. Su apariencia era diferente, lucía cansada y estaba supremamente delgada. A su lado se encontraba la carta que me había escrito y sostenía en su mano la esfera. Las lágrimas de su rostro brillaban en su piel.

La vi y casi se me sale el corazón del pecho. Latía tan rápido que me dolía. Quise gritarle para llamar su atención. Quise devolverla a mí. Quería consolarla. Quería decirle que estaba vivo y que no lo hiciera, pero era inútil. Yo no me encontraba presente. Yo no existía y ella tampoco. Verla fue como meter el dedo en una llaga. Entendí eso de que la medicina es peor que la enfermedad. Podía sentir el dolor de mi amada como si fuera mío. Su aflicción. Como se abatía su mente entre la decisión de la vida o la muerte. Estaba tan desesperada por terminar su sufrimiento que no resistía la agonía.

La visión se entrecortaba y lucía borrosa, parecía una realidad que se arrastraba en el tiempo con dificultad.

De repente, Elizabeth apareció discutiendo con alguien. Un hombre alto de hombros anchos. Un rostro familiar que se aclaró a medida que me acercaba. Era Letos. Él parecía inquieto y observaba por las ventanas con preocupación. Sus expresiones no eran claras. En un momento, Letos levantó una espada larga que jamás había visto. Un instrumento mágico que relucía como el oro. Lo apuntó frente a Elizabeth y clavó el metal en su corazón.

En mi rabia y odio, la visión se esfumó y regresé a la casa del Kaure. Todo el fuego en mi interior se me subió a la cabeza y sentí unas incesantes ganas de acabar con Letos.

—¡Aaahhh! —Gruñí resonando mi garganta y le arrebaté al maestro la esfera de las manos.

Con todas mis fuerzas la estrellé contra el suelo y se partió en mis pedazos mientras la tabla del suelo crujió y una veta la atravesó por completo. Quería acabar con todo. Los instintos fieros de mi condición animal se apoderaban de mí y quería con agresividad destrozarme a Letos con tal crueldad que su cuerpo quedara irreconocible.

—¡Cálmate! —Me gritó el maestro.

Lo observé y no había cambio en mi condición. Al ver que sus palabras eran inútiles me bañó en un polvo concentrado de flor de Mburucuyá que roció por encima de mí rápidamente. El polvo tenía un efecto calmante y en unos segundos entré en letargo y somnolencia.

—Estoy tan enojado como tú, pero seguramente hay una explicación.

Tenía la lengua dormida y no podía hablar así que no le respondí nada. Estaba tirado en el suelo, destruido por dentro.

El efecto fue tal que mi cuerpo acelerado se entregó al relajante resultado del polvo y dormí hasta el siguiente día.

Para la mañana ya me había calmado. Luego de la visita de una bruja para reabastecer su almacén de partes de criaturas disecadas, saltamos por el bosque entre los manglares para recolectar frutos y desayunar.

Al medio día regresamos a las conversaciones profundas que nos interesaban mientras disfrutábamos de la engañosa tranquilidad.

—Ya no voy a perder tiempo ni energía maldiciendo a Letos. Cuando lo tenga en frente...

—Eso no es lo que te he enseñado.

Tragué saliva.

—El perdón es la virtud de todo caballero que se hace llamar héroe. Solo un verdadero hombre conoce la calma de un corazón que ha otorgado la absolución. Un hombre...

Lo interrumpí echándome para atrás y suspirando.

“No insistiré más en el tema.”

—Sé que hay una esperanza, siento que Elizabeth no me ha abandonado. —Le dije balanceándome en la hamaca que ya había reclamado como mía.

El maestro se había sentado en un taburete hecho del tronco de un árbol y se había puesto a preparar unos pescados para el almuerzo.

—No te ha abandonado porque es terca, pero donde se encuentra no hay marcha atrás. No la hay. —Me respondió serio y mirando fijamente mis ojos para luego regresar a las escamas del pescado.

—Escucha. Quizá no debería decirlo, pero... sentí una energía muy particular cuando examiné la esfera.

Me enderecé para prestarle atención a sus palabras.

—No te obsesiones con esto, pero sentí como si la energía vital de Elizabeth se encontrara en el átomico. Un plano de existencia sutil e invisible donde su conciencia aún existe, más debajo de la corriente vital. Las partículas en ese plano vibran según cada individuo.

Su revelación me dejó mudo. Solo había escuchado de aquel plano a manera de mito. Jamás creí que fuera posible.

—¿Cómo es eso posible? —Le pregunté. —¿Cómo evitó unirse a la corriente vital después de su muerte?

—Nadie ha vuelto de la muerte para contarlo. Jamás se conocerá que sucede con exactitud luego de esta, pero en mi experiencia y estudios, puedo afirmar que la energía o el alma atraviesa diferentes estados antes de unirse a la corriente vital. Cuando ella murió, su realidad se detuvo. El tiempo y las demás leyes de nuestro plano dejaron de influir para mantenerla en el plano átomico, único para cada individuo. Su conciencia se negó a la corriente vital y la rechazó.

—¿Entonces ella está existiendo sola en su realidad?

—Mmm. —El Kaure trataba de encontrar las palabras correctas. —No te estoy dando

ilusiones, pero conociendo el camino podrías...

Abrí los ojos a la expectativa de sus palabras. No podía creer que estaba a punto de decirme lo que me iba a decir. “¿Podría encontrar el camino para encontrar la realidad de Elizabeth?”

—No. —Negó con la cabeza.

—Maestro. —Le rogué saltando de la hamaca y acercándome a su regazo. —Por favor.

Suspiró.

Volvió a negar con la cabeza. —Si sigues este camino ya no habrá marcha atrás. Ya no volverás a esta realidad. Si todas estas palabras no son ciertas, te habrás ido para siempre. Habrás... muerto.

Noté la seriedad del asunto. Era la decisión más difícil de mi vida en contra de todo instinto de supervivencia. Luego de un momento de reflexión recordé mi fraudulento ahogamiento en el río.

—Hay algo que debo decirte, maestro. En el río tuve un encuentro con los seres celestiales donde me ahogué por la tormenta que sufrí, pero el ángel de la muerte no vino a mi llamado. Todo por un hechizo, una maldición llamada así por ellos.

El maestro abrió los ojos como no los había visto antes. Parecía que le había confesado el más peligroso secreto.

—¿Será posible? —Su rostro parecía confundido. —Acaso...

Así jamás estaría con Elizabeth. Maldecí mi condición. Agaché mi cabeza y con su consuelo casi entro en llanto por mi infortunio. Yo pertenecía a la vida y ella a la muerte. Hesos allí, separados para toda la eternidad. Yo, en la Tierra, y ella en el mundo perpetuo de los muertos.

El Kaure asintió. —Ahora lo entiendo. Hace muchos años, en tu niñez, sufriste una enfermedad pulmonar muy grave. Para la cura, tu tío hizo un hechizo.

—Sí, recuerdo los días en cama por aquella enfermedad.

—Bueno... no fue un simple hechizo. Según recuerdo viajó muchas leguas para conseguir los ingredientes. Un hechizo único y resultado del más grande amor filial.

—¿Amor?

—El amor no ve con la vista sino con la mente. Entregó su propia mortalidad enérgica por que tu vida continuara. Esa pérdida de energía constante resultado de aquel hechizo, lo hacía susceptible a todo tipo de hechizos menores, aunque los otros no lo notaran. Yo mismo tuve que limpiarlo muchas veces.

—Entonces, ¿qué es esta maldición?!

Sí. Según las palabras del maestro mi tío me hizo el gran regalo maldito de no morir a manos de nadie. Eso solo quería decir una cosa, solo podía morir con mis propias manos. Ah tío, por qué.

Me quedé paralizado sentado en aquellas tablas frías de madera oscura.

Habían sido demasiadas revelaciones en tan poco tiempo. Conocía la experiencia del maestro y confiaba en sus palabras. Durante los siguientes días me sumí en la meditación conviviendo con el Kaure en silencio y sin ninguna emoción visible. Pensé y pensé... y pensé.

Dos semanas después había llegado a una conclusión. Ya sabía lo que debía hacer.

Que yo considerara miembros de mi familia ya me quedaban pocos. Luego de la muerte de mi tío nos quedamos a vivir con Elizabeth en la casa de la Provincia de Tunja por un largo tiempo. No nos trasladábamos como antes pues salir ya era demasiado peligroso. Era extraño, no me quería sentir solo en ese momento. No extrañaba nuestra complicidad privada en la casa del lago. Solo quería estar rodeado de gente todo el tiempo para distraer mi cabeza del sentimiento real, pero había otro motivo. Teníamos que proteger aquella vivienda en la Provincia de Tunja pues los brujos rojos nos siguieron atormentando. Regresaban en la madrugada y con fuego y rayos luchábamos para proteger nuestra tierra.

El día de la gran celebración sería de gran terror para nosotros. Todos festejaban un grito de independencia producto de la insurrección que pronto veríamos como infructuoso. Una independencia no asegurada. Una a una, las Provincias unidas se proclamaban centralistas y federalistas, condición que las llevaría a la guerra nuevamente para perder en control por segunda vez ante los realistas, la corona española. El festejo acompañado por el alcohol nos distrajo y recibimos un ataque directo.

Pasaba la media noche y me encontraba escondido detrás de la puerta del comedor principal frente al segundo patio central. La fachada de la vivienda ya había caído y el fuego empezaba a consumir las habitaciones conjuntas. Elizabeth estaba frente a mí, resguardada tras la otra mitad de la puerta. Se podían escuchar los gritos de mis colegas y los de ciertos brujos rojos de menor experticia al caer heridos en combate.

Un hombre de barba espesa y arrugas pronunciadas irrumpió en el comedor golpeando la puerta contra mi hombro. Se sobresaltó y traté de levantarme, pero apuntó su carabina de caballería a mi frente. Sentí el metal frío sobre mi piel mientras estaba de rodillas.

Observé sus ojos llenos de odio y no pude evitar que sentir compasión por aquel viejo.

Liberé la Siresjal en un ágil movimiento y mientras la ponía en alto, dirigí toda mi energía transformadora hacia su filo para lanzar un golpe fatal que partió la carabina en dos. La Siresjal era voraz y ningún elemento en la tierra la detenía.

El hombre se sorprendió y su boca se abrió inconscientemente. Soltó al suelo la pieza inservible de carabina y mostró las palmas de sus manos en señal de desarme.

—No mires. —Le ordené a Elizabeth que aún seguía escondida mientras apuntaba la Siresjal al cuello del viejo.

El hombre sonrió y frunció el ceño de la confusión. “¿Acaso no tiene miedo de morir?” Lo siguiente que sentí fue una fuerte punzada en la cabeza y escuché. —¡Ahhh! —Un grito ensordecedor proveniente de Elizabeth.

Me habían golpeado la cabeza, un golpe cobarde por la espalda. Caí al suelo y la Siresjal se soltó de mi mano. Mi cuerpo se negó a la inconciencia y mi visión quedó borrosa. Intenté liberar a mi sombra, pero el dolor en mi cabeza no me dejaba concentrar. Estaba indefenso.

Entre mi mareo, pude notar dos hombres de pie que se encontraban al lado de mi cuerpo.

Quise levantarme, pero uno de ellos puso su bota en mi pecho y me obligó a mantenerme contra el suelo. Su opresión era tan fuerte que temí por mis costillas.

Uno de los hombres me apuntó con su carabina.

—¡No lo mates! —Lo interrumpió un general que entró al comedor golpeando la puerta con fuerza. —Lo necesito vivo para unirse a los brujos rojos.

—¡Jamás! —Le grité y el hombre presionó con más fuerza su bota contra mi pecho.

Elizabeth llamó el favor de la bruma y el suelo del salón se llenó de neblina blanca la cual fue creciendo lentamente.

El general no tenía energía mágica y se alteró al notar la bruma entre sus pies.

—¡Es ella! —Gritó uno de los brujos rojos. —Es una hechicera.

—¡No lo es! —Lo interrumpí tratando de salvarla. —¡Solo es una sirvienta!

—¡¿Dónde?! —El general se ponía nervioso.

El brujo rojo que la había delatado se acercó a ella rápidamente y la sacó de detrás de la puerta arrastrándola por el suelo.

—Las brujas que se resisten tienen como destino la hoguera. —Prosiguió el general.

Forcejeé y me liberé del brujo rojo que me oprimía tumbándolo al suelo. Mientras caía, tomé la Siresjal y con todas mis fuerzas lancé un sablazo de izquierda a derecha que degolló al hombre. Entre tanto, la bruma alcanzó nuestras cabezas.

“Uno menos.” Pensé.

El viejo de barba espesa me tomó por sorpresa y puso en mi cuello un cuchillo impregnado con veneno paralizante de alga verdeazul. Solo le tomó un leve corte en mi piel para la toxina entrar en mi cuerpo y dejarme paralizado. Abrí mis ojos como platos y mi boca tratando de tomar una bocanada de aire justo antes de desplomarme al suelo por segunda vez.

No podía ver nada ni en la realidad ni en el plano astral. La bruma de Elizabeth era un arma de doble filo.

El viejo me atrapó y el general nos cayó encima aliviado.

Tenía tantas ganas de gritar y de moverme, pero no podía. ¡No podía! Estaba desesperado y temía por Elizabeth. Era frustrante.

Mis colegas, aprendices, y ayudantes que habitaban la casa ya habían perdido la vida.

—¡Debes mantenerte con vida, tienes que prometérmelo! —Era la voz del Kaure ingresando al comedor.

Elizabeth no quería dejarme, pero ambos sabíamos que era lo mejor. Yo estaba perdido y su salvación era irse con el maestro y huir. El Kaure la tomó con su brazo y la sacó obligada mientras ella trataba de liberarse. Su llanto no la dejaba hablar con claridad, pero podía escuchar que me llamaba por el corredor de la casa en ruinas.

Mi corazón se partió en mil pedazos cuando nos separaron. Estaba sintiendo el dolor más profundo debido a la parálisis y ahora, mi corazón sufría el doble al dejar a Elizabeth. Quería llorar. Quería sacar toda la rabia que tenía dentro y acabar con todo, pero lo único que salía de mí era un mugido como el de un animal muriendo. Mi alma era la que estaba muriendo.

La bruma desaparecía mientras el brujo barbado me arrastraba por el suelo para encontrarse con los de su clase en el segundo patio central de la casa.

—Quiero a la bruja también. Buscadla. —Dijo el general y algunos brujos rojos salieron en la búsqueda de Elizabeth.

Rogué que el maestro se encontrara muy lejos para salvar a mi amada.

Esa noche recibí una paliza de los brujos que se aprovecharon de mi débil condición. Las

atrocidades que vivimos no tenían nombre.

Mi consuelo llegó cuando los hombres que habían salido en búsqueda de Elizabeth regresaron con las manos vacías.

En somnolencia me mantenían para no tener acceso a todo mi poder. Supongo que más por miedo que por otra cosa. Como no me uní voluntariamente a los brujos rojos, el general estaba buscando la forma de chantajearme. Me torturaron y trasladaron de un lado a otro hasta que me encontré en una provincia muy familiar, se trataba de la Provincia de Casanare.

—Seréis presentado ante el virrey. Preparaos para afrontar la ira de la corona española. — Dijo el general. —Si se apiada de vuestra vida, quizá vuestro destino sean los corregimientos. De lo contrario... la muerte.

Sabía el purgatorio que significaban los corregimientos. Reuní todas mis habilidades para engañar al brujo que me cuidaba y logré escapar hacia la casa del mercader donde dejé todas mis pertenencias. Descalzo, en pantalón de lino y sin camisa salí de la casa del mercader. Con la puerta cerrada a mis espaldas vi el panorama aterrador de un ejército de brujos rojos, organizados en una cuadrilla, que me esperaban para apresarme de nuevo. Esta vez, para presentarme ante el virrey.

Tenía que aceptar que en ese momento sentía miedo. Temía por mi vida, por el dolor y por el encarcelamiento. Mi cuerpo estaba sereno pero mi corazón acelerado hacía temblar mi pecho. Mis orejas se calentaron y mi boca se puso seca. Mil veces maldecí mi debilidad por haberme dejado atrapar. Era horrible el sentimiento, decepcionante e insufrible.

Humillado, me arrastraron ante el virrey que me condenó privándome de mi libertad. No pude despedirme de Elizabeth. No pude darle un último beso o un último adiós. Ojalá hubiera tenido una premonición de ese día lleno de horror y hubiera hecho las cosas de manera diferente. Deseé poder devolver el tiempo. Tan solo un momento y hubiera salvado a todos. Un pensamiento inútil porque era algo imposible. Ya todo era inútil.

Luego de mi captura, a Elizabeth la estuvieron persiguiendo por más de 8 años. Durante ese tiempo vivió una temporada con el maestro para luego aislarse en nuestra casa del lago.

Me rompía el corazón pensar en lo sola que podría estar. Tenía miedo de pensar que en su soledad decidiría regresar a su patria y dejarme atrás. Ella sobrevivía gracias a la esperanza de mi liberación.

Su cabeza daba vueltas pensando en las posibilidades de un boicot, un rescate, una liberación forzosa. Entre su desespero y su creatividad, un día se le ocurrió buscar el lugar de los corregimientos. No quería la ayuda de ningún colega de nuestra clase así que no le contó a nadie. No sé con qué fin quería buscar aquellos lugares pues era obvio que no le permitirían acercarse. Así fue como dio con el campamento de un grupo de soldados del ejército realista, el primer anillo de seguridad de los corregimientos.

Ella era y lucía obviamente como una peninsular, pero para congeniar fácilmente con los soldados tenía que cambiar su apariencia y así no ser reconocida. Era algo muy arriesgado, pero confiaba ciegamente en su talento. Adelgazó en extremo, así sus facciones se hicieron finas. Oscureció su cabello con tinta de salvia seca negra y usó un hechizo de ocultación para encubrir su esencia a los brujos rojos que se encontrara en el camino.

Trató de intercambiar favores por información. Fue intermediaria con los criollos, cocinera, carterera, repartidora de provisiones, hasta les hacía mandados, pero todo lo que recibía eran palabras repetidas.

—No sabemos dónde están los corregimientos.

—Es imposible adentrarse en territorio militar.

—Deje de preguntar.

Su persistencia era incansable. Tanto fue el cántaro al agua hasta que por fin un joven soldado le permitió adentrarse en los terrenos hasta el segundo cordón de seguridad. Allí conoció un inexperto general del cual ganó su confianza y quien le dio la terrible noticia de la condena de cientos de criollos hechiceros, algunos sentenciados a la horca. La lista de los fallecidos estaba mezclada con la de hechiceros reducidos a su condición animal a quienes se les había quitado el nombre. Estaba escrita en un pergamino con tinta poco legible la cual aseguraba el nombre de ‘Sergio Estremera’ entre los caídos.

Fue una terrible confusión. Me habían quitado mi nombre y reducido a mi condición animal, pero yo no había fallecido solo que Elizabeth no lo sabía y creyó el barullo del general. Si tan solo hubiera indagado más, si tan solo no se hubiera llenado de dolor con la falsa respuesta que tanto temía.

En su cabeza solo cabía un pensamiento: El amor de su vida. La razón por la cual se había quedado a vivir en tierras extrañas. Su héroe, cuidador, maestro y amante, había muerto.

Tanto que habían luchado juntos, para nada. Tanto escapar y correr de las tropas enemigas, para caer en el último momento. Tantas promesas y pensamientos para el futuro que jamás

realizarían. Ya no significaban nada. Ya no escucharía su encantadora voz ni sus sofisticados chistes. Ya no se reiría con él. No lo besaría, no acariciaría su rostro. Estaba desconsolada.

Nadie podría comparar el amor que ella tenía por mí.

Su corazón se afligió y sintió el dolor más fuerte que no había sentido jamás. Sentía que ya lo había perdido todo. No le quedaba nada. Se agachó apretando su pecho y se atacó en un llanto ahogado que llamaba la atención descuidando la energía necesaria para pasar desapercibida ante los brujos rojos.

—¿Por qué?! ¿Por qué me prometiste que estaríamos juntos por siempre?! ¿Por qué me prometiste que no me dejarías?! Te odio por dejarme sola cuando más te necesito.

Quisieron consolarla algunos soldados confundidos, pero fue inútil, nadie puede entender el dolor hasta que no está en los huesos del sufrimiento encarnado.

—¿Cómo voy a odiarte si daría mi propia vida por abrazarte, por sentirte una última vez? Odio y maldigo nuestra suerte. Es el destino el que no nos quiere juntos. Maldito destino.

Salió corriendo sumida en la desesperación cuando unos ojos conocidos la reconocieron. El viejo mago de barba espesa que me había capturado. Empezó de nuevo la huida con pocas ganas de salir victoriosa hasta que se encontró en el centro de la Provincia de Casanare. Allí, compró al mercader unos libros de magia antigua y sin dar ninguna explicación, partió hacia la casa del lago.

El viejo mago de barba espesa le venía siguiendo los talones.

Al llegar a la casa del lago se encontró con Letos quien se encontraba aprendiendo el arte de la adivinación en aislamiento y cuidando la casa.

Tan ofuscada y preocupada la pobre Elizabeth, causó impresión en los ojos de Letos.

—Mi viejo amigo Letos. —Se tumbó en sus brazos con el rostro cubierto de lágrimas. —Ha muerto. Sergio ha muerto.

Letos negó con la cabeza. No entendía las palabras de Elizabeth. Él podía sentir mi energía viva e inquieta.

—Elizabeth. —Trató de hablarle calmadamente.

—¿No!

—¿Escúchame!

—¿No! —Era imposible razonar con ella. —¿No lo entiendes? Yo vi su nombre en la lista de los caídos. Lo vi.

El negó con la cabeza por segunda vez. —No lo entiendo. No puede ser posible. No...

Las palabras de Elizabeth lo convencieron. En su cabeza no cabía otra razón para encontrar mi nombre en aquella lista.

Los cóndores que vivían en la montaña que resguardaba el camino a la casa se alborotaron y avisaron a Letos la presencia de brujos rojos en la cueva. Su inquietud era preocupante.

—¿Te han seguido?

—Lo siento. Lo siento tanto. —Elizabeth se cayó en sus pies llorando.

Ya no tenía cabeza para protegerse o proteger la casa. No podía pensar con claridad.

Por un momento la iluminación la hizo recapacitar y sostuvo su llanto levantándose con dificultad.

—Necesito que hagas algo por mí. —Su rostro era serio.

Letos estaba ocupado observando por la ventana, pensando como detener a los brujos, tanto que no les puso cuidado a sus palabras.

—¿Letos! —Su voz autoritaria lo hizo girar inmediatamente. —Necesito hacer una esfera

pagana. He tomado una decisión y lo haré esta misma noche.

Letos sabía lo que significaba hacer una esfera pagana. Elizabeth había tomado la decisión de terminar con su vida y entregar su alma a una esfera que permanecería en mi tumba como símbolo de la entrega de su corazón a nuestro amor eterno.

—No puedo hacer eso. No puedo ayudarte a...

—¡Entonces vete!

—Elizabeth...

Ella se puso manos a la obra y preparó todos los materiales que había conseguido con el mercader. Escribió la carta como indicaba el hechizo y preparó la esfera marcándola con su inicial. Ya solo debía impregnar la carta con su sangre y desintegrarla para introducirla en el interior de la esfera mediante la descomposición de los átomos de la madera. Letos no podía simplemente quedarse a mirar como acaba con su vida. Intentó persuadirla, pero ella estaba sumida en el dolor. Su razonamiento ya no era lógico, no era ella misma.

Los brujos rojos entraron en la playa y los animales se perturbaron creando una algarabía que despertaba toda la selva.

—Sabes que si me atrapan me exigirán que me una a ellos y no lo haré, mi destino será la horca y no permitiré que tengan el gusto de acabar con mi vida. No ellos.

Letos tenía un profundo dolor pues sería el día en que perdería a dos amigos y no sabía que sería su suerte cuando los brujos finalmente lo encontraran.

Los brujos se acercaban a la vivienda combatiendo los hechizos de protección dejados en la arena y se les acababa el tiempo. Letos llamó su sombra la cual los distrajo mientras ellos realizaban el hechizo.

Letos puso una carta axu en el suelo y liberó su espada mágica hecha de oro puro, con ella apuntó al corazón de Elizabeth.

—No puedo. —Las lágrimas empezaron a caer de su ojo izquierdo. —No puedo. —Repitió.

—Sí, sí puedes. Ayúdame Letos. Tienes que hacerlo.

Letos cerró los ojos con fuerza y las lágrimas se deslizaron por su mejilla.

—Amiga.

Y enterró con fuerza la espada en el corazón de Elizabeth.

Ella cayó al suelo sosteniendo la espada clavada en su cuerpo con la mano izquierda. Con su mano derecha quiso buscar la carta que había escrito, pero en ese justo momento irrumpieron en la habitación los brujos rojos que tumbaron la puerta de una patada. Letos había estado muy distraído para notar que habían superado la fuerza de su sombra.

Ya era demasiado tarde. El cuerpo de Elizabeth yacía en el suelo y la sangre brotaba de él. No había alcanzado la carta y tampoco habían terminado el hechizo.

—¡Se encuentran detenidos por herejía en contra de la corona!

Letos puso las palmas de sus manos en alto.

—¡Levántenla! —Ordenó uno de los brujos al otro lado de la habitación. —Aún se encuentra con vida. Podemos salvarla con polvo de la semilla de la Cassia fistula.

—¡No! —Letos les rogó que permitieran que el cuerpo de Elizabeth falleciera a cambio de entregar su poder a la corona. Sería él a cambio de ella. Ella prefería morir a vivir para ellos y su sacrificio sería su perdón.

Letos levantó el cuerpo convaleciente de Elizabeth poniendo su brazo alrededor de sus hombros. —Lo siento.

—Está bien. —Respondió ella con un hilo de voz. Su cuerpo aún sostenía la espada de oro.

—No lo pudimos terminar. —Dijo él.

Ella negó con la cabeza y le señaló la ventana antes de su último suspiro cayendo en sus brazos. Letos llamó al ángel de la muerte y dejó caer su cuerpo sin vida al agua. También dejó ir la carta axu que, junto con la espada, se desintegrarían con el tiempo en la fría agua de aquel lago.

En el justo momento en que su cuerpo golpeó el agua haciendo un chapoteo estruendoso, los brujos rojos lo sujetaron violentamente por los brazos.

—¿Qué he hecho?

Tiempo después de la muerte de Elizabeth, Letos regresó solo una vez a la casa del lago. Le era supremamente difícil afrontar la realidad de lo que había hecho. En ese momento, creó la caja de plata que escondió la carta en el fondo del lago, prueba del intento fallido de su salvación.

Yo no supe la verdad de la muerte de Elizabeth hasta el último momento. Siempre pensé que Letos me estaba traicionado por la razón equivocada.

Para llevar a cabo lo que tenía pensado hacer tenía que visitar una última vez al mercader, mi querido amigo Oroke, para conseguir algunos materiales necesarios para mi viaje hacia la dimensión donde se encontraba Elizabeth.

Me despedí del maestro. Afligido y lleno de dolor me deseó suerte en mi cometido.

—¿Alguna vez regresarás a casa? —Le pregunté a unos metros de distancia.

Alzó su cabeza hacia el cielo. —Cuando me llamen y sea imperativa mi presencia, lo haré. Ahora esta es mi casa.

Ambos sabíamos que si lo llamaban significaba la guerra definitiva. Una guerra que estaba muy cerca.

—¿Esperarás al llamado? —Me preguntó de vuelta.

—En realidad no lo sé. —Apreté mi boca y encogí mis hombros. Hasta la causa independentista había pasado a un segundo plano en mi cabeza.

Sentía que estaba siendo egoísta, negando mi poder a la guerra, pero ya estaba cansado de ser infeliz. Estaba tan cansado de todo.

Me di la vuelta y me despedí batiendo mi mano en el aire. Fue una despedida muy amarga, a decir verdad.

Regresar a la Provincia del Casanare requeriría que, de nuevo, me aventurara en las aguas traicioneras de un río donde no era bienvenido. No podía seguir el terreno junto al río porque se trataba de acantilados y rocas lábiles imposibles de sostener mis pies debido a su superficie resbalosa. Así nunca lograría avanzar y la única respuesta era el agua. Debía luchar en contra de la corriente con todas mis fuerzas y sin descanso, si me detenía la corriente me ganaría terreno.

Me llené de bebidas para aumentar mi energía y comencé mi travesía. Por tramos el agua era calma y manejable, por otros era rebelde y violenta. El saber que no podía morir me había cambiado para siempre. Me sentía atrapado. Ya no tenía miedo, pero tampoco sentía que tenía una razón para vivir. Si los rápidos golpeaban con fuerza, yo remaba aún con más imponencia. Era temerario e imprudente. Desafié a la naturaleza que tantos favores me hizo solo por capricho. Era un vaivén de emociones positivas y negativas que al final me dejaban como un dios perdido entre la miseria.

Durante el día avanzaba por el río y en la noche, trepaba la canoa con dificultad a la orilla para descansar. Luego del amanecer seguía mi travesía. Una rutina que me llevó más días de lo esperado. Casi el doble de venida.

Finalmente, llegué hasta la Provincia de Casanare y parecía que se iniciaba la revuelta. Todas las calles del centro estaban llenas de tropas de soldados independentistas que iban y venían en cuadrillas a caballo. Las fuerzas estaban listas para arremeter contra los realistas y tomar el poder finalmente para liberar las provincias.

Me apresuré a visitar a Oroke pero su casa parecía estar desocupada. Grité por las ventanas, pero no encontré a nadie. Irrumpí en su tienda y me dirigí hasta el patio posterior donde lo

encontré preparándose para la batalla.

—Mercader.

—Fiel cliente. —Me saludó.

—¿Han desocupado la tienda?

—Hemos guardado lo más útil en la bodega de la familia. El resto ha sido rematado. —
Respondió.

Suspiré. —He venido con gran apuro y me he encontrado en plena guerra. Necesito algunas cosas y me urge conseguir las.

Oroke notó la pesadumbre en mis ojos y se apiadó de mi condición. Resopló. —Tengo un momento. Dirijámonos a la bodega entonces.

Mientras llegábamos a la bodega en la parte posterior de la cuadra que albergaba su casa, Oroke me contó la razón de la clausura.

—Ha llegado el momento Estremera. Las guerrillas se han unificado y ahora seguiremos las órdenes de Bolívar, líder de la campaña libertadora. Toda la familia vamos a apoyar la lucha que ha venido avanzando victoriosa, por eso hemos cerrado la tienda para empezar de cero luego de la futura toma de Santa Fé. Todos ayudaremos, así como la mayoría de hombres en la provincia.

Mientras lo escuchaba, me afané en buscar los aceites y hongos que necesitaba en la abarrotada bodega y luego los guardé en mi bolsillo.

Al ver los materiales que me interesaban, el mercader tomó mi brazo para detenerme un momento.

—¿Estás pensando hacer un viaje astral?

—Sí... —Dudé un momento. —Un viaje sin retorno.

Oroke se sorprendió y luego asintió. No quería que fuera un secreto lo que pensaba hacer pues él había sido alguien que yo había apreciado mucho en mi vida. Dejando los afanes de la guerra, nos sentamos en la bodega y le conté las palabras que me había entregado el maestro Kaure. Aunque él no estaba de acuerdo con mi decisión entendió la realidad de Elizabeth y me dio su bendición. Como un último favor a nuestra amistad me entregó los materiales sin ningún precio. El costo fue el valor de nuestra complicidad de años.

—Solo hazme un favor.

—¿Cuál? —Le pregunté.

—Acompáñame.

Era un favor demasiado grande, pero ¿cómo iba a decirle que no? Sería nuestro último momento juntos. No me podía negar. Contra mi completa voluntad lo acompañé y me uní a su ejército de hechiceros. Traté de mantener mi mente enfocada en mi cometido, pero la energía de los independentistas era contagiosa. En poco, volvió a mi corazón el sentimiento de defensa para con mi pueblo y mi tierra y así decidí luchar una última vez con todas mis fuerzas.

Nuestro ejército se encontró con las tropas militares de Bolívar las cuales se enfrentarían contra los reales en la frontera de las Provincias de Casanare y Tunja. No teníamos conocimiento militar pero nuestro poder era imperativo para reforzar las tropas y seguíamos las órdenes de superiores entregados por completo a la causa.

Esa misma noche empezamos a avanzar sigilosamente por las montañas que representaban el terreno de la gran batalla de liberación. Teníamos el favor de toda la selva así que la confianza llenaba nuestro pecho de orgullo. Si queríamos, la madrugada se llenaba de bruma. Si era nuestro deseo, la temperatura bajaba y aumentaba la humedad. Impregnamos nuestras armas con ungüentos y pócimas hechizadas con rezos a los cuales era imposible sobrevivir.

Luego de unos días de campamento, recibimos la orden de realizar un ataque sorpresivo en la madrugada a un grupo de realistas que se encontraban descansando en cambuches las atrocidades de la guerra. En ese momento no éramos más que ellos, pero sí más fuertes.

Esa madrugada húmeda mi espíritu estaba lleno de nerviosismo y mi corazón de inquietud. Encarar un ejército tan lleno de ganas por nuestras tierras no sería fácil. Debía ser un ataque coordinado para superar la desventaja numérica a la que nos enfrentábamos. Entre la vegetación de la montaña, pude sentir a los realistas a algunos pasos de distancia. Agudicé mis sentidos y traté de ver a través de los espacios que me permitían los árboles que nos separaban y allí los encontré. No podíamos realizar ni el más mínimo ruido o toda la operación sería fallida. Un paso en falso y toda la arremetida se arruinaría. No me preocupaba mi vida, pero no podía fallarles a mis colegas y guerreros.

Muy despacio avancé con pasos lentos para no ser escuchado. El aire se cargaba de tensión y yo trataba de contar cuantos soldados y en que preciso lugar se encontraban. La presión me crispaba los vellos de los brazos y la espalda.

El pequeño sonido de una rama partiéndose bajo mis botas, un suspiro ronco, una gota de sudor sobre las hojas. El más mínimo sonido revelaría nuestras intenciones y podría despertar las sospechas del enemigo.

Tomé aire y aguanté la respiración mientras caminé para encontrarme con la espalda del cuerpo dormido de mi primer enemigo.

Liberé la Siresjal y me dispuse, en guardia, a pillar la mayor cantidad de soldados reales posibles. La lucha ya no me daba miedo. Con el primer ataque se liberó un grito de dolor que alertó a todo el pelotón y el ataque comenzó. Mi daga cortaba sus pistolas y carabinas con agilidad, miembros y ropas por igual, su filo no conocía límites.

Inmensa la atrocidad de aquella batalla que inclinaba la balanza a nuestro favor. El principio siempre es prometedor, el truco es mantenerse en ese camino.

Nuestra sorpresa ese día alertó al resto del ejército de realistas que se concentró en la frontera para ofrecer días de resistencia.

Luego de días de combate, me alejé del grupo y pretendí sorprender a algunos reales por mi cuenta mientras el cielo dejaba la lluvia torrencial que nos había acompañado, muestra de un invierno inhóspito. Parecía que la naturaleza se revelaba ante nosotros y se vengaba por nuestros deseos de alterar el orden natural de la vida y la muerte.

En un claro, mientras el sol empezaba a dar color a la naturaleza, me encontré con una cuadrilla de brujos rojos bajo el mando de una silueta conocida. Letos. Su capa roja ondeaba por el viento y su pecho sostenía el cordón que amarraba una espada de plata a su espalda. La cuadrilla se detuvo cuando ambos nos quedamos frente a frente luego de hacer una seña con su mano en alto. Sus soldados entendieron la orden de no intervenir.

Extrañamente, antes no pensaba en él. Tenía la cabeza llena de tantas cosas que su presencia era innecesaria. Verlo trajo a mi mente las imágenes liberadas por la esfera pagana. Recordé el corazón de Elizabeth siendo atravesado por su espada y me llené de ira. Quería venganza.

Quizá él se había vuelto más fuerte, pero yo tenía más fuego en la sangre.

Liberé la Siresjal y toda mi energía se digirió hacia ella cargándola de un brillo cegador. Me puse en guardia poniéndola en alto paralela al suelo sobre mi cabeza y aguanté la respiración esperando su respuesta.

Letos se acercó a mí con unos pasos lentos y cuidados. —No quiero hacerte daño. —Dijo en voz baja para que su cuadrilla no lo escuchara.

—Pues yo sí. —Respondí.

Lancé una estocada que esquivó con un movimiento ágil de su cuerpo. Se dio media vuelta y tomó su espada la cual chocó contra mi daga lanzando chispas. Me empujó con todo el peso de su cuerpo y caí al suelo. Sí, era notablemente más fuerte que yo, pero por mi condición no estaba preocupado.

—Estremera. Déjanos pasar

Al escuchar mi nombre la cuadrilla se incomodó y los soldados alzaron sus armas hacia mí.

—¡Letos! —Gritó el primero a la derecha. —Es a Estremera a quien estamos buscando. Su cabeza debe pagar, son órdenes de la corona.

—Pues aquí las órdenes las doy yo. —Alzó su mano y miró delante de su hombro con fiereza hacia los hombres que debían seguir sus órdenes como esclavos.

—Seguir las órdenes de este criollo cagalindes. ¡Que me destajen prefiero! —Respondió el hombre y escupió al suelo. No se veían muy felices los brujos rojos.

Letos regresó sus ojos a mí. —Déjanos pasar y no habrá sangre derramada.

—Esto ya no se trata de la independencia. —Le respondí y me puse de pie. —Esto es personal.

Volví a ponerme en guardia y esta vez Letos parecía dispuesto a pelear.

—¿Acaso se trata de Aurora? —Me preguntó.

—¿Aurora? ¡No! Se trata de Elizabeth.

Letos abrió los ojos en asombro, tomó una bocanada de aire y dio un paso hacia atrás.

—¡Ya lo sé todo! —Grité y me fui contra él con toda mi fuerza.

Su espada y la Siresjal chocaban en relámpagos. Arriba y abajo, se encontraban en una danza de movimientos casi pronosticados. Mi fuerza no era suficiente y con cada estocada en falso me llenaba cada vez de más coraje para arremeter contra él.

Con un movimiento rápido, logré alcanzar su brazo izquierdo y le hice un corte profundo. La sangre hizo algarabía saliendo en un chorro como si se tratara de una herida muy seria.

—¡Ah! —Gritó del dolor y bajó la guardia, aunque no demoró mucho en recuperarse. Sacó un unguento del bolsillo lateral de su capa roja y lo frotó en la herida cortando el flujo de sangre casi de inmediato. Podía ver como brillaba el unguento espeso en su piel.

—Tú no entiendes. —Dijo.

—¿Qué no entiendo? —Estaba jadeando. —¿Que asesinaste a la mujer que amaba mientras te unías a los realistas?!

—¡Estas equivocado! ¿Quién te dijo tal cosa?

—Lo vi. Me lo mostró la esfera pagana que Elizabeth estaba hechizando justo antes de que clavaras tu espada en su pecho.

Nuestras armas comenzaron a blandirse con violencia hasta chocar. La Siresjal quería sangre y su espada la golpeaba como si dos bestias se enfrentaran a muerte.

Estábamos agotados y llenos de sudor. En un momento se descuidó, tragué saliva y metí la mano en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Ubiqué una pequeña bolsa que rompí para tomar el polvo de su interior con mi mano y lo sujeté firmemente para que Letos no lo pudiera ver. Tan pronto como se acercó a lanzarme un espadazo, lo esquivé y lancé el polvo en sus ojos acercando mi mano hasta tener contacto con su rostro. Se trataba de polvo de aceite destilado de semilla de *Jatropha*, un irritante que producía ceguera temporal.

Yo también tenía mis "trucos".

Letos maldijo, soltó su espada que cayó a la tierra y se desplomó de rodillas fregando sus ojos

con las palmas de sus manos.

Apunté la Siresjal hacia su corazón y empujé hasta que la daga rompió sus ropas y se encontró tocando su piel caliente llenando el metal de vapor.

Los brujos rojos de su cuadrilla se alteraron y me rodearon formando un círculo.

Sentía que en ese momento tenía el poder de acabar con él, pero simplemente no pude.

—Entonces la esfera no te mostró toda la verdad. —Letos enderezó su espalda aun estando de rodillas e irguió su pecho. Estaba dispuesto a entregarme su vida. “¿Por qué? ¿Acaso no quiere luchar? Dudé y me detuve.

No corté su piel, aunque la Siresjal me rogaba.

—Entonces muéstrame —Le dije.

Letos buscó a tientas su espada palpando la tierra y cuando la encontró, arremetió golpeando la Siresjal violentamente, soltándose de mis manos. Cuando regresó con su espada, se levantó rápidamente y aún sin poder ver hizo cargo de toda su agilidad y cortó mi cuello.

Todo pasó demasiado rápido.

Abrí mi boca, no lo podía creer. La sangre brotó caliente e intenté contenerla con mis manos antes de desplomarme al suelo. “No. Yo no puedo morir.” Me ahogaba en sangre con sabor a hierro. Unos segundos después quedé inconsciente.

Por segunda vez, aquellos que buscaban mi cabeza creían muerto mi ser.

En mi desmayo tuve un sueño. El vívido momento en que Elizabeth se encontró con Letos y este le ayudó a quitarse la vida en un intento desesperado por preservar su alma para mí, con la amarga consecuencia de tener que ocupar su lugar entre los brujos rojos. Cuanta sorpresa se llevaron sus ojos una y otra vez al creer que resurgía de las cenizas como el ave fénix.

Letos había entregado su libertad y su fidelidad por ella, por los dos. Y yo solo le había devuelto desagrado.

Cuando desperté me encontraba en una cama rígida e incómoda. Sentía una picada en la cabeza que me provocaba un gran dolor. Intenté moverme, pero tenía el cuello inmovilizado con un grueso vendaje que olía a sangre.

—Ugh. Que padecimiento.

—Despertaste. —Unos ojos se asomaron por mi campo de visión y la reconocía. Era Aurora.

La chica me ayudó a levantar mi cuerpo adolorido y noté que estaba en una habitación desconocida. Se trataba del nuevo hogar de Letos, oculto en una montaña de jungla espesa en la Provincia de Tunja. Juntos habitaban aquella pequeña vivienda en medio de lo que significaba traicionar a la causa.

—Te traeré algo de comer.

Esa tarde Aurora me ofreció sus cuidados. Cambió mis vendajes, realizó algunos rezos sobre mi cuerpo y aplicó unguento curativo en mi cuello en varias ocasiones. Al pasar las horas, la mejoría era impresionante.

Una visita golpeó con fuerza la puerta y la dueña de la voz que escuché se me hizo muy familiar. Al entrar en la habitación, noté que se trataba de Isidora quien se agitó al ver mi situación. Aurora nos dejó a solas cuando ella corrió a la cama.

—¡Dios! ¿Te encuentras bien? Me contaron que estabas herido y no dudé en venir.

“Vuelan las noticias.” Pensé.

—Estoy mucho mejor gracias a Aurora. —Me enderecé con la ayuda de mis brazos.

—No te muevas. —Dijo y acarició mi brazo con suavidad. —Esperé tanto por volverte a ver.

Tragué saliva al recordar las palabras del Kaure. Un nuevo camino en mi destino.

—No esperes una próxima vez. —Respondí decidido.

No quería hacerle daño y darle ilusiones sería peor. Mi corazón no podía pertenecer a nadie más. Él se negaba. Tenía dos pulmones para jipiari el doble, pero un solo corazón para un único amor.

—¿Por qué dices eso? —Se rio con nerviosismo. —No te dejarán morir en la batalla. Estoy segura.

Me dolía su optimismo. Ella notó que mi rostro no se notaba tan entusiasmado y se echó para atrás.

Negué con la cabeza. —Lo siento Isidora. No se trata de la batalla. Empezaré un viaje y no podré regresar.

No quería darle más detalles pues me dolía el hablar, pero ella era una chica bastante inteligente. Se puso de pie y se alejó unos pasos para observar por la ventana.

—¿Y este viaje se trata de alguien?

Asentí. —Alguien que no se encuentra en esta dimensión.

Se negaba a mirarme y podía notar la ira en sus manos mientras tocaban el marco de la ventana.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —Su voz se empezaba a quebrar.

—No soy...

—¡No! —Me interrumpió.

“El amor es egoísta y no es mi culpa ser preso de él.” Pensé.

No había más que le pudiera decir. Traté de razonar con ella, pero estaba llena de tristeza. Muchas veces le pedí su perdón, pero yo no podía ser responsable de unos sentimientos no correspondidos.

Cuando se marchó pude sentir como se cerraba la puerta del destino. Una puerta que me ofrecía una salvación que voluntariamente no quise aceptar.

En la noche Letos regresó a casa. Estaba lleno de sangre y barro. Su cuerpo lucía maltratado y herido producto de las batallas que no terminaban.

Cuando me vio sonrió y se acercó afanado para agachar su cabeza sobre mi regazo.

—Perdóname amigo mío. No sabes la tortura que fue guardar semejante secreto. —Dijo.

—Saberlo antes me habría ahorrado mucho. —La garganta me dolía y mi voz sonaba ronca.

—Y hubieras reaccionado de la peor manera. ¿Cómo pronunciar semejantes palabras? No existe dicción que explicara el porqué de mi comportamiento, requería que fuera visto por tus propios ojos y aquel hechizo solo se puede hacer en la agonía de la muerte.

Resoplé y quité mis ojos de su vista. Era una explicación que no me satisfacía.

—Solo quería que dejaras eso atrás. —Prosiguió.

—Conociéndome como me conoces sabes que es imposible. ¿Dejar mi amor atrás?

—¡Un amor que ya no pertenece a este mundo!

—No pertenece porque ¡no pudiste persuadirla de que no lo hiciera!

—¡Porque era terca como vos! Y porque yo también pensé habías muerto.

Nos quedamos en silencio. De nada servía discutir. Mi corazón se aceleraba y sentía un dolor quemante en mi herida del cuello.

—He encontrado una manera de reunirme con ella en su realidad. El Kaure me ha aconsejado.

Letos se levantó y su expresión era seria. Ya sabía lo que pensaba hacer.

—No puedo perder otro amigo. No después de recuperarte de los corregimientos. —Dijo.

—Me he perdido hace mucho tiempo.

Siempre odié las despedidas.

—Escucha. —Le dije y señalé su capa roja echa un desastre. —Ya no tienes por qué hacer esto. Ya todo va a acabar. Apóyanos, no soporto ver el tormento en tus ojos.

—Si no salimos victoriosos me matarán al ver mi insurrección.

—¿Aún dudas de nuestra victoria? Esta vez estaré a tu lado y del mismo bando.

—Solo tenemos una oportunidad.

Tan pronto como me recuperé partí con Letos a mi lado para alcanzar las tropas de la campaña que ya avanzaban en pleno apogeo. Ya no lo acompañaba la capa roja que decidió quemar.

A unos días de camino finalmente dimos con las tropas independentistas, y para mi felicidad, el Kaure se encontraba con ellos. Poco celebramos nuestro reencuentro pues, tan pronto como nos vimos, un grupo de brujos rojos de la antigua cuadrilla de Letos nos asaltó. Estaban furiosos y juraban vengar la deslealtad de Letos, pero corrieron con tan mala suerte de verse divididos por nuestra cantidad. El estar separados hizo que perdieran la coordinación y finalmente los rodeamos obligándolos a rendirse, no salieron triunfantes. Sentía que éramos invencibles.

Todos juntos entregamos todo nuestro esfuerzo en la lucha. Día tras día las tropas avanzaban mientras los realistas se veían obligados a retroceder. Estábamos agotados y las provisiones de los soldados se acababan, entonces usábamos nuestro talento para transformar los átomos de los materiales que teníamos a la mano. No era mucho, pero entre todo logramos sobrevivir. Seguimos la lucha hasta que escuchamos la voz que corría diciendo que finalmente había terminado la campaña libertadora.

La guerra terminó el 10 de agosto de 1819 cuando Bolívar entró en Santa fé y los realistas que aún quedaban en el territorio se concentraron en Provincias lejanas como las de Santa Marta y Pasto.

Esa vez, la celebración no se apresuró, la independencia exigía tiempo para ser asimilada. Poco a poco los guerreros y héroes de la patria regresaron a sus provincias maltratadas y se reconstruyó una patria adolorida pero sólida.

Nuestro trabajo había terminado y decidí regresar a la Provincia de Casanare con el Kaure, Oroke, Letos y otros hechiceros. Viví unos días con el mercader hasta que mi espíritu se sintió satisfecho. Un día percibí que era el momento. Desde la madrugada me invadió un sentimiento inmenso de felicidad y del recuerdo de Elizabeth, tanto que no me dejó dormir. Esa mañana compartí con la familia de Oroke y me despedí, pero no fue una despedida triste. Nuestros corazones estarían juntos gracias al lazo invisible e irrompible de la amistad. Le entregué todas mis posesiones como regalo, me vestí de blanco de pies a cabeza y me llevé solo lo necesario para el viaje astral. Poco a poco me encontré con todos mis allegados a lo largo del día y me entraba la ansiedad por las entrañas. Ya no quería perder tiempo. Ya no me hacía falta absolutamente nada más, solo ella. “Egoísta. Egoísta.” Se repetían en mi cabeza las palabras de Isidora. “Lo siento, no puedo ser egoísta conmigo mismo.”

No necesitaba encontrarme con nadie más. En completa soledad me dirigí a la cima de una de las montañas que cortaban el paisaje de la llanura y me dispuse a entregar mi cuerpo al esquivo ángel de la muerte para luego rechazar la corriente vital y seguir el sendero ínfimo de la energía de Elizabeth. Los últimos días había sentido su presencia y su compañía por lo tanto me tranquilizaba el pensar que ella misma me guiaría hacia su realidad.

Ya que no morir por causa natural era un sacrilegio, se debía hacer un ritual para pedir el perdón de la madre tierra. Realicé un círculo con piedras grises impregnadas con sangre de mi brazo y me ubiqué en el centro sentado sobre mis talones. Las piedras grises guardaban la energía

y servían como receptoras de la ira de la naturaleza. Luego, bebí un trago de alcohol y recité el conjuro. —Nunc dimittite peccatum mihi. Crimina codones vitae. Crimina codones arbitrium.

Los hongos llamados ‘teos’ emitían energía transformadora. Eran los guías para el viaje astral, los que mantendrían mi energía unida y me acercarían a los pies del ángel de la muerte que me seguía arisco. Luego de recitar el conjuro, me comí los hongos y liberé mi amiga más fiel, la Siresjal, antes de que hicieran efecto al interior de mi cuerpo. Impregné el filo de mi daga con aceite de arroz, para que respetara mi sangre y yo respetar su pulcritud, y procedí en un movimiento rápido a atravesar mi corazón. Sentí un dolor agudo en el pecho que llenó mis ojos de lágrimas y luego el ardor me invadió por completo obligándome a arquearme hacia adelante. Traté de tomar una bocanada de aire, pero mis pulmones se resistieron mientras un corrientazo entumíó mi brazo izquierdo. Estaba en agonía y empezaba a alucinar por los hongos que poco a poco dirigían mi energía fuera del plano físico, en seguida caí sobre mi costado izquierdo. Aflojé la Siresjal y la sangre empezó a brotar. Que indecorosa era la muerte.

El ángel de la muerte notó mi anhelo de morir y finalmente vino en mi rescate como una resplandeciente luz blanca. Cuando el ángel me encontró me sentí en paz. La muerte era descanso. Físicamente no sentía dolor ni ninguna necesidad. Ya no necesitaba el aire en mis pulmones, la sangre por mis venas ni abrigo en mi piel. Estaba hecho, había abandonado mi mundana condición humana.

El ángel me dirigía a la corriente vital pero mi agitación le daba a entender que no era lo que yo quería. Estaba resistiéndome. Busqué desesperadamente la energía de Elizabeth, pero en esa condición mis sentidos se dispersaban y su versatilidad no me permitía percibirla. Todo lo que hice fue pensarla. Mantenerla en la consciencia de mi energía con tanta fuerza que no habitaba nada más en mí que ella, hasta que el ángel me soltó y caí en una realidad oscura, solitaria y fría. Sabía que no era posible tener sensaciones o sentimientos, pero los tenía.

Todo era de color negro. Tuve miedo. Ya no había marcha atrás y me preocupaba haberme perdido, haberme equivocado. Mi energía se aceleraba y se ponía nerviosa. “¿En qué me equivoqué? ¡¿Qué hice?!”

No tenía noción del tiempo, pero parecía que había pasado bastante hasta que un olor familiar me hizo volver en sí. Olía a flores, casi como a perfume. El olor se intensificaba y mi visión se aclaró de repente para revelar el panorama de la selva. “¿Qué es este lugar?” Pensé. La luz de los colores resplandecía como si estuvieran vivos. Todos mis sentidos despertaron y se sensibilizaron al extremo. Era surreal. Vi mi cuerpo y noté que tenía las ropas blancas con las que fui a la cima de la montaña, luego palpé mi pecho y mi corazón no presentaba lesión.

—No entiendo, ¿qué...?

Unas manos suaves tomaron mis hombros por mi espalda y el olor a flores invadió mi nariz. Me giré rápidamente y era ella. ¡La vi! Mi corazón se aceleró y la apreté entre mis brazos para sentir que era real. ¡Era real!

—Por fin, por fin te encuentro.

Elizabeth lucía tal y como la recordaba antes de mi apresamiento. Saludable y de mejillas coloradas. No lo podía creer. La apreté muy fuerte del miedo de irla a perder de nuevo. Mi rostro se restringió involuntariamente y sentí mis ojos llenarse de lágrimas. No había llorado de felicidad en tanto tiempo que ya había olvidado lo que era.

—¿Qué es este lugar? ¿Por qué...?

—Shh. —Me interrumpió. —Es mi realidad. Ahora es solo para los dos.

Mis vellos se erizaron en una corriente de placer que recorrió todo mi cuerpo al escuchar sus

palabras.

—Sentí que me perdía. Tenía tanto miedo. —Me giré y quedamos frente a frente.

—Lo sé. Casi te me escapabas, pero yo jamás te abandoné.

—Me alegra que seas tan terca como yo... Te amo tanto. —Tomé su rostro suavemente con mis manos y le di un beso.

El lugar lucía como nuestras tierras, pero completamente inhabitado. No pasaba el tiempo, nada se alteraba, pero sabía que estábamos existiendo y eso era todo lo que quería. Ya no necesitaba nada más.

Por fin podíamos pasar la eternidad juntos.

—También te amo. —Me respondió.

Nuestro amor ha sido eterno y lo será por lo que dure el universo.

14 Mapa de las Provincias Unidas de la Nueva Granada



Sobre la autora

Ivy Bass (1989-) Diseñadora y escritora. Actualmente reside en Suramérica. Apasionada por la cultura oriental (China, Japón, Corea del sur, etc.). Amante de los viajes, la buena comida, el vino y la fotografía. Curiosa del arte y la tecnología. Se aventuró en el mundo de la ilustración digital desde temprana edad, descubriendo, más tarde, su pasión por la escritura. Sus géneros favoritos de literatura son drama y romance, ciencia ficción y fantasía, en los cuales desarrolla sus escritos.